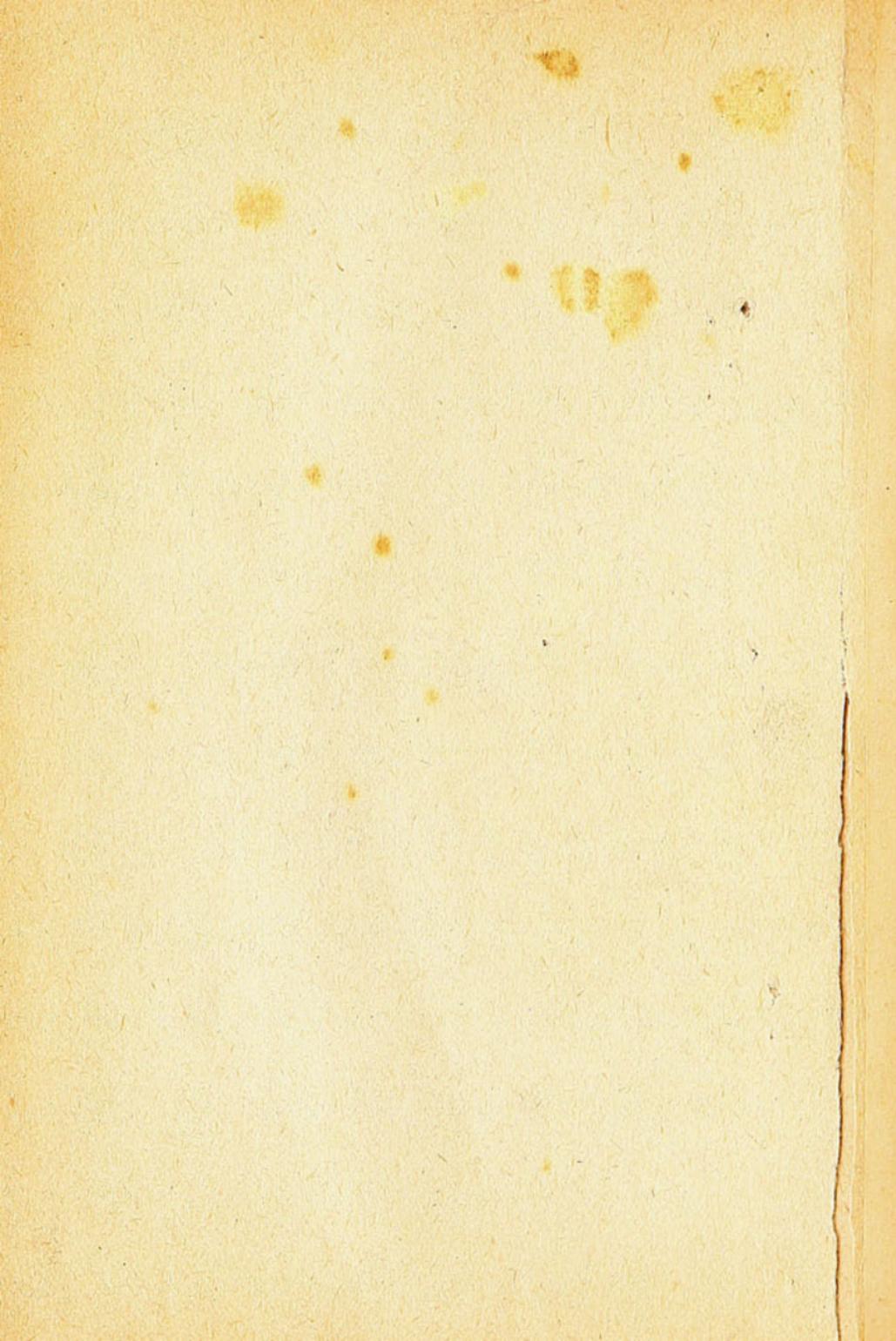


Isaac.

Isaac.

PALOMILLA BRAVA



# PALOMILLA BRAVA

NOVELA

POR

VÍCTOR DOMINGO SILVA



117

N A S C I M E N T O

AHUMADA 272.—SANTIAGO DE CHILE

1923



# DEDICATORIA

A DON MANUEL GONZÁLEZ

Permita el noble amigo, hombre de acción y caballero sin tacha, que coloque su nombre en esta página con el mismo sentimiento de afectuoso respeto con que en mi hogar es pronunciado.

En los sagrados dominios de la amistad, resulta lógico —y tal es el caso presente— que nuestro corazón entregue, como la mejor ofrenda, los frutos del espíritu.

V. D. S.

Santiago, XII/922.





LIBRO PRIMERO

---

SEMILLA DE AVENTURA



## EL MAYORAZGO DE ORELLANA

Apenas adoptada a firme la resolución de fugarse, sintió el niño que una gran tranquilidad se adueñaba de su espíritu. Todas las dificultades de su vida se le desvanecían de una vez y como por encanto. ¿A quién, cuando muchacho, no le ha ocurrido algo semejante? Miles de cosas, cuyo solo enunciado nos espanta, nos hacen, despues de afrontadas, encojernos de hombros:

“Bah! y esto no más era?” He ahí, exactamente, el caso de don José Luis, álias **Papelucho**, mayorazgo de la ilustre casa de Orellana, y miembro prominente de la palomilla del Puerto. Quería emanciparse por la evasiva; burlar, por eliminatoria, la desagradable tutela doméstica. Y esta idea heroica, que en un principio le había producido escalofríos y quitádole el sueño, érale ahora tan familiar, que hasta le incitaba a silbar y a sonreír.

Pequeño, pero fuerte y ágil; la tez quemada por los soles y los vientos; el pelo hirsuto traspasando sin contrapeso las fronteras de las orejas; la nariz arriscada; los ojos vivarachos, la gran boca siempre lista

para engullir, para injuriar o para reirse; el paso seguro del que no ha conocido nunca ni unas malas chanquetas por calzado, **Papelucho** se había conquistado, a los diez años escasos, toda la popularidad de un caudillo, entre la ralea de granujas que operaban en el Cerro de la Cordillera y sus aledaños. Su hoja de servicio, era, sin duda alguna, la más espléndida y nutrida.

Pero hélo aquí ya bastante aburrido de aquella vida, que se le antojaba ahora miserable y triste, aunque nunca hubiese conocido otra, ni más mala ni mejor. Quizás no eran sus instintos los del pilluelo vagabundo de las ciudades. Quizás el medio y las circunstancias que lo echaron a la faz de la tierra, como una plantita montaraz, lo mantenían pegado al arroyo. El caso era que él ya no quería seguir siendo como hasta entonces, un ratón de las quebradas, los malecones y los muelles. La libertad semi-salvaje de que siempre había disfrutado, no le tentaba ya: la palomilla lo tenía harto. A raíz de una conversación sostenida con el maestro Torres, su viejo amigo y consejero, había comprendido, al fin, que por aquel camino no llegaría a ninguna parte buena. Y él, en el fondo de su almita de chico holgazán y callejero, alimentaba ahora la ambición de hacerse un hombre, un hombre trabajador y honrado. Verdad es que le habían hecho padecer mucho las brutalidades de carácter de su padre, terrible tirano doméstico, a quien temió siempre, pero a quien aborrecía y despreciaba ahora. A su pobre madre, a ella sí, la quería y le tenía lástima, por buena y desgraciada. **Papelucho** se emocionaba recordándola y repitiéndose que a ella sí que le haría caso siempre, y por ella se empeñaría en dejar de ser un mataperros.

Hacíasele, pues, bastante duro "arrancarse" a escondidas de su vieja. Pero no había remedio, y la culpa no era suya. En ocasión anterior, ya quiso realizar

la misma hazaña, y anheloso de recibir la tradicional bendición que en los cuentos populares, se da a los hijos cuando salen a "rodar tierras", tuvo la debilidad de comunicar este propósito al único ser que le inspiraba confianza. Aunque lo abrazó, llorando y diciéndole que tenía toda su esperanza puesta en él, el caso fué que a la noche, enternecida porque el marido se portó menos brutal que de costumbre, ella reveló el secreto, y **Papelucho** se llevó—lo que no es poco decir—la más soberana paliza de su vida.

El chico se tocaba ahora, como si todavía le dolieran, las partes del cuerpo en que estuvieron los verdugones y cardenales de procedencia paternal, y recordaba que, aún retorciéndose y pidiendo a gritos compasión, no había desistido de su pensamiento. Por el contrario, mientras más fuerte le pegaban, con más soberbia adhería a su resolución. El miraba a hurtadillas a su madre, que, enferma, dirigíale a su vez, desde el lecho, sus ojos dolientes de hembra resignada, en los que trasparecía el arrepentimiento. Porque, como era de esperarlo, todo siguió igual en aquel hogar de pobres, tan semejante a la mayoría de los de nuestro pueblo, abandonado, por desgracia a la grosería de sus instintos. Ni Saturnino—el padre—dejó de embriagarse, de blasfemar y de castigar a su mujer y a sus hijos; ni Rosa del Carmen—la madre—pudo librarse de seguir lavando, cocinando y arreglando la casa, entre toses, rezos y expectoraciones.

Nó; ahora no se lo diría a nadie—pensaba **Papelucho**. Iría, como de costumbre, a la pica de sal, y luego, en vez de regresar a tierra, como ya estaba anunciada la salida del barco, se escondería en alguna de las bodegas, en medio de los bultos, en cualquier rincón de

los que le eran tan conocidos, hasta en la sentina misma, y seguiría viaje al norte.

¡El norte! Qué inmenso y raro prestigio tenía esta frase para él! Chañarcillo, Caracoles, las guaneras, las salitreras, California... ¿todo eso era el norte? Algo muy hermoso y muy rico debía de ser aquello que sonaba en todas las conversaciones, aquello hacia lo cual tendían rumbo, entre sus conocidos, todos cuántos querían cambiar de suerte. ¿Por qué no tentarla también él, él que estaba dispuesto a todo, menos a seguir como perro sin amo por los botaderos de basuras?

Dormían todos a aquella hora. Sentía a su lado, muy suave y regular, la respiración de su hermanito menor, Antuco, con quien compartía el jergón que le servía de lecho, y oía, ya sin sobresalto, la tos intermitente de Rosa del Carmen, que ni aún en sueños descansaba; pero lo que le llamaba la atención, hasta obsesionarle, era el característico ronquido de su padre, especie de bufido de bestia fatigada, que el niño comparaba, sin saber por qué, al regurgitar del vino en los toneles. Esta similitud arrancaba a **Papelucho** una risa incontenible, que era su mejor venganza. No podía dormirse, pero no le hacía falta. Era demasiado feliz con la idea de que, antes de veinticuatro horas, ya estaría navegando a muchas millas. La luz de aceite que ardía frente a una imagen de la virgen del Carmen—patrona de la familia—trajo a su cerebro reminiscencias devotas. Su madre, fervorosa creyente, rezaba a todas horas, hacía mandas, pagaba misas para las ánimas benditas. La fe era su consueño y la base de su inagotable resignación. **Papelucho** se acordó de la medallita sagrada que llevaba al pecho, y la besó con beatitud.

¡Era curioso! como no tenía sueño, tampoco sentía ni fatiga ni hambre, aún cuando no hubiese probado en todo el día más que un trozo de pan con carne fría, obsequio de su grande amigo Pedro Llanquilef, álias el **Chilote**, fogonero del **Choapa**. Este era el vapor, y éste el apoyo con que contaba para realizar la fuga. El barco, después de permanecer algunos días en el dique, ya limpios los fondos y reparadas las calderas, se hallaba listo para hacerse a la mar. Él no saldría a luz hasta después de mucho rato, cuando calculase que se había perdido de vista el puerto con sus luces, y se iría derechito a buscar a su amigo Llanquilef; le diría toda la verdad, y el **Chilote**, que era tan buenazo, le daría de comer y conseguiría que no lo echasen a tierra. ¡Qué gran persona era el **Chilote**! Había recorrido el mundo entero en buque de vela y de vapor, y los entretenía a todos, en los momentos de descanso, contándoles sus percances y aventuras por la China, por la Australia y el Brasil. Estaba casado en diez partes distintas por diez diferentes religiones; había sido guerrillero en las maniguas de Cuba, había peleado en Méjico, cuando fusilaron al Archiduque, y en Francia, cuando los alemanes sitiaron a París, y declaraba que “no se lo comerían los pescados sin volver a cargar con la cruz y a encontrarse en alguna trifulea de las grandes”. Y aquel tatuaje soberbio—un dragón devorándose un barco—que le cruzaba el pecho y las espaldas...

El chico sentía por el “vaporino” sureño una de esas admiraciones idolátricas, de que sólo son susceptibles los niños y las muchedumbres. La única vida que le parecía hermosa, era la de Pedro Llanquilef, y veía el mundo sólo al través de los relatos del fogonero, salpicados de terminajos británicos y de pintorescas locuciones náuticas. Sin embargo, por lo menos en su físico no tenía aquel hombre nada de notable; chico de estatura, recio de espaldas y de cuello, los

miembros cortos en relación al tronco, la frente estrecha bajo el pelo negro y rebelde, la nariz ancha y los ojos pequeños y ligeramente oblicuos, revelábanse inconfundiblemente en él los rasgos típicos de la raza aborigen. Era su risa, su risa franca y sonora, lo que le hacía simpático. Al reír, lucía no sólo la dentadura blanca, poderosa y brillante como hecha de marfil, sino las encías y todo el interior de la boca, de una sanidad perfecta. En realidad, no era de Chiloé, sino de Lebu; pero a él no le molestaba que lo hiciesen oriundo del confín austral. ¿Qué podía importarle ese detalle a un hombre que, más feliz que Sebastián de Elcano, había dado cinco veces la vuelta al mundo?

Complacíale especialmente, a **Papelucho**, oírle la narración de sus días de Rapa-Nui, que Llanquilef decía haber visitado como tripulante de una fragata de la armada francesa. Parecíale maravillosa aquella tierra, donde, según él, no hacía nunca frío ni calor, y donde hermosas doncellas, todas desnudas y risueñas, acudían a la playa a ofrecerse al deseo de los recién llegados. Pero le producía escalofríos la serenidad con que el **Chilote** hablaba de un submarino que había inventado tiempo atrás un alemán, profesor de la Escuela Naval, y en el que él, Llanquilef, estuvo a punto de perecer ahogado.

—¿De veritas? y ¿cómo jué eso?

—Ná, que a un profesor alemán que icer qu'era un sabio, se li ocurrió qui había escubierto un aparato como cigarro puro p'andar por aebajo el agua como los pescaos, pero pa subir y bajar a voluntá.

—Como el **Caleuche**?

—Como el **Caleuche**.

—Y con hombres aentro?

—Pues claro! Y si no ¿pa qué servía? Yéían que si resultaba, él solo podía echar a pique di un solo chinchorrazo a toos los buques españoles que mantenían el bloqueo 'el puerto. Porque esto pasó en tiempo de la guerra con la España. Lo costruyeron en lo de Musiú Duprat, y lo probaron en la bahía, aelante e las autoridades y de un grimillón de gente. Di un comienzo icen qui anduvo bien, pero espues....

Aquí era donde a **Papelucho** se le erizaban, si fuese posible, los cabellos.

—Hermanitos!—exclamaba el vaporino, interrumpiendo hábilmente su relato para aumentar el interés.—Sí, como hay Dios, es cierto que el destino manda... Se embarcaron doce con el inventor en su Caleuche; yo también estaba comprometío, pero por pasar a tomar unas copas con unos amigos, llegué tarde y no me encontré en el muelle más que con la noticia que me dieron los niños de que el sumarino se había eido por ojo pa no volver a aparecer. ¡Por la chupalla! Hasta un hijo 'el alemán pasó con él a mejor vía... Había que ver al otro día en el muelle el llanterío 'e las mujeres...

—Y nunca más salieron?

—Nunquitita mas.

Por los portalones, los oyentes, agrupados en torno al narrador, miraban con tardía cólera la superficie límpida y rasa de ese mar traicionero, en cuyo fondo, entre el fango y las algas, yacía—tumba de sueños abortados—el enorme cigarro de acero ideado por el extranjero iluso. El rosicler suave del poniente, en esos atardeceres ideales de Valparaíso, zangoloteaba sobré las ondas; chillaban los pájaros voraces en torno de los barcos; las lanchas volvían a su fondeadero, entre el hi! ha! formidable de los cingadores; cesaba eu ruido de las cadenas, de las plumas, de los ejes; se hacía la paz en la bahía inmensa, para comenzar de nuevo al día siguiente, con renovado fervor, a veinte,

a treinta, quizás a cuarenta brazas por encima de aquellos que soñaron conquistar de un golpe la gloria y la fortuna...

Rápida asociación de ideas llevaba a **Papelucho** a pensar en el verdadero Caleuche, el barco fantástico de que en tantas ocasiones había oído hablar a Llanquilef, y que, según su testimonio insospechable, iba tripulado por brujos y navegaba sólo de noche, por encima o por debajo del mar, con todas las velas desplegadas y todas las luces encendidas.—¡Qué será lindo!—murmuraba, imaginándose ver, entre los soledades de los canales, aquel “Buque de Arte” que se deslizaba como un gran fantasma, y a cuyo bordo reinaban la alegría y el ruido de una fiesta perpetua. Algo en que no podía convenir era en la circunstancia de ser cojos de la izquierda todos los tripulantes del Caleuche, y de llevar la pierna mala doblada por la rodilla y amarrada atrás a la cintura. Esto más parecía cuento...—Cosas de brujos serán!—concluía, resignado. Porque se habría dejado cortar la cabeza antes de consentir en que el **Chilote** mintiese o desfigurase siquiera la verdad.

Y Llanquilef había visto, sí, había visto una vez las luces del Caleuche, como a la distancia de tres millas marinas, a la entrada de la bahía de Melinka, y alcanzado a escuchar la música de la orquesta que tocaban los brujos... Para **Papelucho** habría sido una inmensa desilusión la de deducir que, si su amigo Llanquilef hubiese participado realmente en todos los acontecimientos de que decía ser actor, habría tenido que poseer el dón de ubicuidad y el de una longevidad matusalénica. Pero sólo se le ocurría admirarle y desear ser otro Llanquilef.

El también, puesto que ya estaba decidido a marcharse de aventuras, vería alguna vez al Caleuche navegar en pleno mar, bajo la luna, con todas sus luces encendidas y todas las velas desplegadas. Cansado de soñar despierto, entre el dulce vaivén de los recuerdos y las esperanzas, cerró el niño los ojos para seguir soñando dormido...

*ms  
Antarctica  
Hansen*

## UN HOMBRE DE BUEN FONDO

Saturnino Orellana, de oficio gasfiter, muy inteligente pero muy holgazán, había conocido a la que fué más tarde su mujer, con ocasión de ciertas reparaciones que hubo de efectuar en la casa de unos extranjeros, en el Cerro Alegre. Agradáronle al mozo los frescos colores y la risa cristalina de la muchacha, a quien, de no verla ocupada en menesteres humildes, habría tomado por una señorita de la casa. Cantaba, con una linda voz, tonadas campesinas, y, al reirse, se le formaban encantadores hoyuelos en las mejillas. Orellana, empedernido tenorio de arrabal, pensó inmediatamente en agregar una víctima a su registro de conquistador. A menudo interrumpía el trabajo por galantearla; pero sus avances no pasaron de saber que ella se llamaba Rosa del Carmen, que era oriunda de La Placilla, que tenía veinte años y que no llevaba más de dos meses de vivir en la ciudad.

La lugareña debía de ser toda una virtud en su especie, porque a sus pies fueron a estrellarse, faltas en absoluto de eficacia, las artes del presunto seductor. Se terminó el trabajo, y Saturnino sólo había conseguido de Rosa del Carmen que le celebrase, en común con sus compañeras de servicio, algunos chistes más o menos afortunados. Esta evidente derrota exasperó el

amor propio del obrero, que se estimaba irresistible, y se dió a frecuentar el barrio. En realidad, a Rosa del Carmen no le disgustaba el mozo ni le molestaban sus requiebros. Sólo que se había venido al Puerto con toda la desconfianza del rústico hacia las personas y las cosas que son producto de la civilización. Además, huérfana desde sus primeros años, se había criado encerrada en un Asilo de Monjas, y todavía, a su edad, andaba viendo en cada hombre un simple demonio disfrazado. Saturnino, que, además de gracioso, era cazurro, se dió fácilmente cuenta del punto débil de la fortaleza, y por ahí atacó. Siguió a Rosa del Carmen hasta la iglesia, y simuló ser un devoto consumado. El resto lo hizo por él la cocinera de la casa, vieja algo celestina, a quien el gasfiter le pareció siempre "un roto muy liviano de sangre".

Justo es decir que Saturnino se había dejado caer con algunos regalitos. Con todo, el asedio se prolongaba y la plaza no daba demostraciones de rendirse. Hasta que el sitiador creyó llegado el caso de poner en juego el último recurso: el compromiso nupcial. Ella aceptó, a condición de llevarlo todo a conocimiento de los patrones. Saturnino frunció el ceño, pero acabó por acceder. El conquistador quedaba conquistado.

Casáronse de noche, en la antigua iglesia de la Matriz, sin gran boato, pero con decencia. Los patrones de Rosa del Carmen, que eran un matrimonio sin familia, tomaron la cosa en serio, estimándola como una entretención simpática. La ceremonia y las fiestas de la boda se hicieron a su costo, como que quisieron, sólo ellos, servir de padrinos. Les parecía encantador este noviazgo, que se había formado casi a su vista, en

su propia casa, entre el obrero de buenas costumbres y la sirvientita honesta. Además, creyendo ver en el novio un hombre digno de protección y estímulo, llegaron hasta habilitarlo para que pudiese instalarse con un pequeño taller. Saturnino estaba que no cabía en su pellejo. Decía que eso se llamaba haberse encontrado a la Virgen amarrada en un trapito.

Rosa del Carmen no tenía más parientes que unas tías solteronas, beatas contumaces, que vivían en La Placilla, y a quienes no les hizo la menor gracia el casamiento de la muchacha. Ciertamente, les habría convenido mucho más que ella siguiese sirviendo en casa de gente rica... De mala gana asistieron a la boda, y casi inmediatamente regresaron a su pueblo, después de aceptar y de guardarse, como si hiciesen un sacrificio, los regalos con que los novios les participaron.

No hizo gran cosa de provecho en adelante, Saturnino. Fuera de su aspecto simpático y de sus maneras desenvueltas, no tenía tampoco nada bueno. Era en extremo holgazán y perezoso. Todo esfuerzo material, aún el más pequeño, le resultaba un suplicio.

Renegaba a menudo de nuestros primeros padres y de su maldita curiosidad, causa única de que haya caído sobre la especie humana la condenación fatal del trabajo. No le faltaba ni imaginación ni verba; de ahí que le gustase el trato constante con las "amistades", que le reían sus salidas y sus dichos, y que prefiriese a cualquier ocupación la charla de corrillo en las cantinas. Tampoco le desagradaban las juergas ruidosas, y se pirraba por asistir a la celebración de santos, bautizos y velorios. A Rosa del Carmen, ordenada, amiga de su casa, le caía como droga amarga esta vida de

holgorio y francachela a que su marido procuró desde los primeros momentos arrastrarla. ¿Será necesario decir que el taller de gasfitería, bajo tan bellos auspicios inaugurado, no pudo prosperar? Saturnino, con su falta de puntualidad y cumplimiento, alejó la clientela, y bien pronto se vió reducido, como antes, a su condición de trabajador a domicilio.

Ella, con femenina perspicacia, tentó todos los recursos imaginables para contenerlo. Pero fué inútil cuanto hizo. Lo quería, por lo demás, a aquel truhan, y éste seguía haciéndole gracia, sobre todo cuando se reía para desarmarla, y la miraba por lo bajo como los perrillos regalones que saben que se han portado mal y desean ser perdonados. Moreno, pálido, de facciones casi correctas, Saturnino tenía un gran poder fascinador en los ojos, unos ojos verdes, grandes, adormilados. Él sabía bien los que les debía a esos endiablados ojos, que arrancaban comentarios "hasta a las señoras", por la calle... Y estos ojos eran los que engañaban, principalmente a Rosa del Carmen, respecto a la condición moral de Saturnino, haciéndole creer en su buen fondo.

Todo fué inútil, y la pobre se aburrió, por fin. Ni los mimos, ni los rezongos, ni las injurias, ni las lágrimas, consiguieron hacer variar de conducta a aquel juerguista empedernido, conversador y haragán. Ya no le quedaba más esperanza que en la intercesión divina, y hacia ella dirigió las miradas la antigua pupila del Asilo de Monjas, ferviente devota de la Virgen, cuyo nombre llevaba. Día y noche ardió la lamparilla de aceite al pie de la imagen que le habían obsequiado, como recuerdo, las Hermanas. Jamás de labios creyentes, han salido preces más fervorosamente humil-

des. Por cierto, que Saturnino, ya casado, no siguió representando la comedia del hombre religioso. Creía hacer bastante, “en materia de curas y de iglesias”, con dejar a su mujer en paz.

Llegó ella a pensar que “la gran noticia” iría a influir en algo—santa ilusión de hembra cariñosa—y así se la dió una noche, con la mayor reserva, después de la frugal comida, en un instante en que éi, recordando no sé qué episodio del noviazgo, pareció conmovido. Saltó, no obstante, como si le hubiesen comunicado un crimen.

—¿Un chiquillo? No estís leseando!

Quedóse helada la pobre, ante semejante salida. ¿Era, pues, todo lo que se le ocurría decir? Se hubiera dicho que Saturnino no había pensado jamás en que la paternidad es la secuela natural del matrimonio. En verdad, no supo si debía alegrarse o manifestarse molesto. Al fin, dijo, seguramente extrañado del aire triston que ensombrecía el rostro de su cónyuge:

—Si es hombre, está bien. Pero si fuese chancleta...

—Mejor si es mujercita—interrumpió Rosa del Carmen.

Y cruzó, instintivamente, los brazos a la altura de los senos, invadida toda ella como por una ola de ternura ante la sola expectativa de ser madre. Este germen, flotante aún en la nébula de su primer capullo, este futuro sér de quien ya se hablaba en la intimidad de una sobremesa a solas, era nada menos que José Luis, mayorazgo ilustre de la casa de Orellana, rebautizado más tarde **Pepe Lucho**, y luego **Papelucho**, por el ingenio callejero. Como se ve, no sobraba efusión en el sentimiento con que acababa de saludarse su primer latido. Justo es decir que su padre, en el fondo fieramente egoísta de su personalidad, no deseaba el advenimiento de ese hijo ni de hijo alguno.

Antes de tenerse en pie, ya **Papelucho** comenzó a rodar. Feo y vivaracho como un quiltro, pronto se hizo popular en el patio, y luego en toda la vecindad del conventillo. Como su padre no lo quiso nunca y rabiaba cada vez que lo veía cerca (le molestaba que Rosa del Carmen lo mimase) ella prefería que se entretuviera en otras casas, donde las comadres lo atiborraban de golosinas y los muchachos le enseñaban a balbucir obscenidades. Precisamente, porque lo veía aborrecido, amábalo más entrañablemente su madre, aunque, en el fondo, le halagasen estos celos del marido, que eran puro fermento de egoísmo. Pero ya la pobre no podía más con la miseria, el trabajo y las dolencias.

Bien poco iba quedando ya, en esta mujer gastada y paliducha, de la antigua lugareña rozagante. La risa moría en sus labios antes de nacer. De las mejillas, debido a la flacidez de los tejidos, habían desaparecido los hoyuelos. Esta Rosa del Carmen iba siendo una sombra de la otra. No luchaba, pues, abiertamente contra la voluntad terca de aquel hombre sin afectos. Prefería eludir los obstáculos a tener que vencerlos, y la ausencia del niño—al que hubiera, sin embargo, deseado tener siempre consigo—le evitaba muchos malos ratos...

A la sazón, Saturnino había perdido completamente el hábito—gusto no tuvo nunca—de hacer una labor regular y cotidiana. No trabajaba sino con largas alternativas de receso. Prefería protestar y maldecir, entre sorbo y sorbo, y entregarse a proyectos quiméricos e hipótesis descabelladas, cuyo término era siempre el mismo: tener mucho dinero y no hacer nada.

—Si hubiese en este conventillo un entierro—decía a veces—y el entierro estuviese debajo de este cuarto....

Y partiendo de este punto, edificaba soberbios castillos en el aire. Igual pasaba con imaginarios legados

de imaginarios parientes ricos. Otras veces aparecía decidido a irse al norte, a envolverlas detrás de un derrotero, algo más estupendamente rico que Chañarcillo y que Tamaya.

De las historias que oía o que leía, sólo le interesaban aquéllas en que se hablaba de colosales fortunas hechas de casualidad, y sin ningún esfuerzo. La fantasía era lo único verdaderamente activo en aquella personalidad de holgazán irremediable. Pero ¡cosa curiosa! mientras más trabajos realizaba con ella, menos deseo tenía de hacerlos con las manos. De lo cual provenía, precisamente, la miseria en que iba, rápida y fatalmente, encenagándose.

Una noche se presentó muy animado. Rosa del Carmen no tenía nada que ofrecerle, pues ni ella misma había podido probar bocado en todo el día. No había dinero, ni de dónde sacarlo. Sin embargo, Saturnino no se molestó. Se le había ocurrido algo extraordinario, algo grandioso, y no sentía siquiera deseos de comer. Se refirió a "las viejas" ("las viejas" eran siempre las tías de Rosa del Carmen) y preguntó brutalmente si esos espantajos eran tan pobres como ellos, o si tenían en qué caerse muertos. Ella contestó afirmativamente: sus tías eran dueñas de unas casitas y de unos terrenos, herencia del abuelo materno.

—¿Cuánto valdrán?

—Qué sé yo. Mil o dos mil pesos.

—¿Y tienen herederos?

—No tienen a nadie más que a mí. Pero conmigo están que truenan desde que me casé con vos.

Saturnino no dijo nada más. Se mordió con insistencia el bigote, y su mirada, vaga y sin expresión, se detuvo largo rato en la luz eternamente encendida por la

devoción de Rosa del Carmen al pie de la imagen de la Virgen.

—Tu santo hará un milagro—dijo por fin.

Y se acostó. De madrugada, tomó el camino de La Placilla. Pero a la noche regresó furioso, declarando que esas viejas eran unas puercas, a las que desearía ver fondeadas con una piedra al cuello.

¡Ni con una taza de caldo lo habían convidado siquiera! Él las había amenazado hasta con meterles pleito; pero ellas, mostrándole unos papeles, habían querido convencerlo de que, si recurría a la justicia, tendría que pagarles todo lo que habían gastado en la crianza y educación de su mujer.

—¡Viejas roñosas!

Se paseaba por la habitación, gruñendo y pateando.

En el camino, sin embargo, aquel infatigable divagador, había discurrido otro medio de obtener dinero: ir a pedírselo a los antiguos patrones, sus padrinos de casamiento, con el pretexto de que se había arruinado sin culpa alguna, y necesitaba volver a levantarse. Rosa del Carmen, incapaz de mentir, se resistía a desempeñar esta comisión. Había llevado a la Agencia hasta la argolla de compromiso; estaba endeudada con todas las vecinas; pero le parecía una enormidad ir a explotar a las personas de quienes mayores beneficios habían recibido.

—Nó, no voy. No iré—repetía—procurando imponerse por la resistencia.

Entonces, Saturnino, fuera ya de sí, le pegó. No era la primera vez que le ponía la mano encima, pero nunca lo había hecho con tanto ensañamiento. Corrió ella a casa de los patrones, todavía ensangrentada, no con el ánimo de sacarles dinero, sino con el de ponerles al

corriente de sus desgracias y solicitar su amparo. Pero allá se le dijo que tuviese paciencia, que este mundo es un valle de lágrimas, que no hay hombre malo sabiéndolo llevar, que Saturnino no podía ser ese canalla que ella se obstinaba en pintarles. Rosa del Carmen acabó por creer lo mismo, y confesó que, efectivamente, su marido tenía muy buen fondo. Finalmente, como observara que se ponían en sus manos unos cuantos billetes, empezó a reír sin dejar de llorar; dió las gracias, y viendo el cielo abierto, volvió a su casa con mayor presteza que la que había empleado en salir. Saturnino vió el dinero, lo contó, se lo guardó y se fué a la calle, dejando a su mujer en lo mejor de la explicación.

De regreso, al día siguiente, por la noche, hediendo a tufo alcohólico y con el cuerpo lacio, se la encontró en cama, al cuidado de una vecina de buena voluntad. Tenía fiebre, y el médico había dispuesto que no se levantase sin su autorización.

—¿No ha tomao ninguna medecina?—preguntó, poniendo cara de afligido.

—El doctor recetó una toma; pero como no ha habío pa mandar a la botica...

Saturnino sintió, en lo que le quedaba de alma, algo parecido a remordimientos.

—Páseme esa receta—dijo.—Iré yo mismo. Pero ¿qué es lo que ha tenío?

La vecina lo acompañó hasta la puerta, y en el dintel mismo le sopló al oído:

—Ha perdío un hombrecito. Ya estaba 'e tres meses.

Rosa del Carmen libró, pero no bien. De resultas de haberse anticipado a dejar el lecho y de trajinar

con poco abrigo, cogió un resfriado que degeneró en una bronquitis crónica. Era el origen de la tos que, como un acompañamiento monótono, oyó siempre el niño en la garganta de aquella mujer tan buena, que lo quería tanto y a quien nunca consiguió ver alegre de verdad.

—Descansar y alimentarse bien—había dicho el médico.

Tratamiento sencillo al parecer, por lo menos en su fórmula, pero que arrancó al obrero un comentario de feroz ironía. Saturnino, ante sus compadres, gustaba de repetir que “la patrona había tenido el boleto sacado para el otro mundo”. Lo cual no fué óbice para que al año siguiente se encontrase un buen día con la sorpresa de que había aparecido una “chancleta”. Por entonces, había él dado en la flor de llevar gente a la casa. Llegaban todos alegrillos, con botellas de licor y paquetes de comestibles al brazo.

—Esto es mejor que gastarse la plata estúpidamente por ahí—exclamaba el botarate, como para excusarse.—En fin, aquí se aprovecha todo. A ver, vieja, prende fuego.

Y a fé que solía echarse de menos la lumbre en aquellos cuartos más helados y húmedos que nichos. Picaba el frío en los inviernos, y el dueño de casa y sus amigos se soplaban los dedos y restregaban las manos al sentarse a la mesa. Se hacía “una vaca”, (si no había carbón era porque no había dinero), y salía Rosa del Carmen hacia el despacho, mientras los hombres, dueños del campo, seguían contándose chascarros groseros, cobrándose sentimientos y haciéndose babosas declaraciones de amistad. Ella se iba, por lo general, llevándose a cuestras a su guagua. Pero un día en que ésta dormía en su cajoncito, despertó al ruido de las carcajadas y las voces, y se puso a llorar a grito herido. Cuando Rosa del Carmen volvió, halló a su ma-

rido sosteniendo a la chica en el aire e injuriándola con su vozarrón de bajo profundo:

—Te vas a callar, alimaña? ¡Condenaos hijos!

Como una leona saltó sobre él la mujer y se la arrebató.

—Pero Saturnino!... Parece que no fuera tu hija...

Le dió el seno flácido y la nena se calló como por encanto.

—¡Qué gracia!—exclamó Saturnino, entre las risotadas de los amigotes.—Si también yo pudiera hacerle ese remedio...

El conventillo del Calzón Roto, cuna del mayorazgo de la casa de Orellana, no era en su especie de lo peor ni de lo más pasable. Húmedo, estrecho, mal oliente, escasa y mala la provisión de agua, nulo el servicio de desagüe, era el conventillo típico del antiguo Valparaíso, hecho para fieras mansas más que para seres humanos. **Papelucho** lo conocía en todos sus rincones. Se había adiestrado ya en el arte de escabullir el bulto a su progenitor, como que muchas veces se escapaba gateando por entre las piernas temblequeantes del obrero borracho. Era amigo de los "aguateros" que aparecían todos los días por las mañanas con sus toneles y sus baldes; sabía por qué, a ciertas horas de la noche, cuando se llevaban los "tigres" hacia la quebrada, se cerraban a machote las puertas y ventanas; había acompañado hasta el carrretón a muchos de los inquilinos que se iban, y era siempre el primero en saludar y visitar a cada nuevo morador. Andrajoso, sucio, pegados a la frente y las mejillas los mechones apelmazados de restos de comida, el medio cuerpo inferior totalmente al descubierto y el medio superior no mucho más vestido, ambulaba por todos lados, y era como una cosa de propie-

dad del conventillo. Las comadres, que para todo tienen un comentario, o muchos, ya ni los hacían a propósito de **Papelucho** y del abandono en que se le dejaba. El único que se gastaba bromas hirientes con el gasfiter, era Torres. el maestro Torres, un zapatero ya entrado en años, gran lector de historias y novelas, que tenía su taller a la entrada misma del conventillo y que parecía haberse dispuesto a corregir a su vecino. Poseía el San Crispín, un perro, vago producto de cien mezclas fortuitas y callejeras, al que había enseñado a sentarse y a ladrar en respuesta a cualquier pregunta que él le dirigiese.

Cuando veía llegar a Saturnino, el zapatero llamaba a su perro.

—**San Bruno**, siéntate.

Dócilmente, a pesar de su nombre feroz, el cuadrúpedo se sentaba sobre las traseras y aguardaba órdenes.

—Dime **San Bruno**, ¿tú te casarás?

—Guau, guau!—respondía **San Bruno**.

—¿Y querrás a tus hijos?

—Guau, guau!

—¿Les darás de comer?

—Guau, guau!

—¿Los vestirás?

—Guau, guau!

—¿No los dejarás que anden muertos de hambre y de frío por la vecindá?

—Guau, guau!

—¿Los mandarás a la escuela?

—Guau, guau!

—Bien, **San Bruno**!—concluía Torres.—Eres un buen perro. ¡Algo mejor que muchos hombres!

**Papelucho**, presente muchas veces, desde un rincón, a estas escenas, era el primero en celebrarlas. Pero Saturnino, que comprendía el alcance de la sátira, se metía furioso en su habitación.

*174  
de  
de  
de*

X

## PALOMILLA BRAVA

Al llegar José Luis a sus cinco años, la idea de hogar y de familia estaba reducida en su pequeño cerebro, a lo siguiente: dos cuartos desmantelados y oscuros; un hombre, de ordinario ebrio, que juraba y blasfemaba cuando no recurría (y era lo más corriente) a las vías de hecho; una mujer que tosía y se quejaba siempre sin dejar de trabajar mucho y muy duro; y unos hermanitos, salidos sabe Dios de dónde, que berreaban de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, y a los que era necesario entretener de cualquier modo. En cuanto a su visión del mundo, no pasaba de la de un conventillo gigantesco, lleno de lavanderas charlatanas, de chiquillos sucios y de zapateros por el estilo del maestro Torres. El estaba seguro de que a todas partes deberían llegar, como allí, hombres a vender agua, frutas o verduras, a dejar leche, a comprar botellas o a echarles parafina a las lámparas. Le parecía imposible que hubiese nada más, bajo las estrellas. Al rey de los cuentos que oía por la noche a algún muchacho de buena memoria, se lo imaginaba exactamente igual a don Rolando, el mayordomo del inquilinato, con su gesto vinagre y sus barbas cenicientas. Las princesas deberían ser co-

mo las dos hijas del maestro Torres, cuando, los sábados y domingos, se emperifollaban para irse de paseo.

—¿No te pega a vos tu taita?—le preguntó a un amiguito, en una ocasión en que ambos, mirando a la luna llena que daba melancólicamente sobre el patio, habían preferido conversar a seguir participando en el pin-pin-sarabín.

—Mi papá es vaporino—le respondió el chico, que no era nada tonto y que llevaba por unos dos años a **Papelucho**.—Mi papá viene a casa una vez cada dos meses, me trae e regalo frutas y juguetes, le hace cariños a mi mamita y a los dos nos saca a pasear pa'l plan.

**Papelucho** conoció lo que es la envidia. Las palabras “regalos”, “cariños”, “pasear”, provocaron una sensación extraña, como de frío, en su corazoncillo sin malicia.

—¿No se emborracha entonces?

—¿Quién? ¿Mi papá? Yo no le hey visto nunca tomar hasta curarse.

El mayorazgo de Orellana se quedó abismado. La revelación de su amiguito desconcertaba de un golpe toda su concepción de los hombres y de las cosas. ¿Es decir que se podía vivir ñe otra manera? ¿Había papás buenos, cariñosos, que no insultaban ni pegaban a sus criaturas? Después de una pausa insistió:

—¿Y onde anda tu taitita cuando no está en casa?

—Bah! no te hey dicho que es vaporino? Anda embarcao en los vapores, va pa'l norte...

—Pa'l norte?...

—Sí, por la mar aentro... ¿Tampoco sabís lo que es la mar?

—No la hey visto nunca. ¿Es linda?

—Y es grande, muy grande... Caben toítos los vapores y los buques... Y sobra muchísimo entuavía. Toíto es mar, pa'l norte, pa'l sur, hasta pa las Uropas.

—¿Entonces a las guagüitas las tienen que traer en vapor?

—Mira éste! Claro, pus, hombre... Si vos bajay pa'l plan y llegay hasta la playa, ey es onde está la mar y los vapores... Si vos subís pu'el cerro cuesta arriba, también divisay la mar.

—¡Qué será bien lindo!—exclamó **Papelucho**.

Y volvió a permanecer ensimismado. Chiquillas y chiquillos, en ronda, cantaban en el patio a la luz de la luna:

**Arroz con leche,  
me quiero casar  
con una niñita  
del Portugal...**

Pero él no oía ni escuchaba nada. Por la primera vez se le había venido a la mente la idea de hacer una escapada y conocer lo que existía fuera del conventillo. Él tenía que ver el mar, aunque fuese de lejos; recorrer el cerro, las quebradas, ir hasta el plan, ver las tiendas, los muelles, divisar los vapores... Consideró absurdo pasarse todo el día de niño para, al llegar la noche, quitarles el cuerpo a las trompadas de su progenitor.

Y al partir de la mañana siguiente, solo o en compañía de otros rapaces más expertos, se dió a vagabundear por los alrededores, subiendo y bajando callejones y pasajes, hurgando los basurales, cabalgando en los burros y en los cerdos vagos, resbalando por las faldas enlodadas, persiguiendo ratas por los cauces, gritando hacia abajo en el brocal de los pozos, haciendo cruda guerra a los gatos de los tejados, sa-

queando nidos, rapiñando frutas y flores en los cercados de las casitas pobres metiéndose "de guerra" en las carpas de los circos.

Rosa del Carmen, alarmada al principio con su ausencia, se irritó después por esta huelga de las delicadas funciones de ama seca confiadas al mayorazgo. Pero acabó por conformarse, comprendiendo que todo esto venía a significar un verdadero alivio en el hogar, ya que le ahorraba a ella preocupaciones y comida. Poco a poco fué ensanchando **Papelucho** el campo de sus excursiones. Ya no le bastó el cerro, y por un lado, hacia abajo, merodeó por todas las calles del barrio comercial hasta la playa, sin perdonar los almacenes de la Aduana ni la estación del Ferrocarril; por otro, hacia arriba, llegó a lo más empinado de la ladera, y desde allí se dió el gusto—nuevo y oscuro Vasco de Balboa—de contemplar la extensión azul sin límites del Pacífico; se detuvo muchas veces ante la Casa del Vigía, hoy abandonada y derruida, y se distrajo observando la operación de izar y arriar las señales que anunciaban los vapores a la vista. Pero tampoco desairó a los cerros vecinos, como que su descalza planta aventurera holló los caminos y senderos de San Agustín, La Cajilla, Las Perdices, Carretas. El Arrayán, Juan Gómez, La Artillería y la misma Playa Ancha, a donde llevaban a los muertos pobres.

No crecía mucho, pero se hacía fuerte y ágil. Gran tirador de honda, gran jugador de trompo y de bolitas, de luche y volantín, lo que menos le preocupaba era el capítulo del alimento. Tanto él como sus camaradas de pandilla, lograban siempre encontrar a tiempo un buen bocado. Los pequeños, las humitas y las tortillas, compradas y devoradas al aire libre, eran la

base de su sistema nutritivo. La playa, por lo demás, se les entregaba generosa. Los pescadores les regalaban a menudo un furel, una merluza y hasta alguna cabrilla. Había carbón, hallado o "levantado", que vender en las "minutas". En los basurales, nunca dejaban de encontrarse cosas de valor para mercarlas... o para comérselas. Había sus disgustos también; se producían disputas, resueltas, por lo general, a puñetazo limpio, aún cuando todos cargasen, por tradición, cuchillo a la cintura; se pasaban malos ratos con las cobradoras de los carros urbanos, con los celadores de los muelles, con los "buitres" del Resguardo, y especialmente con los "pacos". Pero todo eso podía buenamente considerarse como aliño del plato, lo que le da sabor. Era una vida hermosa, desaprensiva, plena, que encantaba a **Papelucho** y le hacía querer al mundo y a las gentes. ¡Qué importaba que no llevase otra vestimenta que un uniforme viejo apenas disfrazado de traje civil, ni que, más a menudo que lo que ellos desearan, la policía les diese sus batidas en forma y pusiese a la sombra a los más lerdos! Tres o más años vivió así el mayorazgo de Orellana, hasta convertirse casi en el caudillo de la tribu nómada...

Una noche—Saturnino aún no había llegado—**Papelucho** se encontró con que su casa estaba llena de vecinas, y con que su madre, tendida de espaldas en el lecho, con un pañuelo, a modo de venda, amarrado en torno de la cabeza, se quejaba más que de costumbre. Antes que pudiese averiguar nada, ya una vieja, pescándolo de un brazo, lo había sacado fuera.

—Tu mamá está enferma—le dijo por toda explicación.—Aquí no servís más que de estorbo.

El niño, sin dar al incidente mayor importancia, se

fué a ver al maestro Torres, cuyo martilleo sobre las suelas se oía resonar por todo el conventillo. **San Bruno**, en cuanto sintió sus pasos, acudió a hacerle zalamerías.

—Y...? El bribón de tu padre tuavía no llega?— le preguntó a **Papelucho** el zapatero, a guisa de saludo.

Y agregó, como dando a entender que su interrogación no necesitaba respuesta:

—Carne e presidio... Hay cristianos con alma e fieras en la vía... ¿Tu mamita está en cama, no?

—Así la encontré—dijo el niño. ¡Yo qué sé lo que tiene!

—Mira, **Papelucho**—le habló el viejo, interrumpiendo su trabajo, para acomodarse los anteojos—vos estáis muy chico tuavía pa darte cuenta e ciertas cosas. Pero una no más quiero icirte pa que argún día ti acordís de mí, y es que vos sois el hijo mayor de la familia, que tendrís pronto que hacerte hombre y que ya es tiempo que te vais dejando e mataperrear.

Abrió los ojos el rapaz, extrañado y perplejo, sin acabar de comprender. Era la primera vez que se le hablaba de su situación en la vida, de sus responsabilidades y deberes de hijo mayor de una familia.

—La vía no si ha hecho pa pasarla granujeando, m'hijo. Está bien que vos sois un peneca; pero ya te podíais ir aficionando a argo, porque lo que es tu taita, de ése no se puede esperar naa güeno... Es chanco que no da manteca. Y tu pobre madre es una mártir que no hará nunca huesos viejos.

**Papelucho**, pendiente de la filípica del zapatero, y jugando con las orejas de **San Bruno**, procuraba estar serio, ponerse a la altura de su locutor. No tenía malos instintos, ciertamente, sino que su mentalidad, desarrollada sin cultivo, como las malezas, no se hallaba capacitada para apreciar determinados fenómenos. Tenía ocho años, o poco más, y hacía ya más de

tres que, desligado de todo afecto familiar, vagabundeaba por cerros, calles y riberas, pequeño brote salvaje, como sus camaradas, de la urbe marítima.

—En mi casa no me quieren—fué lo único que se le ocurrió decir.

—Tu padre no, porque es un bruto que no quiere a naide. Pero tu madre sí, tu madre llora por vos como por toos sus hijos, eso yo lo sé; y si te deja andar too el santo día en malas juntas, es por evitarse isgustos y tragerias.

—¿Y qué quiere que yo li haga?

—Si juerais más grandecito, no me lo tendríais que preguntar dos veces, porque ya estaríais en mi banco aprendiendo el oficio.

**Papelucho**, con la viva imaginación de los niños del pueblo, se vió ya con el delantal puesto, acurrucado junto al maestro Torres, batiendo suelas o estaquillando. Y recordó la copla que un payaso había hecho popular por aquellos días:

Zapatero  
tira cuero,  
toma chicha  
y embustero...

—De qué te ríes? ¿Te parece mal?—le preguntó el maestro, algo amoscado.

—Me río e gusto, ño Torres—le contestó el granuja.

—Mira—insistió el viejo—yo cuando chico, juí tamién un barrabás qui andaba hecho un cabro por los botaeros. Pero no era lesó. Yo no lo tiraba ni me lo comía too. Yo traía pa mi casa too lo que podía porque tamién tenía madre y hermanos que ayuar a alimentar, ¿me entendís? Una vez—y esto es tan cierto como que hay un Dios que nos jujará a toos y a toos nos dará su merecío—nos encontramos a etrás de

una pieira, en la boca el estero e Jaime, un bulto e contrabando e' sea...

—¿Qué?

—Un bulto e mercaería e contrabando. Lo habían dejao allí pa levantarlo en cuantito que se escuidasen los güitres...

—¿Y di ay?

—Y di ay, pues... Ahí jué la ificultá pa negociar el bolo sin pelear y sin que nos rocharan. Como resultó que eran mantos de espumilla 'e sea, nos repartimos parejito por igual, y uno que sobró lo tiramos a la suerte. Yo vendí mi parte, reservándome un manto pa mi vieja, y saqué más de cien pesos de esos años. Pero ¿vos te creerís que me los gasté en comer o que los perdí al juego? ¡Naranjas e la China! Me lo traje too pa la casa, hasta el último cobre, y en la noche salimos con mi mamita a emplear en las tiendas. Así es cómo hay que hacerlo, **Papelucho**. Lo que se pesque, bien pescao está, si se aprovecha. Que una chaucha, que dos chauchas, que un peso, que doce reales, vengán, que al pobre too li hace cuenta. Ganando cortes en el muelle o en la estación, lüstreando calzaos, en la pica e' sal, vos te poís sacar tus güenos cobres al día hasta que pase el tiempo y seáis más grande y entrís a aprender oficio.

Penetraron muy hondo en el espíritu del niño las palabras del maestro Torres. Empezó a recordar toda la plata que había despilfarrado jugándola a las chapitas o comprando juguetes o golosinas, sin preocuparse jamás por que anduviese casi desnudo o por que en su casa hubiese enfermedades, hambre y escasez.

—¿Qué ecís, **Papelucho**?

—Que es la pura verdá lo que usté ice, ño Torres.

—A ver agora si lo que entra por una oreja no se te sale por la otra.

Dicho esto en tono sentencioso, el maestro volvió a arreglarse los anteojos y reanudó la tarea. **Papelucho**

siguió distraídamente acariciando a **San Bruno**, mientras formulaba in mente valerosos propósitos de renovación. Él imitaría el ejemplo de su viejo amigo. En adelante, aprovecharía la ocasión. ¡Vaya si la aprovecharía!

Lo que le produjese el “cachureo”, la rebusca en los basurales, en el malecón y en las bodegas, o su trabajo honrado de cortero, todo se lo daría a su madre, que lo emplearía en ropa para ella, para él y para sus hermanitos.

¡Qué tonto había sido al no ocurrírsele mucho antes una cosa tan sencilla! Y así se lo dijo a ella misma, a su pobre vieja, entre lágrimas, horas más tarde, cuando al fin le fué permitido regresar a su casa y permanecer en el cuarto de la enferma. La misma vecina que le había arrastrado fuera, lo recibió ahora para decirle:

—Mira, **Papelucho**, ¿sabís? Te ha llegado un hermanito e las Uropas.

Y se retiró en puntillas, prometiendo volver a la madrugada. El niño se encogió de hombros por no decir un disparate. ¡A él venirle con cuentos! Como si no supiera demasiado que los pobres tienen que hacer sus chicos en la casa... Se quedó plantado en medio de la habitación sin hallar qué hacer. Al despedirse del maestro Torres, traía el propósito decidido de correr junto a su madre enferma y decírselo todo de una vez. Pero ahora, viéndola de espaldas, con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo, una inexplicable cortedad lo mantenía como clavado en los ladrillos del piso. Verdad es que la raza chilena no peca de expresiva. Pero en el caso de **Papelucho** había que considerar, además, la forma cómo éste se había criado, constantemente lejos del techo paterno y ajeno siempre a cuidados y caricias. Por eso, sabiendo que tenía que acercarse a su madre para decirle tantas cosas, el niño se estaba allí indeciso, casi aturdido, como si fuese a co-

meter una falta. Al fin, sin ruido, andando en puntillas con sus pies descalzos, se aproximó a la cama. Rosa del Carmen no lo sintió, y **Papelucho** pudo ver junto a ella, del lado de la pared, un montón de trapos arreglados como el nido de un ratoncillo. Calculó que allí estaba el recién llegado, y sintióse invadido de una gran ternura.

—Mamita...—murmuró.

Ella abrió los ojos, y, enternecida al ver junto a ella no a su marido, como llegó a pensarlo de improviso, pero sí a su primogénito, le pasó la flaca mano por los cabellos ásperos.

**Papelucho** besó aquella mano y la llenó de lágrimas. Después, vivos aún en el alma los propósitos que se había formado oyendo a su viejo amigo el zapatero, (¡de lejos llegaba su activo y alegre martilleo!) le dió a entender a su manera que la vida había cambiado, que en lo sucesivo él iba a portarse bien, a trabajar para ella y para sus hermanitos, no importando ya nada que su padre no los quisiera y siguiera emborrachándose.

—Y si le sigue pegando, mamita—terminó—nos mandamos cambiar.

Ella, vencida aún por las fatigas del trance doloroso, no supo qué contestar. Aquello era tan inesperado! Criatura de resignación, profundamente fatalista a pesar de su piedad fervorosa, había aceptado, inclinando la cabeza, su papel de víctima hasta la muerte.

Pero había orado, orado día y noche con fé ardiente, a su Patrona la Virgen del Carmen y a los santos cuyo nombre llevaba el primogénito, y sonrió estremeada de gratitud, pensando ingenuamente que había sido, al fin, escuchado su ruego, y que se realizaba el milagro tantas veces esperado.

*ms. de  
el estado  
de Buenos*

## EL PRIMER PAR DE ZAPATOS

De todas las sugerencias que recibiera del maestro Torres, la del contrabando de sederías fué la que más vivamente hirió la imaginación de **Papelucho**. ¡Prestigio imponderable de lo misterioso! Es corriente ver a los hombres remover la tierra en busca de un problemático tesoro, antes que labrarlo para sembrar trigo. Lo propio le ocurrió a nuestro héroe: a ofrecerse para lustra-botas o mandadero, prefirió pasarse los días registrando las alcantarillas con la persistente esperanza de hallar el fabuloso contrabando. Hasta que se convenció de que iba por mal camino, y de que era más práctico contentarse con la ganancia, pequeña pero segura, del trabajo regular. No por eso abandonó su sueño, y tanto en sus horas de ocio como en las de labor, le acompañaba la idea del hallazgo que habría de sacarle para siempre a flote.

No le fué mal en tierra, y el chico llegó a estar admirado de lo fácil que resultaba ganarse la vida cuando había voluntad. A menudo recordaba las advertencias del maestro Torres, especialmente cuando sus antiguos secuaces de la palomilla brava le tentaban, con el tintineo metálico de las monedas, a entregarse al placer del "cara o sello". Portando maletas de pasajeros en la estación o en el muelle, ayudando a los ca-

rretoneros y a los cargadores, repartiendo volantes de propaganda de las tiendas, "haciendo canchos", en suma, lograba salir avante cada día y llevar a su madre algunos centavos, y hasta algunos pesos, que ella le recibía con no disimulado orgullo. Pero a decir verdad, atraía la vida de a bordo, que no conocía, y deseaba ardientemente trabajar en el mar, que le enamoró desde que trabara relaciones de amistad con él.

Se metió primero en las lanchas, negras y panzudas como ballenas, que atravesaban a todas horas la bahía, arrastradas a remolque o impulsadas a la cinga, lenta y penosamente. Luego logró ocuparse en la pica de sal, en las calderas de los vapores, trabajo que le agradaba especialmente, porque con él tenía asegurado el "chupe", y todo lo que le pagaban por su tarea (a veces larga y violenta, como que tenía que darle firme hasta de noche) iba a parar íntegramente a sus bolsillos. Fué entonces, y con motivo de estas labores, cuando conoció al fogonero Pedro Llanquilef. Quizás el chico tenía la fiebre de las aventuras en la sangre, o quizás los relatos del **Chilote** le hacían a él el efecto que en los niños letrados producen las lecturas de De Foe y Julio Verne. El caso fué que **Papelucho** se aficionó desde el primer momento al trato de Llanquilef, y que éste correspondió a su adhesión protegiéndolo y guiándolo. Cuando supo de labios mismos del niño, la vida penosa que llevaba en su casa, y cuáles eran sus propósitos, Llanquilef lo tomó más en serio. Más de una vez compartió con él su rancho de vaporino, y gracias a su generosidad, pudo **Papelucho** darse algunas panzadas de frutas tropicales, de la pacotilla de a bordo.

Otra de las faenas que prefería el mayorazgo de Orellana, era la de ayudar a los pescadores, embarcándose con ellos para hacerse a la mar y regresar a la caleta con las redes desbordantes. Se había hecho muy hábil en el manejo de los útiles del oficio, y se hallaba capaz de desafiar a cualquiera en la tarea de destripar, en el menor tiempo, el mayor número de piezas. Rara vez se le pagaba en efectivo; pero era lo mismo, porque el niño se daba por satisfecho con su parte de pesca, seguro de que lo que no pudieran consumir en la casa, lo vendería fácilmente en el conventillo. El maestro Torres estaba encantado de la buena cabeza de su discípulo, de quien también solía recibir (dicho sea de paso) algunas muestras de agradecimiento. Por aquellos días fué cuando el viejo concibió la idea de hacer calzar a **Papelucho** el primer par de zapatos de su vida, idea que al rapazuelo le pareció descomunal. Acordaron entre ambos, no decir a nadie una palabra del asunto y dar a Rosa del Carmen la sorpresa del siglo.

De sus tiempos de la palomilla brava, quedábale aún a **Papelucho** su innata afición a los grandes espectáculos gratuitos. Los temporales de agua y de viento seguían siendo su delicia. Las inundaciones producidas por la lluvia le sacaban de quicio; gozaba viendo al futrerío mojarse y chapotear en el fango; comía con más apetito después de cada aguacero con truenos y relámpagos. Las fiestas populares, los Dieciochos, los Carnavales, las Pascuas y los Años Nuevos, no lo pillaban jamás desprevenido. Se divertía por diez, como sus compinches de la palomilla, recorriéndolo todo y disfrutándolo todo desde Viña del Mar hasta Playa Ancha. ¿Para qué decir que le entusiasmaban los soldados y los marineros y que se peleaba por marchar pe-

gado a la cola de las bandas de músicos? También le agradaban los incendios, sobre todo de noche, y era siempre de los primeros en llegar al sitio del siniestro, por lo común mucho antes que las bombas que acudían entre un estrépito loco de campanadas y al trote de sus pesados percherones.

Pero eran los temporales en el mar sus favoritos. Se divertía grandemente oyendo los pitazos de auxilio y viendo el reventar furioso de las marejadas en los enrocados de la playa, el balanceo de las naves, el ir y venir de los remolcadores, la paralización nerviosa de las faenas marítimas, el bostezar de la gente ociosa en los muelles, el desembarco de marinos metidos en chorreantes impermeables... No siempre era tan sencillo el espectáculo.

En más de una ocasión vió garrar lanchas y goletas y venirse contra el malecón, y hasta buques grandes, hermosos barcos de tres y cuatro palos quedar cabalgando sobre las peñas, azotados por las olas, mientras los vapores de hélice y de rueda merodeaban afuera, envueltos en el humo y en la niebla, capeando el temporal. Luego, cuando volvía la calma y resplandecía el sol, había en las orillas cosas muy buenas y para mucho tiempo!

¡Cuántas veces tuvo ocasión de felicitarse a sí mismo por haber prestado oído a los consejos del maestro Torres, y qué razón le encontraba, al recordar aquello de que “la palomilla no lleva a ninguna parte buena!” Efectivamente, mientras él trabajaba honradamente, sin que nadie—fuera de su padre—le molestase en sus idas y venidas, los otros seguían granujeando, chapaleando en el fango de los bajos fondos, aprovechados como “loros” por los “niños” en sus “trabajos”, metidos “en cana”, echándose a perder para siempre, as-

cendidos de rateros a “patraqueros” y aún a salteadores... A menudo los divisaba y hasta se topaba con ellos: cuando los perdía de vista, era seguro que habían sido puestos a la sombra, o andaban fugitivos o estaban de espaldas en un lecho de hospital. **Papelucho** los saludaba, porque los conocía; pero ya nada quería con ellos ni con nada que oliese a perdición.

Todo sonreía en el mundo al animoso rotito. Todo, menos su casa, donde siempre había penas y miserias, gritos, golpes y lágrimas. Saturnino, que, a pesar de las precauciones adoptadas por su mujer, se había percatado de la relativa abundancia de la despensa, hizo la vista gorda; pero se aprovechó lindamente de esta ráfaga bonancible, para hacer aún más raros sus aportes al presupuesto doméstico (que siempre fueron bastantes exiguos) y para seguir llevando convidados a su mesa.

—Parece que el cachorro no ha salido muy amarrado de las manos—comentó un día, con estúpido cinismo, refiriéndose a **Papelucho**.—¡Hijo 'e tigre!

Rosa del Carmen se ofendió, herida en su amor y en su fe de madre. Se puso roja de indignación, y con la voz alterada, se encaró a su marido:

—Ladrón no es mi niño, ni lo será nunca, porque no ha sido criado pa eso. Trabaja como puede el pobrecito, y vos, en lugar de agradecerle el alivio que esto es pa nosotros...

No pudo continuar. El hipo del llanto le produjo tos. Saturnino se burló de ella y de su emoción, hasta cansarse, vociferando irónicamente contra las mujeres que crían niños como confites en almíbar, y que creen que sus hijos son los únicos angelitos que hay en el mundo, incapaces de tirarle el indio a un “canario” e a una “cubrería”.

—Eso será mejor que se lo digáis;—gritó, por fin— que en lugar di andar pegándole uña a unas “frioneras” que no valen la pena, las apañe con algo que sirva siquiera pa darse un rato 'e gusto.

—¿Y por qué no se lo ecís vos? ¿No sois su padre?

—Así icen las malas lenguas...

Saturnino se celebró a sí mismo y se premió el chiste con un trago.

Había dejado de ser ya el cínico simpático de otro tiempo, el roto paliquero que se hacía perdonar con una bufonada. El vicio lo había encanallado, y ahora no pasaba de ser un haragán astroso sin pizca de escrúpulos morales, sin anhelos de prosperar, desecho de taller y “carne de presidio”, como con crudeza pero con justicia lo calificaba Torres. Decididamente había abandonado el trabajo y no lo aceptaba sino como excepción: un “bolo” aquí o allá, una vez a la semana, una refacción o una compostura en ésta o en aquella casa, le satisfacía. Ganaba más—según su propia afirmación—y se molestaba menos. El resto del tiempo lo pasaba en la trastienda de los despachos del Cerro, o abajo, en las bodegas del Puerto, lo cual era para la familia un descanso que se celebraba con unanimidad absoluta.

La monotonía desesperante de esta vida ya no humilde, sino inferior, se vió alterada por un suceso que—el primero de su especie en el orden cronológico—conmovió profundamente a Rosa del Carmen y a sus hijos.

Saturnino pasó dos noches fuera de la casa, y a la mañana del subsiguiente día se presentó en el conventillo un agente de la Secreta con un papel en que el gasfiter, a la vuelta de unas cuantas excusas mal hilvanadas, comunicaba hallarse preso por lesiones, y con-

denado a sesenta días, conmutables en cien pesos de multa.

—¿Y qué es eso?—preguntó Rosa del Carmen.

—Ná, que tuvo un bochinche con otros gallos y él pegó más fuerte. Ahora, si él tiene con qué pagar la multa, se libra de quear “encanao”.

—Y son cien pesos! ¿Y de aonde los voy yo a sacar?

—Eso es cuestión de ustedes. Yo he hecho más que cumplir con mi deber al venir aquí con el recaó. Obligación no tengo ninguna.

Callaba un detalle el digno funcionario, miembro recomendable de su gremio, y era el de que, para conseguir de él ese servicio, el reo había tenido que regalarle su sombrero en bastante buen uso todavía, y el boleto de empeño de un reloj de níkel. Rosa del Carmen buscó por los cajones un resto de vino con qué brindar a aquel hombre de tan buena voluntad, quien le aconsejó—ya más ablandado—que fuese a verse con su marido antes que lo pasasen a “Los Pimientos”. La pobre mujer dejó a su vecina al cuidado de la casa, se arrebozó en su pañolón, y con la guagua en brazos, bajó al plan alimentando la vaga esperanza de encontrarse con **Papelucho**, que había salido como de costumbre, a hacer algo por la vida.

—Menos llantos y más razones—le dijo Saturnino, poniendo atajo a los sollozos de su cónyuge.—Veamos qué es lo que se puede hacer, y si no, resignarse no más, arquear el lomo y poner el cuero tieso. Es la ‘el pobre... y la ‘el burro.

—Yo no sé qué hacer, Saturnino. De quién voy a valerme...

—¿Por qué no vais onde los patrones del Cerro Alegre?

—Los habimos molestado tantas veces ya...

—Una vez más, una vez menos, qué tanto quiere icir. Continás que yo no estoy aquí por ninguna cosa fea... Cuestión de copas no más. Ni cuchillo siquiera.

A manos limpias jué la cosa... ¿Qué curpa tengo yo si soy más listo y sé pegar mejor?

Y el roto, en cuyos ojos verdes, a pesar de los estragos del alcohol, quedaba una chispa del antiguo encanto, se reía con complacencia jactanciosa. Sinceramente creía el holgazán que una de bofetadas más o menos, por definir una cuestión entre hombres, merece recompensa y no castigo.

Rosa del Carmen se dió tiempo para ir a casa de sus antiguos patronos, y para llevarle después, junto con la ollita de almuerzo, la noticia a Saturnino. Sólo la señora estaba en casa; ella nada podía hacer, y había que ir a ver al señor al escritorio o aguardar hasta la tarde. Callóse ella las reconvenciones que le hicieron al observarla a tan mal traer y la poca esperanza que le dieron de que sería atendida. "Ya estaban cansados, y comprendían de sobra que un hombre como Saturnino, no se enmendaría jamás".

Sólo con su hijo fué expansiva. De vuelta en su casa por segunda vez, encontróse ella con que **Papelucho** se había restituido, por su parte, al hogar, porque ya lo sabía todo y andaba excogitando los medios de salvar del trance. Hay una precocidad de la experiencia, propia de los que ha amamantado la desgracia, y esa precocidad la poseía el mayorazgo de Orellana. Ya no miraba los viejos y destartalados muebles, porque demasiado sabía que ni vendidos usurariamente, alcanzarían a producir cien pesos. Y sabía también que, por más que se registrase, nada quedaba allí de qué echar mano para convertirlo en metálico.

—Mire, mamita, qué es fataliá! Mi amigo el fogoneero Llanquilef, anda viajando pa'l norte agora... ¡Es estar con la mala!

—¿Creís vos que él nos podría valer?

—Uf! el **Chilote** manija mucha plata... Y es más güeno! Y me quiere más!...

A él no se le pasaba por la mente ni una sombra de duda respecto a la capacidad financiera y a la filantropía del **Chilote**. Agregó todavía:

—Bah! Si éste estuviera aquí, no había que ir a mirarle la cara a naide, ni recibir malas palabras de naide...

Sin embargo, el antiguo patrón de Rosa del Carmen, por lástima, ya que no por afecto, quiso ser bueno una vez más. Gracias a él y a su dinero, el canorrasta se vió libre de un carcelazo de dos meses. Lo cual—preciso es decirlo, aunque resulte ingrato a los sentimentales—no sirvió más que para estimular en el vicio al contumaz. Sabiendo ya que no lo dejarían “podrirse en el calabozo” (frase suya), se volvió más insolente. Le dió la vana por la guapeza, y armó frecuentes escándalos en bodegas y tabernas. En el conventillo se abstenía un poco, merced a don Rolando, a quien respetaba o fingía respetar. Pero como la tenía con el maestro Torres, le pareció divertido ponerle banderillas en represalia de las indirectas de otro tiempo. El viejo zapatero trataba de no perder su buen humor, y le devolvía la mano replicándole con picantes chirigotas.

—¡Mira!—le dijo un día.—Si no estuvierais pasao como un odre, te juro que aprovecharía tu cuero pa hacerles zapatos a tus hijos...

Pero Saturnino se puso pesado con exceso, aludiendo en cierta ocasión a las hijas del maestro, “que eran feúchas, pero que todavía estaban buenas para un caso de apuro”. Aquí, al alegre viejo se le subieron los anteojos a la frente y la mostaza a las narices. Amenazó al gasfiter con el cuchillo, y en tal forma y tono se hubo de expresar, echándole al rostro todo lo que tenía guardado—su sevicia innoble, su brutal egoísmo, su holgazanería y su ebriedad—que el hombre se apabulló.

—Y finalmente—gritó Torres, todavía colérico—no soy yo, sino éste (señalando a su perro) quien debe

entenderse con un sinvergüenza como vos... Tenís que andar muy derecho si no querís dejar entre sus dientes una tira de ese pellejo hediondo.

Y exaltándose, como suele ocurrir, con sus propias palabras, comenzó a animar a **San Bruno**, que, desde que viera a su amo enfurruñado, se había puesto en facha. Saturnino optó por la fuga, súbita y definitiva.

Fué el estreno del primer par de zapatos de **Papelucho**, lo que produjo la disención irreparable entre él y su progenitor. Aquel suceso marcó época en la crónica doméstica. El maestro Torres, que se había esmerado en fabricar una obra maestra, acudió en persona a presenciar el efecto que hacía el calzado en la de su pequeño amigo, y luego se marchó encantado; Rosa del Carmen se reía sola; los chicos chillaban de contento, como delante de una maravilla; el agraciado, tratando de mantenerse imperturbable, no podía disimular su complacencia. Quizas Galileo, convencido de que bajo sus plantas rodaba el globo terrestre, no pisaba tan fuerte como aquel antiguo y prestigioso miembro de la palomilla brava... Pero la fiesta acabó mal, y, como siempre a causa de Saturnino. El hombre llegó con un humor de perros—sin copas y sin dinero—y al ver a su primogénito de calzado nuevo, se tentó de risa. Fué una risa tan rotunda y desconsiderada, un reventar tal de hilaridad, acompañado de tales aspavientos, que Rosa del Carmen y sus hijos se corrieron.

—Lo que falta ahora que le salgan callos al marqués... Já! Já!

Se apretaba el estómago, se le saltaban a los ojos las lágrimas. Avido, tal vez, de desquitarse de los malos ratos del día, se entregó con verdadera crueldad al

deporte de mofarse de aquel niño que él no había sido capaz nunca de vestir siquiera a medias, y que ahora procuraba, con el fruto de su trabajo, dejar de parecer un pilluelo. Rosa del Carmen lloró de dolor, y **Papelucho**, de rabia contenida, se mordió las uñas.

—Estas son gracias del maestro Torres, según entiendo. ¡Claro! El veterano ha echado muy bien sus cuentas... Está empeñado en dar con un buen yerno para sus fenómenos... Já! Já! Já!...

Hurgó después por los rincones hasta que halló vino, ya bastante agrio, en el fondo de una damajuana. Se lo bebió paladeándolo y ensartando nuevas pullas.

Rosa del Carmen y sus hijos, no hallando nada mejor qué hacer, se acostaron. Saturnino también, cansado de explotar la veta de su ingenio, se fué a la cama. Pero al día siguiente, con las primeras luces, él y los zapatos de **Papelucho** habían desaparecido.

*cop. de  
Papelucho  
y Saturnino*

## “¡A LA GUERRA!”

Aquella mañana, bajó **Papelucho** como de costumbre, silbando y a la carrera, por el callejón del Castillo hacia la Plaza Municipal, llamada ahora de Echaurren. Nada de anormal sorprendió en aquellos sitios que le eran tan familiares. Hacía un lindo sol—sol de Febrero—a cuyo resplandor se veía hasta bonita toda la barriada del Puerto, las fachadas de las tiendas de trapos, las vitrinas de algunos almacenes y los tiestos de geranios y pelargonias que manos diligentes regaban tras la reja de los balcones volados. Una brisita suave (la brisita mañanera de siempre) venía del mar, de la bahía, oliente a jarcia húmeda, a marisco y a brea.

Desde una semana atrás, una compañía de circo había instalado allí su carpa, gran atracción para toda la palomilla del barrio. Y **Papelucho** repitió, una vez más, las coplas que había aprendido al payaso, y que éste canturreaba acompañándose de una tabla a modo de guitarra:

Me gustan todas,  
me gustan todas,  
me gustan todas  
en general;  
pero las blancas,  
pero las negras,  
pero las rubias  
me gustan más...

El mismo pobrerío de hoy—marineros sin contrata, obreros cesantes, astrosos borrachines—hormigueaba en esa plaza tan típica, a la que se ha cambiado de nombre varias veces, pero cuya fisonomía ha sobrevivido victoriosamente a todas las mutaciones. No obstante, ya en la Planchada, en la playa de la antigua Poza y en las cercanías del muelle de pasajeros, observó, sin gran esfuerzo, un movimiento mucho mayor que el de ordinario. Los fleteros iban y venían casi corriendo. Embarcábanse con apresuramiento marinos uniformados. Grupos de gentes conversaban con calor en las afueras del Correo y de la Intendencia y a las puertas del Club Francés y del antiguo Café Americano. Se oía, sobresaliendo entre todas, la palabra “guerra”, a la que se agregaban las de “cuicos”, “Antofagasta” y “salitreras”... Era una jerigonza que el palomilla no podía comprender, por más que tendía la oreja a un lado y otro. ¿Qué diablos estaría pasando?

Detúvose al fin, junto a la vieja Chayo, una popular vendedora de pequeños que tenía un puesto fijo a la salida del muelle, y de quien era casero antiguo. Mientras avivaba el rescoldo, la mujer, complacida de verse escuchada por unos cuantos hombres del pueblo, iba extendiéndose en consideraciones acerca de lo que ocurría.

“Era la guerra, la guerra que el Gobierno tendría forzosamente que declarar a los bolivianos, cansado ya de aguantar el maltrato que éstos daban a los trabajadores chilenos de los minerales y las salitreras.”

—¿Y qué se va a hacer?—decía, con aire resignado. Hay que matar u hay que morir. No quea otra.

Y agregaba alguno de los circunstantes:

—Comer uno, antes que se lo coman a uno. Esa es la ley.

—Y usted, ña Chayo, ¿que no tiene a sus niños en la marina?

—Defectivo dos hijos tengo en el mar; uno es condestable en el **Crocán** y el otro es artillero en la **Magallanes**. Sé que se portarán como chilenos, porque los dos son harto hombres.

—Pero les puee llegar...

—Y si les llega, ¿qué? Será su estino. Ca uno nace en el mundo con su estrella. Pa morir hemos nació, y nadien tiene la vía comprá...

**Papelucho** recordó a su amigo Llanquilef, que siempre repetía lo mismo. “Era inútil sacarle el cuerpo a la desgracia o a la muerte... Había una ley que se cumplía infaliblemente para cada criatura...” Filosofía fatalista que está en el alma de nuestro pueblo y que le acorapaña hasta su último momento, sin perjuicio de la fe religiosa que es en él tan honda como ingenua. Pensando en que todo aquello era la guerra que debía producirse, y en que acaso le tocaría ir a pelear, compró al crédito dos peques, le atizó a uno un morlisco decisivo y con toda la cachaza de un playero se dirigió al muelle. Era su propósito el de colarse en un chalupa y llegar hasta el **Choapa**. Pero a medio camino se encontró a su amigo Llanquilef, que acababa de poner el pie en tierra, y que traía un bulto a las espaldas. El vaporino le confirmó las noticias que acababa de oír. “El Gobierno boliviano había expulsado a los chilenos de su país, después de apoderarse de las salitreras, y tropas del ejército y de la marina de Chile se habían tomado Antofagasta y marchaban al interior para hacer respetar los derechos de nuestros compatriotas.”

—Yo soy de la marina 'e guerra—le explicó todavía—y tengo que ir a ocupar mi puesto.

**Papelucho** lo escuchaba engullendo con entusiasmo.

El olor apetitoso de la emparada callejera le ensanchaba las narices; corríale el caldo del pino por la bar-

ba, por los dedos y luego por el borde de la mano hasta la muñeca: morder y sorber es el arte de comer pequeños.

—¿Onde va, ño Llanquilef?

—Por el momento al Resguardo, a que me revisen estas pilchas. Endey, aonde me manden los jefes superiores.

—Oiga, ¿no almitirán niños?—le preguntó **Papelucho**, deslumbrado ante la sola idea de participar en la guerra, al lado de su amigo el vaporino.

—Vos estáis muy cabro entuavía, **Papelucho**. Tenís gusto a leche.

Siguió andando el **Chilote**, y el niño no tuvo ánimos para acompañarlo. Había sentido como si le diesen una puñalada en el corazón. Después del tremendo episodio del robo de los zapatos, no había vuelto a sufrir una amargura igual. Ni siquiera los palos y los puntapiés con que le regaló Saturnino para hacerle escarmentar de sus pujos aventureros, le dolieron tanto. Todos sus planes de fuga y de vagancia por tierras desconocidas se le venían al suelo, precisamente cuando estaba más decidido a abandonar su casa. Y todo, ¿por qué? Porque era chico! Pero ¿acaso no servía para nada? ¿No tenía probado que era más hombre que muchos, más hombre que su mismo padre?... Estaba furioso y no dejó la calle en todo el día. Anduvo voltejeando por la Plaza y se agregó a todos los desfiles, gritando y palmoteando, echando al aire su raído sombrero, enardecido de entusiasmo patriótico.

Decir patriótico es, indudablemente, demasiado decir. Porque **Papelucho** no tenía de la patria más nociones que las que habían podido inspirarle el **Chilote**, con sus fantásticos relatos, y las vagas consideraciones

filosóficas con que el maestro Torres solía aderezar sus lecturas. A juicio del primero, el hombre bien nacido debía querer su tierra y su bandera, por encima de todas las demás del mundo, y el ser un buen chileno consistía en no echar nunca pie atrás, en defender su causa y en morir en su ley. En cuanto al maestro—que, por sugestión y quizás si un poco por tradición, era un “carrerino” acérrimo—hablaba a menudo de los próceres de veneranda memoria que nos dieron Patria y Libertad. Pero en nada de esto pensaba Papelucho, mientras se dejaba arrastrar de un lado a otro por la efervescencia de las oleadas populares. Era algo puramente nervioso, algo inconsciente como cuando, en el circo, la prueba de acrobacia que juzgamos peligrosa nos suspende la respiración.

Oyó todos los discursos, aplaudió, aclamó, repitiendo hasta el cansancio frases cuyo significado se le escapaba totalmente. Desde los altos del edificio de la Intendencia, hablaban los oradores, “mejor que los padrecitos en las misiones”. Notó el niño que todos se expresaban fogosamente, manoteando mucho y pronunciando muchas veces la palabra Patria y otras que él no comprendía, pero que siempre producían en el público el mismo estrepitoso efecto. Había salido a lucir muchas banderas tricolores, iguales a una pequeña que Llanquilef llevaba doblada en la cartera y a otras que veía flamear en los mástiles de algunos buques y vapores, y que la gente de a bordo llamaba la “porotera”. Resonaban tambores, ruidos de caballería, toques de cornetas... Se oía gritar “¡a la guerra!” “¡a la guerra!”, a una sola voz, poderosa como un trueno, y en un ritmo obsesionante como el del clamor con que el público de los teatros revela su impaciencia.

“A la guerra!” oía por todas partes, y él también repetía con su vocecilla de tiple enronquecida: “¡a la guerra!”, llorando y riendo a un mismo tiempo.

Hasta un gringo borracho, un pobre "bichicuma" que él conocía mucho, eterno huésped de las playas y los malecones y del que se decía que había sido uno de los primeros capitanes de vapor llegados al país, se hizo oír de aquella enorme masa de gente para gritar con la gorrilla en alto:

—Vive Chile, carramba! Mi, marino británico, yendo también a la guerra defendiendo a Chile, país noble, carramba, que siendo mi segundo patria... And... vive Chile!...

Y terminó cambiando la interjección chilena, tradicional en estos casos, por un juramento inglés de cepa náutica, no menos enérgico y feroz. Al gringo lo sacaron en andas y lo llevaron a acabar de emborracharse al Café Americano.

**Papelucho**, encantado, acabó por olvidarse de su fracaso de hombre de aventuras. De la retórica tribunicia, él sacaba en limpio que los chilenos debían declarar la guerra a los bolivianos, y que esto significaba afiliarse en el Ejército o en la Armada, vestir el uniforme, cargar rifle y sable o yatagán, y marchar a la batalla al son de la música. ¡Qué lindo! El hombre de guerra que hay en el fondo de todo roto, despertó en el alma de aquel niño casi huérfano. Habría deseado crecer de improviso una cuarta o dos, tener la voz ronca y pelos en la cara, para correr al buque o al cuartel. Sus antiguos camaradas de la palomilla brava también andaban por allí, y él los vió igualmente entusiasmados. Como es natural, todos manejaban al cinto su "corvito" hecho de zuncho, de hueso o de madera, y todos se prometían por lo bajo despanzurrar al enemigo...

En cuanto a él, pasó su día en blanco, sin probar más

bocado que su par de pequeños mañaneros, y sólo en la noche, al volver a colarse a hurtadillas en su cuarto, (temeroso, como siempre, de provocar las fáciles furias paternas) vino a darse cuenta de que no había comido, y de que le devoraba un apetito atroz. Ramoneó lo que pudo en el cajón que servía de despensa, y en el que su madre acostumbraba reservarle algunas golosinas, durmió nerviosamente, y de mañanita bajó al plan. Era otra vez un hermoso día, claro, transparente, alegre. Había en el Puerto la misma animación de fiesta de la víspera. La gente se apelotonaba en las puertas de las oficinas fiscales, a la espera de noticias. Se aguardaba por momentos la declaración de guerra, públicamente solicitada al Gobierno por intermedio de la primera autoridad de la provincia.

Las redacciones de los diarios se veían asaltadas materialmente por un público ávido de informaciones. Se quería saber todo, y todo de una vez. ¿Qué pensaba el Gobierno? ¿Hasta dónde llevaría su tolerancia? ¿Que no estaba viendo cómo el pueblo, sin distinción de clases, se manifestaba ansioso de hacerse justicia por las armas? ¿Por qué no se daba a las malos vecinos del norte la lección severa que se tenían merecida? ¿O acaso se temía que hubiese degenerado la probada altivez de la raza? Sobre cuestiones como éstas, escarceaban los comentarios callejeros, las tertulias de los salones, los discursos de los mítines, los artículos de la prensa diaria...

Por aquel tiempo, aún no había entrado el barrio del Almendral a adquirir la importancia que tiene hoy. Muy lejos de eso. La vida comercial y urbana se concentraba casi toda en lo que era propiamente el Puerto, es decir, en la parte de población comprendida en-

tre la calle del Cabo (hoy de Esmeralda) y el Cerro de la Artillería, llamado así por las fortificaciones algo menos primitivas que habían sustituido al antiguo Castillo de San Antonio. Ese había sido el teatro de las hazañas infantiles de **Papelucho**, y lo era de las escenas a que ahora asistía con el alma en los ojos y en los labios. Allí estaba la residencia de las autoridades, y allí también la imprenta de los dos diarios con que contaba Valparaíso: el viejo **Mercurio**, que había ido creciendo y robusteciéndose junto con la urbe marítima, y **La Patria**, hoja política, fundada por aquel formidable tribuno, artista hasta morir, que se llamó don Isidoro Errázuriz. **Papelucho** no se conformaba todavía por completo a la situación deprimida en que le colocaba la cortedad de sus años, cuando los acontecimientos mismos le proporcionaron, no sólo consuelo, sino un nuevo medio, fácil y provechoso, de ganarse el sustento.

La intensidad creciente del sensacionalismo, el ansia de noticias acerca de operaciones bélicas que se efectuaban en regiones muy distantes, y en una época en que no había telégrafo, la curiosidad, en fin, eterna engendradora de innovaciones, hicieron nacer un ramo comercial desconocido hasta entonces: el expendio callejero y rápido de "suplementos", que anticipaban en síntesis las informaciones de los diarios. Nuestro héroe, hay que decirlo en honor a la verdad, ingresó de los primeros al nuevo gremio, y fué uno de sus más conspicuos representantes.

Si de la madre había heredado la honradez ingénita, debía a Saturnino la cualidad rara de hacerse querer sin pretenderlo. En una ocasión, en que fué a la imprenta de **La Patria**, a sacar diarios, reconoció inmediatamente en un caballero que conversaba, fumando un grueso habano, junto al mostrador de la venta, a uno de los oradores que el pueblo había aclamado más ruidosamente en la Piazza de la Intendencia. Pa-

**pelucho** sonrió, satisfecho de su buen ojo, y no pudo evitar el seguir mirándole, hasta que el caballero lo advirtió.

—¿Y cuándo va a hablar otra vez, patrón? Puchas que lo hace bien!

Todos los presentes, incluso el interpelado, rieron de buena gana.

—¿No ve, don Isidoro?—le observó el administrador. Hasta los penecas lo conocen.

—Cuando me toque hablar, voy a hacer que te avisen—le dijo a **Papelucho** don Isidoro, pues no era otro que el Director del diario.—Ahora—agregó—para que no seas diablo, haré que no te cobren nada.

Nunca olvidó **Papelucho** este episodio de su vida, el que, en su edad madura y ya convertido en hombre de provecho, gustaba relatar a sus amigos, considerándolo uno de los más hermosos recuerdos de su infancia. Nunca lo olvidó, aun cuando fué necesario que transcurrieran muchos años para que llegase a apreciarlo en todo su valor.

Entre tantas impresiones agradables, debía surgir alguna triste, y ella fué la de la partida de Llanquilef, a quien ya no divisaba sino muy a lo lejos. Lo vió por última vez, vestido de “managuá”, todo de cheviot azul marino, contento como unas pascuas, y orgulloso del letrero que ostentaba su gorrito echado sobre la frente: **Esmeralda**.

—Ya conozco el camino del Callao—le dijo el antiguo vaporino, sonriéndose.—Y es allá donde deberíamos dir... Porque esos cholos, hijos de la grande, nos tienen mucha ley. A mí es inútil que me vengan con cuentos. ¿No ven que yo los conozco?

Conversaron un buen rato. Llanquilef hizo a **Pape-**

**lucho**, a su manera, algunas recomendaciones. Lo felicitó porque lo veía trabajando en serio, y le dijo que todo consistía para él en "afirmarse en las chapas".

—A naide le falta Dios, cuando se quiere ir por la güena.

A falta de otra cosa, regaló a su amigo, como recuerdo, una cachimba tallada de una sola pieza, que según él, había sido comprada por sus propias manos, veinte años atrás, en Constantinopla.

—No se te dé na, cabrito—le decía.—Esta guerra durará poco, aunque el l'erú se meta, porque ni los cuicos ni los cholos son hombres pa nosotros... Pero guerras tendrán que haber siempre, porque el hombre es animal de presa, y algún día te ha de llegar el turno... No se te dé ná...

Estaban sentados en la borda del antiguo muelle, y Llanquilef esperaba sólo, para embarcarse, la llegada de algunos compañeros retrasados.

—Voy contento—le explicó el **Chilote**—porque me han destinao a las máquinas de un gran barco. La pobre corbeta es vieja, pero no hay otra más gloriosa. De aquí se ve... Mírala! Mírala... Esta jué ia que comandaba mi almirante William, cuando se cazó a la **Covaonga**. Le han puesto la "Mancarrona", por mal nombre. Mancarrona será, pero algo grande y sonao va a hacer en esta guerra, vos lo váis a ver. Créeme, **Papelucho**, que hay nombres de güena suerte pa las armas chilenas, y el de **Esmeralda** es uno de ellos. Aquí mismo, aebajo 'e nosotros, sirviendo 'e cabezal a este muelle que pisamos, está el casco 'e la primera **Esmeralda**, la que le pescó Lord Cochrane a los españoles—¡qué gallá mas linda!—en la bahía mesma del Callao, bajo los fuegos de toas las baterías...

—¿También se halló usted en esa, ño Llanquilef?

—No, pus ñato. Si eso jué pa l'Independencia... Eso jué en tiempo e' San Martín y Oíngine...

Y el infatigable rodador de mares, como otros de

tierras, empezó a relatar al granuja, por acertar el tiempo y alejar las ideas penosas, la proeza del genial marino inglés y su puñado de valientes. Pero se vió de pronto interrumpido por la presencia de un nuevo personaje, un terranova negro y lanudo que vino a restregarse cariñosamente en las piernas del fogonero.

—El **Futre!**—exclamó Llanquilef.

Y sin dejar de acariciar al perro, explicó a **Papelucho** que el cuadrúpedo era también de la dotación de la **Esmeralda**, en donde todos lo querían y mimaban. Nadie sabía a punto fijo cómo ni cuándo había ido a parar a bordo. El caso era que allá por el temporal grande, años atrás, cuando la **Esmeralda** garró y estuvo a punto de ir a estrellarse contra las rocas, ya el **Futre** ocupaba un sitio a bordo de la corbeta, que era en aquel tiempo un buque-escuela destinado a formar oficiales de marina.

—Mi capitán Prat era el segundo de a bordo... Estaba en tierra y se embarcó con temporal deshecho. Di a bordo le tiraron un cable, y así amarrao llegó a la cubierta. Así salvó su barco. Es too un hombre, mi capitán. Pero no está ahora en la **Esmeralda**...

Llegaba ya el momento de despedirse. Llanquilef y **Papelucho**, con esa sequedad aparente, tan propia de nuestra raza, se dieron en silencio la mano. El **Futre** fué de los primeros en saltar a la falúa, para ir a acomodarse en la proa.

El niño se distrajo contemplando la escena del embarco; pero ¡qué pena tan grande le invadió después, al ver, desde la escala del muelle, alejarse a su mejor amigo! En la claridad decreciente de la tarde, vió todavía lucir la blanca dentadura de aquel roto aventurero, que, como sus abuelos de la bravía montaña araucana, había nacido para guerrear.

—Adiós, ño Llanquilef! Adiosito!

Temblando, casi llorando, movía en el aire su paquete de diarios. El terranova se divisaba, sentado en la proa, como un punto negro.

—Adiós, **Futre!**—le gritó **Papelucho**, deseoso de alegrarse un poco.

Y volvió espaldas al mar, cuando la falúa se perdió tras de la inmensa mole blanca de los diques. Lejos estuvo de pensar el desamparado cachorrillo de los cerros porteños, flor montaraz de sus laderas, que era aquella la última aventura de su amigo el vaporino, que la corbeta se haría a la mar para ir a sepultarse, cubierta de sangre y de gloria, en las aguas de un puerto enemigo. Sólo después, mucho después, ya embarcado como winchero del vapor **Taltal**, a las órdenes del capitán Theodor, y al ancla en la bahía de Antofagasta, llegó a saborear la tremenda profecía que vibraba en las palabras del rudo fogonero. **Papelucho** fué, sin duda, uno de los pocos y escasos mortales que hayan derramado una lágrima y dedicado un recuerdo afectuoso a la memoria del **Chilote**, ser de rapsodia y de romance, remoto vástago de la raza aborigen, hundiéndose heroicamente con su buque en el puesto del deber, junto a los fogones de unas calderas que, como un corazón herido, dejaban por momentos de latir!

## AL PIE DEL WINCHE

Su propia condición de suplementero, permitíale a **Papelucho** seguir paso a paso y día a día la marcha de los acontecimientos bélicos. No sabía leer, y lo lamentaba. Pero, en realidad, no le hacía gran falta, pues su prodigiosa retentiva, robustecida en la audición de cuentos populares y relatos de aventuras, le salvaban, casi con ventaja, de su ausencia de letras. Oía leer en la imprenta misma, con frecuencia antes de que la edición saltase a la calle, y ya no se le perdía ni trastrocaba una noticia. El sabía dónde estaba cada buque y cada regimiento, y poco a poco iban siéndole familiares todos los nombres del escalafón de mar y de tierra, y la geografía de las comarcas en que se desarrollaban las operaciones.

En el fondo de su alma estaba satisfecho de contribuir a su modo al triunfo de las armas chilenas. Seguía participando en desfiles y reuniones patrióticas; acompañaba siempre—a veces hasta a bordo—a los regimientos que se embarcaban; era casi amigo de don Pacífico Alvarez, y ponía todo su corazón en el pregón de los diarios y los boletines, detallando los encuentros victoriosos y los episodios diplomáticos en que quedábamos bien puestos.

Como era de esperarse, el conflicto había hecho re-

vivir, con caracteres más brutales, las guerrillas entre la palomilla brava de los diversos cerros, epopeya de montoneras y malones a que sólo la policía, extralimitándose un poco, de orden del estrictísimo Intendente Echaurren, había logrado poner término. Ahora, y especialmente a partir del rumor hecho público, de que el Perú estaba obligado por un pacto secreto a intervenir en la guerra en favor de Bolivia, los odios de barrio y el espíritu belicoso de la palomilla, habían renacido, y los granujas, por puro patriotismo, se perseguían a pedradas, como si de su ferocidad dependiese la suerte de las armas de Chile. **Papelucho** no tomaba parte en esta guerra a bala fría.

Despreciaba a sus antiguos secuaces, y estaba resuelto a no salirse de su esfera de acción, sino para ser soldado o marinero de verdad. Su patriotismo rayaba más alto.

Uno de los pocos ciudadanos porteños a quienes el conflicto tenía sin cuidado, era Saturnino Orellana. La importación de las doctrinas anti-patrióticas ha sido entre nosotros muy posterior a aquellos días, de modo que no puede suponerse que el antiguo gasfiter fuese, como se dice hoy, un subversivo. Era que su naturaleza de haragán y de cínico, no le daba para más: tenía el hombre su filosofía especial, a base de egoísmo, y no se creía obligado a perder la tranquilidad de los nervios, porque estuviésemos a punto de irnos a las manos con algún pueblo vecino. Sobraban los tontos, según él, para cubrir las bajas.

—La tonta no se cansa de tener chiquillos—agregaba, haciendo una mueca picaresca, como para incitar a la risa.

Su gran placer era, desde la puerta de la taberna.

en complicidad con otros de su ralea, burlarse solapadamente de los compatriotas que, mal vestidos y calzados de cualquier manera, con el armamento y el equipo incompleto, marchaban en fila por las calles, al son de vibrantes pasodobles. Como sobraban, efectivamente, los voluntarios, ellos no corrían peligro de que los cogiesen, y esto les daba alas para seguir tomando aires de hombres superiores. Carne de presidio: tenían, sin darse cuenta, hasta la vanidad hipertrófica del criminal. A **Papelucho**, desafecto a su padre desde pequeño, le avergonzaba hasta la ira esta actitud de Saturnino. Por no sé qué extraña delicadeza, quizás porque había observado que su madre sentía aún un resto de cariño o de piedad hacia el pícaro, se abstuvo de aludir delante de ella, a las balandronadas de su padre. En cambio, en charla íntima con el maestro Torres, lo fulminaban prodigándole los peores calificativos. El niño no tenía ya escrúpulos en declarar que lo odiaba y lo despreciaba con toda su alma, “aunque fuese pecado”.

—Si no fuera por tu mamita—le decía el viejo—te juro que iba ahora mesmo a la Comandancia de Armas y lo denunciaba por traidor. Antes de veinticuatro horas, lo tendríais enrolao, y a la primera que hiciese, cien azotes, doscientos azotes, quinientos azotes, cuatro tiros...

El maestro tomaba fuerzas al ir enumerando en escala progresiva los suplicios. De puro nervioso se ponía turno, y pegaba furiosamente con el martillo en la suela, como si lo hiciese en el pellejo del traidor. Con el pretexto de la guerra, sin embargo, Saturnino abandonó toda actividad. Hasta empeñó herramientas y vendió material que le era indispensable para la más elemental operación. Y con toda frescura, observando que los ingresos domésticos mejoraban con la evidente prosperidad del negocio de diarios y suplementos, se dedicó a sisar.

Tenía una habilidad rara para olfatear (confesaba impudicamente que era cuestión de olfato) los escondrijos en donde Rosa del Carmen metía el dinero, y bien pronto se hicieron inútiles todas las precauciones. Bien pronto, por lo demás, el hurto se convirtió en rapiña y en saqueo. Saturnino le arrebatava el dinero a su mujer o la obligaba, a golpes, a entregárselo.

**Papelucho** lo sabía o lo adivinaba todo, e inclinaba la cabeza. Era su padre aquel bandido, y no había más qué hacer. Pero la cosa subió de punto, y una noche en que Rosa del Carmen—resfriada, como de costumbre—tosía en su camastro, Saturnino, a la vista de todos, se apropió de unos billetes que el niño acababa de sacar de su bolsillo, para pagar la visita del médico y las drogas que había recetado.

—Yo iré a la botica—declaró el borrachín.

Escupió por el colmillo, se guardó el dinero y se dispuso a salir. Sabiendo de antemano que no regresaría, mujer y niños se quedaron mudos de estupor.

—Taita!—le gritó **Papelucho**, cuando aún Saturnino no franqueaba la puerta.

Este se volvió, como un domador de fieras, amenazador y terrible. Durante unos segundos, tuvo el puño sobre la cabeza de su primogénito, que se achicó como un perrillo.

—Saturnino, qué vas a hacer!—le increpó Rosa del Carmen, incorporándose a medias en el lecho con la intención evidente de saltar al suelo y de evitar, recibiendo ella, los golpes que ya veía caer sobre su hijo.

Saturnino salió vociferando pestes contra esa mala ralea de mujeres consentidoras y de chiquillos mal criados. Salió para no volver en dos días, sin dinero y

sin medicamentos. Rosa del Carmen estaba ya en pie, con los ojos enrojecidos de llorar. Pero cuando el marido, que poseía la astucia instintiva del pícaro, y que “conocía muy bien—según su frase favorita—los bueyes con que araba”, se mostró tierno, humilde, casi arrullador, y acabó por convencer a la infeliz, de que él era un hombre de muy buen fondo, aunque un poco débil y quizás algo loco... Precisamente, en una de estas crisis de ternura hipócrita, fué cuando ella había cometido la indiscreción de contarle que **Papelucho**, deseoso de hacer algo de provecho, quería irse a rodar tierras.

Saturnino había sabido hasta disimular su impresión; había sonreído y continuado amable, hablando de lo mala cabeza que saien algunos niños, y de que el deber del padre es excusarlos; pero, apenas a su alcance el primogénito, se había ido sobre él, y ensañándose a trompadas y puntapiés en aquello que era carne de su carne y sangre de su sangre. Ahora procedió lo mismo. Empezó por exigir al niño, medio en serio, medio en broma, la entrega de su dinero, “que él, como padre, tenía el deber de manejar”. Y como **Papelucho** se negase, lo tendió a mojicones.

Se revolvió el conventillo al ruido del escándalo. Los gritos y llantos de la mujer, los alaridos del niño y de sus hermanitos, los insultos y porrazos del hombre que parecía fuera de sí (se enardecía golpeando, como los animales) atrajeron al vecindario. La voz sonora de don Rolando, el mayordomo, que palmoteó en la puerta amenazando con poner a todos en la calle, logró apaciguar a Saturnino.

**Papelucho** le entregó, al fin, todo su capital, y el malvado se marchó muy orondo.

—Es un bellaco, ustedes no lo conocen bien—explicó a los vecinos, que murmuraban afuera.—Se ha jugado a las chapitas el dinero... Y teniendo que comprar hasta remedios para esa pobre Rosa del Carmen!

La necesidad de evitar los disturbios y trifulcas a que daban lugar estos actos de despojo, hizo tramarse a Saturnino un medio tan ingenioso como eficaz para apoderarse del dinero de su hijo: robárselo en despojado, valiéndose, al efecto, de sus propios compinches de taberna. Así fué cómo una noche que **Papelucho** regresaba, un poco más tarde que de costumbre, un grupo de rateros lo asaltó de improviso frente a los famosos Cuartos del Diablo, lo amordazó y le arrancó todo lo que llevaba en los bolsillos; hasta un muñequito de loza que había comprado para la nena. Llegó el niño a su casa llorando a lágrima viva, y contó el caso como pudo. Saturnino saltó en su silla con muestras de la mayor indignación. Pegó puñetazos en la mesa, soltó cuatro palabras soeces a propósito de los pillos, y salió a espeta-perros, jurando que denunciaría el hecho a la autoridad, y, que si no se le hacía justicia, con él se las tendrían que entender.

Tardó dos días en volver, y **Papelucho**—de acuerdo en esto con el maestro Torres—sospechó toda la terrible verdad. No obstante, el pícaro tuvo el desplante necesario para decir después a Rosa del Carmen, que se había convencido de que lo del asalto era un cuento, y de que el bribonzuelo se hacía el robadizo para excusar la pérdida de su dinero al juego, o quizás si en casa de las mujerzuelas. Y la misma noche en que declaraba ésto, se le caía del bolsillo, al desnudarse, el muñequito de loza que el pobre muchacho traía de regalo a su hermanita!

Esto colmó la medida de lo soportable. **Papelucho** resolvió no volver a su casa a dormir, y llegar allí sólo durante la ausencia de su padre. Pero el hombre no era lerdo.

Recordó que para algo están las autoridades, que para algo se han hecho las leyes, y la policía, a su aviso, se encargó de dar con el prófugo y de restituirlo al hogar. Echándolas de generoso, Saturnino no quiso

castigarlo. Por ahí verían el maestro Torres y todos esos perdularios que lo denigraban, qué clase de hombre era él y qué sentimientos abrigaba en su corazón. Pero ya **Papelucho** no podía pagarse de apariencias vanas, y se aprovechó de esa misma tregua de mansedumbre hipócrita para, sin decir a nadie una palabra, prepararse a desaparecer de improviso y definitivamente. Era su pensamiento el de embarcarse a escondidas como una rata, y no sacar la cabeza hasta donde no echase anclas el vapor. Mientras tanto, seguía incorporándose al movimiento patriótico que propiciaba la declaración de guerra. De puro oírlo se había aprendido la Canción Nacional y la de Yungay, que silbaba y canturreaba a menudo en coro de suplementeros, y se apropió, además, todo el repertorio de cuecas de actualidad y "versos a lo humano", que el ingenio popular empezaba a hacer rodar por campos y ciudades. Fué por entonces cuando la palomilla brava, marchando a paso redoblado, atronó cerros y playas con aquello de

**No temáis al cañón boliviano  
ni a la espada de Daza temáis,  
que los cuicos, mascando la coca,  
no se acuerdan de su litoral...**

No fué un viaje de placer el de aquel aprendiz de aventurero. Sin noción exacta del tiempo, en cuanto notó que el barco no andaba y que el balance había cesado por completo, creyó que se tocaba al término de la travesía, y salió, medio sofocado, de su escondite. Pero no era aquella más que la primera escala del vapor—Coquimbo—y allí mismo fué echado a tierra el

ilustre mayorazgo de la casa de Orellana, sin que le valieran, para conmover al capitán inglés, ni su simpatía ni el relato crudo y veraz de sus infortunios domésticos.

Hubo de resignarse a repetir la gracia con otro vapor que pasó días más tarde con el mismo rumbo. Entonces, ya más ducho, se proveyó de víveres y de agua y no salió de entre los fardos en que ocultaba su cuerpillo de granuja más que por extrema necesidad, de noche y con todas las precauciones que le inspiraba la experiencia. Un día, desesperado, al fin, se decidió a dejarse ver. El barco acababa de fondear en Tocopilla. Allí lo desembarcaron; pero él, calculando que se hallaría ya bastante lejos de Valparaíso, no hizo ningún esfuerzo por que lo dejaran a bordo. Pisó con planta segura el suelo de aquel puerto, que se le antojó hospitalario. Sabía que sabía trabajar, y había aprendido a tener una gran confianza en sí mismo y en su suerte.

No se moriría de hambre allí ni en parte alguna, qué caramba! Desgraciadamente, (o por fortuna, si se toma en cuenta los acontecimientos que se produjeron en seguida), la palomilla de tierra lo recibió con marcada hostilidad. La calle tiene eso, que da a los niños, como a los perros, la cobardía del grupo, la tendencia irrefrenable al cuadrillazo. Al verlo solo, desamparado, raído y maltrecho, los granujas de su calaña se dieron a hostigarlo. El no les hizo caso; estaba seguro de que acabarían siendo amigos.

Pero los otros no renunciaron fácilmente a su actitud. Alguno de ellos echó a correr que el forastero era peruano, y que por eso lo habían expulsado de a bordo. Lo siguieron gritándole: "El cholo! El cholo!", y arrojándole piedras. El buscó instintivamente, como recurso de defensa, las partes en que veía más gente. Se ganó hacia el muelle y se atrincheró en la

entrada, junto a la casucha del guarda. Hasta allí vino a perseguirle la banda callejera.

**Papelucho** no era cobarde, ni había sido nunca muy lerdo para el puño. Pero no podía con tantos, más aún cuando algunos de ellos le sobrepasaban en edad y en estatura.

—El cholo! El cholo!—seguían gritándole.

—¡Quién es cholo!—replicó al fin con toda la pujanza de sus pulmones, el pequeño aventurero, terminando la frase con una rociada terrible para las respetables madres de sus agresores.

—Vos sois el cholo!—exclamó uno, devolviéndole la injuria con otra semejante.

—¡Vení a decírmelo aquí!

Cuando el otro muchacho se adelantó, seguido de los suyos, ya **Papelucho** estaba en guardia.

—A toos se la hago—gritó, fuera de sí, recordando sus tiempos de guerrilla en cerros y quebradas.—Pero ce uno por uno. A ver si soy cholo o soy chileno...

La gente que había en los alrededores hizo cancha. Siempre, para los ociosos de la calle, es un espectáculo entretenido una escena de pugilato infantil. Quizás el adversario de **Papelucho** era más fuerte; pero, en cambio, el porteñito era más ágil, más experto y sabía pegar y barajar mejor. A los pocos segundos, el provocador aparecía con el rostro bañado en sangre, y no atinaba más que a cubrirse malamente.

—¡Venga otro!—gritó **Papelucho**, sin dejar de golpear duro.

Saltó otro a la liza con más fuerza que ganas. En realidad, lo que ellos habían querido era dar un capote al forastero, pegarle entre todos, y esto de pelear mano a mano, se hallaba fuera de programa. Pero el público se había interesado en la gresca, y, naturalmente, no permitiría que se realizase un cuadrillazo.

—Ustedes son cholos, m... que pegan en cuadrilla!

—alcanzó a decir **Papelucho**, animado por el gesto y las voces de los espectadores.

Pero ya el nuevo campeón—un muchacho, no un chico—se le venía encima como un toro. Indiscutiblemente, era un combate sin proporción alguna, y muchos se preparaban para sacar de apuros al gallito desconocido, en el momento oportuno, a fin de que no resultase golpeado en demasía. **Papelucho** midió de un vistazo el peligro, y con rapidez de viejo peleador, en lugar de esquivarse, se dobló en dos, tomó a su adversario por las piernas y le asestó un cabezazo en el bajo vientre. Nueva liquidación. El muchacho, tan fuerte como parecía, quedó tendido boca arriba.

—¡Que salga otro!

Pero en ese momento venían, abriéndose paso hacia el mar, las autoridades del Puerto, acompañando al capitán del **Taltal**, al ancla en la bahía. Detuviéronse un instante, y se les impuso, en breves palabras, de lo que allí estaba pasando. **Papelucho**, listo como buen porteño, tomó entonces la palabra, y dirigiéndose al marino, hizo rápidamente su defensa.

—Yo no soy cholo, mi capitán. Soy más chileno que naiden... Críao y nació en el cerro e' la Cordillera... Chileno hasta los huesos. ¿Por qué me insultan de cholo, vamos a ver?

—¿De modo que porque te tratan de cholo te enojas tanto? Hombre!...

—Sí, mi capitán. Porque pa ser cholo hay que ser cobarde y cuadrillero. ¡Por la maire! Juera un poquito más grande y ya estaría en la guerra.

—¿Conoces el trabajo de a bordo?

—Chs! Como mis manos...

—Vamos! Hala... Te llevo a mi barco. Me hace falta un chiquillo para el winche.

Y **Papelucho**, que andaba todavía en ayunas, tuvo aquella noche el gusto de comer del rancho del **Taltal**, en cuyo rol entró a figurar en calidad de winchero.

La palomilla de tierra, al querer acuadrillarlo, le había asegurado su situación.

El **Taltal** era un vaporcito de hélice, muy gallardo, muy marinero. Cien toneladas y diez millas. Perteneía al industrial salitrero don Rafael Barazarte, quien lo cedió gratuitamente al Gobierno. Desde el puerto de Taltal, precisamente, se dirigió al norte en los comienzos mismos del conflicto, llevando a su bordo cincuenta jornaleros y los materiales necesarios para instalar el servicio telegráfico de la costa, que había de librarnos de la odiosa sujeción a que el Cable nos tenía sometidos. Comandábalo el capitán Theodor, quien, como buen hijo de la libre Albión, debía sentirse muy bien peleando en mares chilenos, bajo la bandera tricolor. **Papelucho**, de pie junto al winche que se le había entregado para su manejo y atención, resplandecía de orgullo.

¡Que bien había hecho en confiar en su buena estrella!

En realidad, nunca había trabajado en winches; pero estaba cansado de verlos funcionar, y apenas tuvo en sus manos la palanca, le pareció que no había desempeñado en su vida otra labor. Se hubiera dicho que él y su máquina se conocían desde muchos años... Por lo demás, se sabía al dedillo las voces y los ademanes propios de la faena; recordaba perfectamente lo de izar, de arriar o de virar, fuerte, despacio, en banda, y no se le ocultaba ninguno de los secretos del estrobo y la lingada. Era vaporino viejo. ¡Si lo viera su amigo Llanquilef!

*1908  
Llanquilef  
Llanquilef*

## LA PLUMILLA DEL CARDO VUELA AL VIENTO...

La vida de la palomilla brava desarrolla, ante todo, en el individuo, los instintos de sagacidad y de cautela. El granuja, producto neto de la urbe y antípoda de toda autoridad, se hace indefectiblemente—como el indio—astuto y precavido. Cuando, para enrollarlo, se le preguntó a **Papelucho** por su nombre, sin vacilar y obedeciendo a una instantánea sucesión de ideas, respondió:

—José Luis Llanquilef.

Había pensado que era peligroso dar a conocer su verdadera personalidad, porque estaba en lo lógico que su distinguido progenitor lo haría buscar, por intermedio de la policía, para continuar esquilmándolo. Y, natural es que decidiese adoptar el apellido del ser que más admiraba sobre el haz de la tierra.

Ya lanzado por el camino de la simulación, no tuvo reparo en seguir suministrando datos falsos; rectificando su declaración de la víspera, se dijo nacido en Lota y criado en Valparaíso; se aumentó en dos años la edad, y manifestó que no tenía padres vivos, y sí sólo un tío, Pedro Llanquilef, que era fogonero de la corbeta **Esmeralda**. Seguramente estimaba que su parentesco con el **Chilote** lo realzaba a los ojos de sus futuros compañeros...

Al capitán Theodor, como a todos a bordo, le cayó en gracia el nuevo tripulante. Agradábanle, sobre todo, al marino, la viveza de imaginación, el poder retentivo y la facilidad de palabra de aquel rotito de tan pocas trazas, pero de tantos hígados. Con frecuencia, hacíalo llamar, después de la faena, para oírle contar lo que había visto desde el día en que llegó al sur la noticia de la ruptura de hostilidades. Con su vocabulario picante, erizado de interjecciones y de modismos plebeyos—hijos, como él, del cerro y de las playas—**Papelucho** les describía, al capitán y a su tertulia, el puerto revolucionado, las calles ruidosas, desbordantes, los desfiles patrióticos, las músicas, las banderas, los discursos desde los balcones, la llegada de trenes llenos de soldados, caballos y cañones, el embarque de las tropas en las lanchas de "Don Pacífico", los colegiales arrojando los libros para lanzarse a bordo, la gente arrebatándose las informaciones, la venta loca de suplementos y de diarios. Les parecía a ellos admirable que en un cerebro de palomilla, abandonado desde sus primeros años al azar, pudiese haber tan cabal conocimiento de asuntos que estaban resolviéndose entre personas grandes. Y es que ellos ignoraban la influencia moral de un maestro Torres y de un fogonero Llanquilef, encarnación del alma popular, corazones sanos y patriotas, ardiendo bajo la ruda corteza de su pecho de obreros.

—Dime, Llanquilef—le preguntó un día el capitán—cuando tú saliste de Valparaíso, ¿ya se hablaba de que el Perú se nos venía encima?

—Como nó, mi capitán. ¿No le igo que yo era suplementero y que los papeles hablaban toítitos los días de un tratao secreto y de que no había más remedio que trezarse con los peruanos? Por eso me sacó pica, pues, mi capitán, cuando los chiquillos de tierra me llamaron cholo...

El capitán se fué, mascando la boquilla de su espu-

ma de mar. Luego, siempre en silencio, lo vió **Papelucho** hacer atracar el bote a la escala y dirigirse a tierra. Era en los primeros días de Abril de 1879.

Esa misma tarde, ya aseado y engrasado el winche, la pluma izada, y arrollada en torno del cilindro la cadena, **Papelucho** se lavó lo mejor que pudo, y sentado sobre un montón de jarcias, entretúvose en mirar hacia el Puerto. Ciertamente era mucho más lindo el suyo, su viejo y querido Valparaíso. Esto no era más que un campamento de casas roñosas, al pie de unos montes inmensos, sin una mata ni una flor, no como su Puerto, tendido sobre el plan y agarradito a los cerros verdes, con arboledas, con jardines, con paseos, que daba todo mil gustos contemplarlo desde a bordo. ¡Qué se iba a comparar!

Luego recordó, y por primera vez, el conventillo. Se le representaron en la quietud trasparente de aquel comienzo de crepúsculo y entre el majadero chirrido de las gaviotas y el mugir de las focas, las fisonomías de los seres que le eran más queridos: su pobre madre, primero, que seguiría tosiendo, lavando y cocinando; sus hermanitos, su nena, la regalona, que acaso preguntarían vanamente por él; el maestro Torres, que fué el último en verle salir del conventillo, y que a esas horas, después de limpiar escrupulosamente los anteojos, estaría disponiéndose a devorar el diario o interrumpiendo a cada instante la lectura para desahogarse en comentarios fogosos.

Hasta recordó a **San Bruno**, cada día más amigo suyo y más enemigo de su padre... En éste sí que no quiso pensar, prefiriendo evocar el espectáculo de su barrio hormigueante y bullicioso, el trajín de las gentes, las tiendas, los malecones, la playa, el ir y venir

de los trenes, las caletas pescadoras, las famosas "chaurinas", todo aquel laberinto popular que fué su cuna y el campo propicio a sus primeras tentativas de aventurero. Después volvió a acordarse de Llanquilef, con quien, en cierto modo, ya podía hombrearse, puesto que también era vaporino; de winchero a fogonero iba bien poco, según él, y seguramente el **Chilote**, al saber que había empezado con tan buena suerte, lo felicitaría con una risotada y un palmoteo de hombros.

—Bien, pues, cabrito! Por algo se comienza...

Reproducía, imaginariamente, hasta la exclamación de Llanquilef, y le parecía ver la cara tostada y barbilampiña del fogonero, y, en medio de ella, los dientes marfilinos y las encías rosa. No sabía, ni siquiera remotamente, cuándo podría volver a la querencia. En realidad, su fuga era como una muerte, puesto que se había desprendido de su nombre de familia y estaba en su propio interés el no ser reconocido y descubierto. Se empeñó, virilmente, en ahogar la nostalgia, espantando los recuerdos, como si fuesen hostigosos mosquitos y convirviendo el pensamiento a preocupaciones más en relación con su trabajo.

A decir verdad, él habría deseado ser "managuá", como su amigo Llanquilef; vestir la chompa, el gorro con letrero y el pantalón acampanado. Soñaba con hacerse tatuar los brazos y la espalda... Pero todo no podía conseguirse de una vez, y estaba contento porque era libre, porque trabajaba solo y no sufría ya la explotación y la tiranía de su padre.

Un jornalero de la cuadrilla de a bordo, que se dirigía a tierra, lo convidó a irse con él.

—¿Qué hubo, cabrito? ¿No bajáis a ver las buenas mozas?

**Papelucho**, como si no se diese cuenta de que se trataba de una broma, contestó muy serio que prefería dormir. Se hacía de noche. Habían encendido las luces en la población. Ya no chillaban las gaviotas ni

mugían los lobos, y en torno suyo, en toda la extensión de la bahía, el agua, mansa y trasparente, parecía como adormilarse al beso de la luz. No flotaba en la atmósfera una niebla, los humos del tráfago marítimo se habían desvanecido, y el agua, moteada de oro en un principio, aparecía ahora como de tinta, todá rosa y violeta. Con la mirada perdida en aquel espejo de metal, el niño solitario, el pobre rotito vagabundo, traído y llevado a merced de las olas, como los huiros que al fin la marea hace varar, recordó los pasajes de algunos cuentos populares que se sabía de memoria, y se imaginó ver surgir de pronto, del fondo de la bahía, las torres de un magnífico palacio encantado.

Días más tarde, llegaba a Tocopilla la noticia de que se había declarado la guerra conjuntamente a Bolivia y el Perú. Para el niño aventarero no tuvieron ya novedad las escenas a que esto dió lugar en la población. Por otra parte, no comprendía bien eso de que hubiese necesidad de declarar la guerra, cuando ya hacía dos meses que se estaba respirando pólvora. A bordo, como en tierra, no se hablaba más que de pelear. Había cuatro artilleros a cargo de algunas colizas, y el capitán y sus oficiales, orgullosos de la cáscara de nuez que gobernaban, preparábanse a realizar grandes cosas. A **Papelucho**, práctico en materias navales, no se le podía ocultar que el **Taltal** se hallaba lejos de ser una potencia; pero se guardaba muy bien de manifestarlo, a fin de que no se le tomara por un pobre diablo pusilánime y porque, en el fondo, a fuerza de oír conversar de combates, de cañonazos y abordajes, ardía en deseos de recibir su bautismo de fuego. No tardó mucho en verlos realizados.

El 7 de Abril, cuando aún el sol y las primeras bri-

sas no levantaban del todo la camanchaca nocturna, un gran barco de ruedas enemigo, el transporte **Oroya**, surgió como un gigante de las aguas y se fué, con gran ruido de paletas, sobre el vaporcito auxiliar. El **Taltal**, apercibido a la lucha, aprovechó su propia debilidad para esquivar la acometida y ponerse a salvo, defendido por los hipotéticos fuegos de tierra. Agotada su provisión de balas, siguió disparando a fogeo; y luego, salvando unos bajos peligrosos, al ras de la orilla, fué a detenerse junto al muelle. Al **Oroya**, acaso por juzgar infructuosa la persecución o insignificante al enemigo, se le vió cesar en sus disparos, torcer rumbo afuera y desaparecer en el horizonte.

Hubo a bordo del **Taltal** una explosión de júbilo. El honor patrio quedaba incólume. La gente, de capitán a grumete, se había portado a la altura de su deber. La moral de las tropas era incontrastable. **Papelucho**, armado de un yatagán viejo, se había dispuesto a rendir hasta la última gota de su sangre, en caso de que se hubiera producido, como se temía, el abordaje. Temblábanle las piernecillas, el corazón se le sentía latir bajo la piel del tórax, pero nadie habría podido decir, sin calumniarle, que no se hallaba resuelto al sacrificio de su vida. Apretando los labios, pensaba, como Llanquilef, y como todos los que alguna influencia tuvieron en la formación de su moral, que la vida nadie la tiene comprada, y que la muerte viene, no cuando la queremos, sino cuando está escrito que ha de llegar y sorprendernos. ¿Iba a dejar de ser fatalista aquel vástago de pura cepa chilena, arraigado en las laderas de un cerro porteño y robustecido al soplo de los mares del sur?

El **Taltal** continuó serenamente cumpliendo su cometido. En cada puerto, en cada surgidero, en cada

caleta abordable, iba desembarcando postes, alambres, herramientas, todo lo necesario para la instalación del telégrafo eléctrico, sin importarle, al parecer, un ardite que la costa se viese día y noche recorrida por buques de guerra pertenecientes a la flota peruana. Se hablaba ya del monitor **Huáscar**, poderoso como una fortaleza y rápido como un crucero, en el que tenía puesta toda su esperanza el enemigo. Lo comandaba, decían, un gran marino que había sido capitán de uno de los vapores de la carrera del Pacífico. El **Huáscar** era el cuco de los pescadores, especie de barco fantasma que se imponía en los puertos indefensos y detenía en alta mar a los barcos de comercio, como un matón en las calles desiertas, a los transeuntes retrasados.

Jamás se topó con él el vaporcito; pero el 26 de Mayo, estando al ancla en la bahía de Antofagasta, le cupo desempeñar la honrosa faena de recibir y dejar en su fondeadero, a cubierto de las embestidas de sus perseguidores, a la goleta **Covadonga**, gloriosa fugitiva de Iquique. Como una ave herida en las alas, la "Palomita" había llegado, la tarde víspera, a guarecerse al puerto, después de muchas horas de angustiosa navegación. Durante la noche, violentos chubascos la habían arrastrado muchas millas afuera. Ya el cable, bastante más rápido, había traído la noticia del desigual combate empeñado días antes en la bahía de Iquique, y en el que hallaron un fin digno de sus almas de héroes, el comandante de la **Esmeralda**, varios de sus oficiales y dos centenares de sus hombres. El temible **Huáscar** había atacado a la vieja y gloriosa nave, a la querida "Macarrona", la había cañoneado, espoleado y hundido, mas no sin que los chilenos, a la voz de su jefe, clavaran la bandera al tope del palo mayor y se negaran a rendirse. Era, en síntesis, lo que se repetía. Había disparidad de detalles, pero de escasa importancia. Se sabía que Prat y su segundo, Serrano, habían muerto en la cubierta del mismo barco agresor, fran-

queado por ellos al abordaje. Pero no se conocía el número de bajas ni la suerte de la **Covadonga**, que había hecho rumbo al sur, acosada también por un blindado. Ahora se la veía llegar desarbolada, hecha casi astillas en demanda del puerto: los marinos de la goleta contaron que la fragata **Independencia**, su perseguidora, había quedado hundiéndose en los bajos de Punta Gruesa; pero tuvieron la pena infinita de saber que de su propia compañera, la **Esmeralda**, ya no existía más que el recuerdo de su última hazaña, y un puñado de valientes, prisioneros del enemigo. Se lloraba de dolor y de orgullo. Se lamentaba la pérdida de un buque y la de tantas nobles vidas, pero se paladeaba la satisfacción de haber dado al mundo, al comenzar la guerra, un ejemplo tan claro y tan alto de entereza moral y valor cívico.

Y aquella misma tarde, hirviéndoles la sangre de coraje y de impotencia, vieron al **Huáscar**, orgulloso de su fácil triunfo en Iquique, penetrar a la bahía desafiando los fuegos de las baterías de tierra. Lo vieron perseguir a un transporte, volverse luego para cambiar disparos con la inválida **Covadonga** y con los fuertes de la plaza, y dedicarse en seguida a rastrear el cable submarino. **Papelucho** y sus compañeros, pateando sobre la cubierta, lo amenazaban con los puños, lo insultaban como a un ser vivo, lo emplazaban para cuando se topase con nuestros acorazados.

—Espérate, maricón, que te vamos a sacar lo que no tenís!

—Te va a llegar con el **Blanco** y con el **Crocán**!

—Dispara, cochino!

A falta de otra artillería, los bravos del **Taltal** derrocharon la de las interjecciones del más grueso calibre... Se hubiera dicho que **Papelucho** revivía sus días de guerrillero de los cerros, cuando, quebrada por medio, provocaba a los caudillos de la banda enemiga.

Al día siguiente bajó a tierra, ávido de inquirirlo y de saberlo todo. Oyendo a los marineros de la **Covadonga**, rodeados siempre de curiosos, se dió cuenta de todo... y una vez más lloró, silenciosamente y a escondidas. Lloró por su amigo Llanquilef, presintiendo que ya no volvería a verle, pues era lógico suponer que estaría abajo, junto a los fuegos, mientras sus compañeros peleaban en el puente y en los palos. Ese día hubo un gran desfile patriótico en la ciudad, y él, tranqueando marcialmente al lado de los músicos, recorrió las calles, como llevado de un delirio. Gritó, vivó, aclamó a los oradores, acompañó al Hospital a los heridos de la "Palomita".

Veía, al fin, que la guerra no era un juguete para niños, y por eso, y por poder vengar la muerte del **Chilote**, deseaba ser un hombre. Volvió a bordo reconcentrado y sombrío, madurando siniestros proyectos de venganza. De pronto, a lo mejor de sus juramentos mentales, le acometió la risa.

Un pensamiento raro, loco, inesperado, le había sobrevenido sin quererlo él mismo. Y el **Futre**? Y el perro de la **Esmeralda**, ¿cómo se portaría? ¿Había muerto o figuraría entre los sobrevivientes? Se distrajo de su dolor y hasta olvidó un poco a Llanquilef, recordando al negro y afable terranova, y pensando en la actitud que desplegaría durante el combate... Después se le ocurrió que Llanquilef estaba en salvo. Recordó las mil y una peripecias de aquella existencia inquieta, eternamente en lucha con los peligros, y pensó que a su amigo le habría acompañado la buena suerte una vez más. Seguramente, Llanquilef no estaba a bordo por algún motivo, o de estarlo, lo habría respetado la muerte. ¡Vana esperanza del deseo! El nombre de Pedro Llanquilef no apareció jamás en la lista de los sobrevivientes de la **Esmeralda**... Había, pues, que considerarlo entre los que se tragó para siempre el mar en aquella trágica mañana, y que al grito de ¡vi-

va Chile! entraron al sueño de la inmortalidad. Encontró un término propio de su vida de aventuras el vagabundo **Chilote**, cachorro de los mares del sur, que si (a pesar de la poligamia cosmopolita a que se decía afecto) no dejaba hijos de su sangre, dejaba por lo menos, en ese rotito bravo y desenfadado, un heredero de su nombre, que vengaría su muerte y rendiría culto a su memoria.

**Papelucho**, no contento con lo que oía hablar, se hizo leer todas las nutridas relaciones de los diarios acerca del combate de Iquique. Se mordía las uñas, maldiciendo de “aquellos cholos cobardes, que no habían tenido vergüenza de atacar con sus blindados a dos viejos barcos de madera”, y volvía a enternecerse hasta el llanto, presa de las más encontradas emociones, cuando escuchaba el diálogo de los dos comandantes: “¿Ha almorzado la gente?”— “All right!”, la arenga de Prat o el grito de “al abordaje, muchachos!” Hasta le parecía sentir los martillazos del grumete—seguramente un niño como él—que clavaba la “porotera” en lo más alto del palo mayor. Y aquel sargento Aldea, que caía hecho pedazos junto a sus jefes, en la cubierta del monitor; y aquel corneta Crispín Reyes, que tocaba a degüello, hasta que un casco de granada le partía el cráneo; y aquel guardiamarina, Riquelme, que disparaba el último cartucho, gritando ¡Viva Chile! hasta que se hundía con su barco!...

Taloneaba en la cubierta con sus pies descalzos, lanzaba al aire su grasienta gorra de winchero.

En su boca borbotaban las frases de admiración, de entusiasmo, de ira... Conoció el frenesí del heroísmo y de gloria. La sed de venganza llegó a roerle las entrañas. De ser suyo el **Taltal**, se habría hecho a la

mar incontinenti, para ir a presentar combate al famoso Monitor, en donde quiera que lo hallase. Pronto se sintió aburrido de navegar como simple winchero de un vaporcito auxiliar, lejos del hervor de la guerra y sus peligros, y un buen día, al fondear en la rada de otro puerto, notó el capitán Theodor que el pequeño Llanquilef ya no estaba junto al winche.

—Cosas de chiquillos mata-perros!—exclamó el piloto.

Pero el capitán no fué de la misma opinión. El advinó que sólo un motivo superior podía inducir al wincherito a abandonar su puesto. El había seguido observándolo, conversando con él, y comprendía que bajo las trazas sórdidas del playero vagabundo, recogido al azar en Tocopilla, se escondía el alma de un aventurero de alto bordo, un corazón de esos que no laten en vano.

—Ese niño quiere vengar su sangre—dijo recordando que entre la carne de cañón de la **Esmeralda** figuraba el fogonero Pedro Llanquilef.—Seguramente lo ha jurado, y si el destino no se interpone, cumplirá su juramento.

192  
Papelucho  
Herman

## PLAN!... PLAN!... RATAPLAN!... PLAN!

No estaba, sin embargo, en lo cierto el marino, al expresarse así. **Papelucho** había huído de miedo. No de miedo al humo de la pólvora ni al silbido de las balas, sino al de ser reconocido y denunciado a su familia. Una tarde, en la playa de Antofagasta, se halló a punto de que le descubriese un marinero, a quien estaba cansado de ver trabajar en las chalupas de flete, en el muelle de Valparaíso. Gracias a que él volvió la cara a tiempo, y el otro se pasó de largo... Desde entonces comprendió que, de seguir en la vida del mar, iba a serle muy difícil pasar inadvertido. Había, además, otro inconveniente, y era el de que los barcos, tanto los de guerra como los mercantes, volvían de tiempo en tiempo a Valparaíso... a donde a él, tan sólo muerto, lo podrían llevar. Pasó así algún tiempo, viviendo de lance, "cachureando", hurtándole el cuerpo a la miseria. Era, contra su voluntad, la regresión al palomillaje.

Un día, como tantos, vagaba por las calles, pensando que todo, la necesidad de asegurar su situación y la de cumplir sus juramentos de venganza, le empujaba al Ejército. Pero, ¿qué iba él a hacer en un regimiento? ¿Para qué podrían quererle en un cuartel? se preguntaba a sí mismo. Como respondiendo a este

cuestionario mental, surgieron, próximos a él, toques de tambor y de corneta, no sones acordados y rítmicos, sino un loco disparatar de chillidos y redobles, como si estuviesen ensayando. Era que se probaba, entre un grupo de voluntarios, los pulmones y las muñecas. **Papelucho**, viendo el cielo abierto, entró a participar en el concurso. De nuevo hubieron de servirle sus resabios de guerrillero de los cerros; nadie batió como él los palillos sobre el parche, nadie aprendió con tanta prontitud y precisión los toques de ordenanza, ni arrancó al tambor sonidos más puros, más rotundos y vibrantes.

—Plan! Plan! Rataplán! Plan...

—Qué pulso! Qué oreja!—comentaban los sargentos.

He aquí, pues, a nuestro querido **Papelucho**, convertido en tambor del Batallón Atacama. La caja—como la llama el pueblo—era casi tan grande como él, y tan pesada que le obligaba a andar arqueado hacia atrás para mantenerse en equilibrio. Y así hizo toda la guerra, **Papelucho**.

Así desembarcó en Pisagua, así peleó en Dolores, y en Los Angeles, y en Tacna. Así recorrió los médanos del litoral peruano hasta el campamento de Lurín, y así se batió en San Juan y Chorrillos, a las mismas puertas de la suspirada Lima, y así cayó herido en Miraflores, y pudo, desde su lecho de la Ambulancia, escuchar el redoble de los tambores y el toque de las cornetas que anunciaban la entrada triunfal de una división a la ciudad de los Virreyes. Ah! cómo habría deseado él formar entre los felices que, a banderas desplegadas, desfilaron por las calles de la orgullosa capital, entregada desde la víspera a los desmañes de

la plebe,—negra morralla de indios y mulatos—batiendo frenéticamente las muñecas:

—Plan!... Plan!... Rataplán... Plan!...

Había tenido suerte aquel diablo de granuja, librado sin un rasguño hasta el momento mismo de la última batalla campal. Se lo hacían notar sus camaradas, quizás para consolarlo un poco de la pena de haber quedado al margen, precisamente cuando todo el mundo saboreaba la satisfacción de un triunfo alcanzado a costa de tanto sacrificio. ¡Ni heridas, ni fiebres malignas, ni desórdenes intestinales, nada había podido hacer presa en aquel organismo forjado a prueba de vicisitudes por la áspera vida de la palomilla porteña. Y, primero en la Ambulancia, y luego en el Hospital, en Lima, **Papelucho**, ajeno al más remoto pensamiento de peligro o de muerte, se lo pasaba silbando o canturreando aires patrióticos, todo el tiempo que no podía emplear en hacer o en esenchar comentarios de la guerra.

No era, por lo demás, cosa de mucha monta aquel “piquete”, como llamaba él mismo al balazo que le había perforado la piel a la altura del tercer espacio intercostal derecho. El proyectil, chocando con el bronce de uno de los botones de su dormán, había perdido, al desviarse, casi todo su poder de penetración. Lo que más molestaba a **Papelucho** no era, pues, aquella herida más vasta que profunda, sino el ocio a que se veía sometido y el calor, aquel calor de estío tropical, húmedo y enervante, a que no estaba acostumbrado. Con frecuencia venían a verle los compañeros de fila, a quienes el plomo enemigo había respetado. Le daban conversación, le hablaban de la vida que se hacía en la ciudad ocupada, le leían los diarios—repletos todavía de informaciones y artículos de la guerra—le regalaban cigarrillos... Las más asiduas eran las cantineras del Atacama, transformado a la sazón en Regimiento: Carmen Vilches y Filomena Valenzuela, te-

nían solicitudes maternas para con sus compañeros heridos. Ambas habían sacudido la monotonía del vivac con sus canciones criollas, en las que vibraba toda el alma de la tierra lejana, y ahora acudían a alegrar esas horas de forzosa reclusión en un hospital con su charla vivaz y con sus flores.

Abatido a veces por la fiebre, en sus largos intervalos de soledad, cerraba el muchacho los ojos y se entregaba a soñar y a recordar. Desde el día de su fuga había vivido como en un delirio. Las impresiones de la infancia se le confundían, se le volvían borrosas, ante la visión de la vida aventurera que había llevado desde que se metió de pavo en el vapor de la carrera. Su pugilato callejero en Tocopilla, sus días al pie del winche en el **Taltal**, los de triste merodeo en Antofagasta, el bombardeo del Puerto por el **Huascar** y el entierro de las víctimas de la **Abtao**; la angustia con que se recibió la noticia de la pérdida del **Rimac**; su enrolamiento como tambor en el batallón que pasaba por ser el de los bravos; su aprendizaje de soldado; el delirio popular producido por la captura del Monitor; su terrible bautismo de fuego en Pisagua (donde aprendió a ver morir a los valientes); sus marchas por el desierto, rabioso de sed y de ganas de pelear; Dolores, donde los atacameños rivalizaron en ferocidad con sus "compadritos" del Coquimbo; la furia que acometió a la tropa cuando se supo lo de Tarapacá; el desembarco en Ilo, con un sol tórrido; las jornadas de Moquegua y de Los Angeles, donde se ganó sus galones de capitán el querido teniente Torreblanca; el avance al sur por los terribles médanos en que se atollaban las piezas de artillería; la muerte del Ministro en campaña, que produjo en todos los áni-

mos la impresión de una bomba en pleno campamento; la batalla de Tacna (días después del primer aniversario del combate de Iquique) donde era fama que el Ejército chileno había corrido más aprietos que nunca y donde él, con sus propios ojos, vió correr hacia la muerte a su capitán Arce, jinete en su yegüita mora; la alegría loca con que se celebró por todos la toma de Arica; el grito unánime, inmenso, semejante a un clamor, con que se pedía la expedición al norte, la persecución al enemigo en su propia guarida, deseo ardiente, frenético, que se sintetizaba en una frase, pensada o pronunciada a todas horas: "A Lima!... A Lima!..." Luego el desembarco en Curacayo, bajando la caballería a nado, improvisando grúas para poner en tierra los cañones; los días y las noches de Lurín, destinados a aguardar—con el arma al brazo o persiguiendo, como quien caza liebres, enemigos emboscados—el momento supremo en que se recibiese la orden de precipitarse sobre los campos minados y atrincherados que guarnecían la capital del Perú; las peripecias del campamento, las hambrunas, las reyertas terminadas siempre con un Viva Chile! y un abrazo; la entrega, al 2.º de Línea, del estandarte perdido en Tarapacá; los merodeos por las fincas, los "contrabandos" sorprendidos y requisados, entre risas, por los oficiales; las juergas "a palo seco" en el vivac; Quintín Quintana y la extraña ceremonia del juramento de los chinos. Y al fin, la marcha decisiva, San Juan, Chorrillos, ocho horas de combate sin cuartel; el armisticio, la felonía del Dictador Piérola al romper sorpresivamente el fuego, el ímpetu incontenible de la chilenada, la epopeya del corvo destripando barricadas de arena y acabando a cuchilladas con la última esperanza de los aliados de Bolivia, a despecho de minas y torpedos. ¡Cuán cerca estaba y cuán lejos veía, sin embargo, todo eso!

—Tantas cosas, Dios mío! y en tan poco tiempo...

En su pasado de niño prefería no pensar. Se enternecía, como siempre, recordando a su pobre madre enferma y a sus hermanitos desamparados. Y para disipar esa emoción penosa, se daba a canturrear tonadas populares o canciones de la guerra, que su fino oído musical le había permitido retener fielmente. Le perseguía, con obsesora insistencia, el ritmo de la marcha compuesta para la segunda legión del Atacama, que él y todos sus compañeros se sabían de memoria:

**En marcha, atacameños!  
Al puesto del deber!  
Soldados de la patria,  
a morir o a vencer!**

Seguía divagando, preocupado ahora con su destino. La guerra estaba de hecho terminada; las tropas tendrían que regresar al sur, todos los regimientos serían disueltos, cada cual habría de volver a su casa, a su trabajo... Mientras tanto, él, ¿qué podría hacer él, pobre diablo, sin padres y sin hogar, hasta sin nombre? Resuelto estaba a hacerse un hombre; pero ni siquiera sabía leer. Y miraba con secreta envidia a muchos de sus compañeros de sala, que se lo pasaban leyendo libros o periódicos, en tanto que él no tenía más recurso que repetir hasta el cansancio sus cantatas:

**...Toque el clarín a guerra,  
llame a guerra el tambor!**

Nó, nó, era demasiada guerra; se había derramado demasiada sangre. Ahora se hacía necesario trabajar. Su sueño de venganza estaba realizado. Llanquilef, su amigo de toda la vida, podía dormir tranquilo en la región de los héroes. El **Huáscar** formaba ahora parte de las fuerzas navales del país, Grau había volado hecho trizas, y en el Palacio de los Virreyes flamea-

ha ahora orgullosa la bandera tricolor, aquella que Llanquilef y sus amigos llamaban la "porotera"... Estaba satisfecho hasta la hartura. Sería de los primeros en licenciarse, y con sus ahorros de tambor se echaría de nuevo a aventurar. Después, lo que quisiera Dios...

Una tarde vió llegar a sus compañeros entusiasmados con una noticia: había sonado la hora de volver al suelo de la Patria; el Supremo Gobierno lo había así dispuesto; sólo una pequeña parte del Ejército se quedaría en el Perú para continuar la ocupación militar de la plaza y para acabar, en una rápida campaña, con las malditas montoneras. **Papelucho** no se cuidó de disimular su indiferencia, casi su contrariedad. De todos los vencedores, él era acaso el único para quien el regreso no tenía la menor importancia. Los otros seguían charlando; se iría primero a Valparaíso, donde la gratitud del pueblo les haría un recibimiento colosal; después, cada regimiento sería honrosamente enviado a la provincia en que se había formado. Oyendo todo sin querer, **Papelucho** recordaba la innoble actitud de Saturnino y los de su secuela al paso de los voluntarios, en los comienzos de la guerra, por las calles de su ciudad natal...

Firme, irrevocable se hizo en su ánimo la resolución de no volver. En el peor de los casos, desertaría. En el curso de la campaña, había reconocido a muchos paisanos suyos, entre los soldados del Valparaíso y del Navales. Con alguno enviaría a su casa—más bien dicho a su madre—un recado y un recuerdo. Bastaba a su gloria el que ella supiese que estaba vivo, que no la había olvidado, y que se había portado como un buen chileno....

—Ya está bueno que te den de alta, tamborcito!— le dijo, remeciéndole el catre, el alegre ñato Lopez, cabo de su Regimiento.

**Papelucho** sonrió forzosamente, y nada se le ocurrió decir. En realidad, estaba ya muy bien, y pronto entró en convalecencia. Pero, resuelto a no poner los pies en Valparaíso, se ingenió para que se le destinase a otro cuerpo, declarando que él no era atacameño, sino de muy al sur, que no tenía ningún interés en volver a su tierra (donde nadie había que por él se preocupase) y, finalmente, que deseaba continuar en el servicio. Se le festejó por su decisión, y no hubo el menor inconveniente en darle gusto. Volvió, pues, a terciarse el tambor en cuanto tuvo fuerzas para ello, y volvieron sus ágiles muñecas a hacer resonar triunfalmente el parche, tan vibrante en la atmósfera de Lima como había sido antes en Antofagasta, y más tarde en cada una de las etapas que iban marcando el victorioso avance de nuestras armas.

—Plan!... Plan!... Rataplán!... Plan!...

Fué un problema para el pobre muchacho elegir, entre sus paisanos, a aquel que debería hacerse cargo de su mensaje. Por la primera vez, iba a revelar su verdadera personalidad, y esto era más que suficiente para traerle desazonado. El tiempo y las emociones de la guerra habían hecho casi desaparecer de su alma el odio que llegó a sentir hacia su progenitor; pero, contradiciendo su bravura de tambor del Atacama, persistía en él, apenas atenuado, el miedo que había sabido inspirarle aquel hombre sin entrañas. Era como el terror supersticioso que nos infunden las ánimas y demás patrañas que son la pesadilla de nuestra infancia, y que ningún razonamiento logrará más tarde des-

truir por completo. **Papelucho**, carne de cañón, fatalista y despreocupado, capaz de sonreír ante las balas, temblaba ante la idea de que Saturnino supiese su paradero. Por fin, se decidió. Pero no quiso hablar a ningún conocido. Prefirió buscarle la amistad a un viejo sargento del Navales, que recordaba haber visto muchas veces en Valparaíso, vistiéndolo, antes de la guerra, el odiado uniforme policial. Creyó menos peligroso confiarse en él, aunque tampoco le dió las señas de su familia y de su casa, sino que se limitó a entregarle una carta para el maestro Torres, viviente del conventillo del Calzón Roto, en el Cerro de la Cordillera.

—¿Es algo tuyo?—le preguntó el antiguo paco.

—Es mi padrino. Era muy amigazo con mi tío Pedro, el que murió en la **Esmeralda**...

—Pero esta es letra de mujer...—agregó el sargento, fijándose en el sobre.

—Si me la escribió la Filomena, la cantinera... Yo no conozco ni la o por lo reonda.

Días más tarde, se inició la partida al Callao, en donde las tropas deberían embarcarse en viaje de regreso. **Papelucho**, haciéndose fuerte contra la emoción que le llenaba de lágrimas los ojos, hubo de contentarse con batir el parche más briosamente que nunca. No se veían sus manos en el aire cuando pasó a su lado, erguido y con el arma al hombro, el viejo sargento del Navales.

—Plan!... Plan!... Rataplán!... Plan!...

Su tambor hablaba por él. En aquel redoble marcial, a cuyo compás volvían a sus hogares los vengadores de la honra nacional, en mala hora amenazada, palpataba todo su corazón de niño aventurero, sus recuerdos, sus cariños, sus esperanzas, sus incertidumbres ante el porvenir desconocido, y también su noble reso-

lución de llegar alguna vez a ser el sostén de su familia.

Plan!... Plan!... Rataplán!... Plan!...

Empezó entonces para la vida del pobre emigrado, un período triste y gris. Idos sus compañeros del Atacama, desaparecidas las fisonomías de los soldados del Valparaíso y del Navales, que a cada instante le recordaban a su pueblo y a su barrio, comenzó a sentir a su alrededor ese vacío especial, frío y tiránico, del aislamiento. Además, ya no experimentaba el menor entusiasmo por el cuartel ni por la guerra. Hubiera deseado embarcarse en el primer barco que zarpase del Callao y echarse a rodar mares y tierras, sin rumbo ni destino fijos, a merced del azar. No tuvo, en el curso de largos y monótonos días, más que dos emociones profundas: la primera, cuando en corro de camaradas, escuchó la lectura de los diarios de Chile, en que se daba cuenta de la llegada del Ejército victorioso, y del magnífico homenaje que se le había tributado en Valparaíso y en Santiago; la segunda, cuando, terciado el tambor, hubo de asistir a la ejecución de un pobre diablo, cómplice en el asesinato de dos soldados chilenos. Aquella vez lloró, lloró como un veterano, de orgullo y de ternura; y en esta última ocasión, frente al cuadro de muerte, mirando al reo engrillado que avanzaba, como arrastrándose, hacia el patíbulo, le temblaban las manos como nunca le temblaron en el campo de batalla, al tocar a la sordina:

—Plan!... Rataplán!... Rataplán!...

Más que un soldado de su patria, fué un autómatas en la campaña al interior, guerra para nosotros con menos gloria que peligros, guerra de la desesperación para un enemigo material y moralmente vencido, que

confiaba, sin embargo, al espionaje, a la emboscada y a la montonera la vindicación, ya que no la salvación, de su territorio y de su honra... Pachía, Pucará, Sangra, La Concepción... Cáceres, Piérola, García Calderón, Iglesias... Letelier, Arteaga, Lynch... Finalmente, Gorostiaga y Huamachuco! Después, la paz, la paz que todos deseaban, aunque no lo confesasen; la paz, que era la cesación de aquella serie interminable de escaramuzas, de aquel ir y venir por sierras y despoblados, entre indios cerriles y felones, ocupando y abandonando plazas, siguiendo por todas partes el rastro a un enemigo que se empeñaba, precisamente, en no empeñar combate. La paz era el licenciamiento, la paz era el trabajo, la posibilidad de prosperar... Con un suspiro del alma, recibió **Papelucho** su última soldada, y los documentos que acreditaban la efectividad de sus servicios; revuelto con una alegre partida de vencedores, tomó el vapor hacia el sur, pensando en que quizás estuviese en la razón Llanquilef cuando decía que el hombre es animal de presa, pero resuelto a olvidar hasta los toques de ordenanza:

—Plan!... Plan!... Rataplán!...

Silenciosamente, arrolló en un atado todas sus charpas y se quedó en Iquique, como antes en Coquimbo, en Tocopilla, en Antofagasta, sin más capital que su ambición, sin más armas que sus músculos, “haciéndole a la vida...”



LIBRO SEGUNDO

---

LA TIERRA TRÁGICA



## HACIÉNDOLE A LA VIDA

El hombre del pueblo podrá, por accidente o artificio, cambiar de fisonomía, tener varios nombres, además del que recibió en la pila bautismal o en el Registro Civil, renovar su personalidad, en fin, como la cullebra renueva cada año la camisa. Pero hay algo de que no podrá desprenderse nunca, algo que es tan suyo como su pellejo y que sobrevive a todos los cambios de oficio o residencia: el sobrenombre. Razón tiene la policía para no omitir nunca este dato en sus pronuarios; el apodo del delincuente es, para la pesquisa, casi tan precioso como la impresión digital.

El mayorazgo de Orellana fué **Papelucho** en las filas de la palomilla brava, **Papelucho** como winchero a bordo del **Taltal**, **Papelucho** como tambor del Regimiento Atacama, **Papelucho** en Lima y **Papelucho** ahora, al vagar, en busca de "cabe", por las riberas de la bahía de Iquique. Resulta así, paradójicamente, que el verdadero nombre de las personas es su falso nombre... a despecho de la burocracia eclesiástica o civil.

Harto de guerra y sus peripecias, **Papelucho** intentó reanudar en la metrópoli salitrera las actividades

comerciales que eran su especialidad; pero el éxito le fué desfavorable. No conocía la plaza, no tenía relaciones, le era preciso crearse de la nada una clientela y, sobre todo, vencer la competencia incontrastable de la palomilla indígena, que operaba en terreno conocido. Por otra parte, sentíase ya bastante hombre—tenía más de catorce años—como para abandonar la vida nómada de playero, y prefería trabajar en algo serio que le asegurase normalmente el techo, el alimento y el vestido. Había adquirido en el cuartel, y en el curso de la campaña, ciertos hábitos de orden y limpieza que no quería perder. Repugnábale ahora los harapos, andar hecho una lila le parecía el colmo de la relajación, y era su gran preocupación la de empezar a trabajar con provecho antes que se arruinase la flamante ropita de paisano con que había llegado. Guardaba del Ejército excelentes referencias, una hoja de servicios de primera calidad con varias anotaciones que le hacían honor, y no le fué difícil ingresar al personal doméstico de un señor adinerado. Llamábase éste don Manuel María, y era un funcionario del ramo de aduanas, un solterón gordo y caprichoso, que tenía la pretensión de ofrecer la mesa mejor puesta de la ciudad. Su genio desigual y puntilloso, cansó luego a **Papelucho**, haciéndole aborrecer las tareas serviles de mozo o de criado, para las cuales—dicho sea de paso y en elogio suyo—nunca sintió tampoco desmedida afición. Supo que al interior, en varias oficinas, se necesitaban trabajadores, y allá se encaminó sin vacilar. Ya no le preocupaba sino muy vagamente el temor de ser reconocido; pero de todos modos, encontró preferible radicarse en la Pampa, lejos de todo contacto con la gente de mar. Iquique no le atraía, a pesar de hallarse ligadas a él impresiones tan hondas como las del combate naval del 21 de Mayo, y recuerdos tan queridos como el de su noble y heroico amigo Llanquilef. Y era que—como lo advertía a cada instante—ya

no quería saber nada de guerra, de sangre ni de pólvora...

No le produjo la menor emoción de novedad aquella tierra estéril, rojiza, sobre la que el resplandor del cielo caía como una maldición. Nada le dijeron aquellas serranías agrias ni aquellos polvorientos páramos que ya había atravesado, muerto de sed y con el tambor al hombro. Volvía a ver, bostezando de aburrido, las oficinas con su eterna chimenea humeante, sus maquinarias sobre grandes armazones de hierro y madera a modo de puentes, sus casas elegantes para los jefes y empleados y sus campamentos de costra y sacos para los obreros.

Volvía a ver las calicheras removidas a tiros, como destripadas; los salares inútiles, refulgiendo al sol, los míseros tamarugos azotados por los vientos como espantajos de árboles. los poblachos sórdidos a base de tabernas y prostíbulos; y en la línea del horizonte, temblorosa y cristalina, la mancha de agua de los falaces espejismos. ¿Cuánto tiempo hacía de la guerra? Apenas dos o tres años, y ya, sepultados, podridos, descarnados los cadáveres, deshechos los uniformes, enmohecidas las armas, rotos los cañones, todo seguía igual sobre la desolación de aquella tierra trágica...

Su primer trabajo fué el de herramientero o de mulero. Consistía esta ocupación en repartir a los operarios de pampa las herramientas necesarias para la faena—barrenos, taladros, cucharas, lampas, aporreadores—y volver a llevarlas oportunamente a la oficina, ya para ser guardadas, ya para ser entregadas en el

taller de herrería. No era una labor pesada ni peligrosa, y **Papelucho** llegó a encontrarla hasta agradable, en cuanto se alivió de la "macurca" de los primeros días, y se habituó a recibir en las espaldas el azote del fuego solar. Mucho más penoso le pareció el trabajo que realizaban otros niños: el de "destazador", por ejemplo, que obliga a estarse metido, con la cabeza abajo, en el orificio que ha de recibir la carga para el tiro. Largos se le hacían los minutos en que veía las piernecitas al aire, sujetas con firme mano por el barretero, y suspiraba aliviado cuando, por fin, suspendían al pequeño obrero y lo sacaban para que respirase, todo congestionado y enharinado de "chusca".

**Papelucho** entraba al escalafón de la oficina por el último puesto. Era un niño y carecía de las fuerzas y experiencia necesarias para tomar a su cargo tareas de mayor importancia. Ya, si se conducía bien y no se malograba, podría ascender a carretero, por ejemplo, o a chanchero, a botarripios, y aún a derripiador; o ingresar al personal de la maestranza; o, si prefería el trabajo de la pampa, llegar a manejar por sí mismo las herramientas que ahora se limitaba a acarrear. Sólo muy vagamente pensaba en todo esto el ex-tambor. Por lo pronto, se daba por satisfecho con tener el sustento asegurado. Alojábase y comía en la "fonda", que le servía bien, aunque le llevaba la mejor parte del salario.

Indagó **Papelucho** cómo se las podía componer para vivir con mayor economía, y dijéronle que lo único que le quedaba que hacer, era ocupar un cuarto en el campamento, con otro compañero u otros, y arrancharse en una "cantina". Así lo hizo. Dormía malamente en una pallasa—por el momento no podía pensar en comprar muebles—y en la casa de pensión encontró un lejano remedo de la vida de hogar. Sus compañeros de pieza, que eran dos pampinos, se hallaban, en cuanto a mobiliario, en condiciones aún peores. No

tenían ni un mal cajón que hiciera las veces de velador, y sólo poseían cada uno un saco de arpillera, al que llamaban pomposamente “la vicuña”, y que les servía de colchón y de ropero.

Con sus historias de la guerra, el rotito aventurero, de suyo simpático, se ganó pronto el afecto de la gente de la cantina. Era una familia chilena, de las que tuvieron que padecer más con el maltrato recibido de parte de los enemigos de su patria; y todos, desde el dueño de casa hasta el más indiferente de los pensionistas, se enardecían escuchando la relación de aquellos episodios bélicos, en que veían quedar centenares de cholos por el suelo, abiertos como sacos a golpe de corvó y bayoneta, o caer a todos los hombres de una compañía de los nuestros, disputándose el honor de sostener, erguida sobre su asta, entre una granizada de balas, la bandera tricolor. El niño, que se sentía el centro de una gran expectación, no podía evitar que le subiese el humo a la cabeza. Se entusiasmaba con sus propias palabras, e inconscientemente incurría en la misma debilidad de Llanquilef, o sea, en la de suponerse actor en todos los acontecimientos que narraba, sin importarle un ardite que surgiesen anacronismos y sineronismos insalvables.

La circunstancia de haber pertenecido al Atacama, favoreció también a **Papelucho**. El nombre de los jefes, de los oficiales y aún de muchos de los soldados de aquella brava legión de mineros, era conocido de los dueños de casa, a quienes se les llenaban de lágrimas los ojos cuando el ex-tambor mencionaba a su capitán Torreblanca, y refería cómo había sucumbido en Tacna, en todo el fragor de la batalla, el romántico soldado-poeta.

—Pensar que yo lo he visto así!—exclamaba don Nica, el jefe de la familia, enternecido, bajando la mano a dos cuartas del suelo.

Y agregaba todavía:

—Ende chiquitito jué habiloso!

Don Nica era pampino, uno de los mejores barreteros de la oficina. Se llamaba Nicasio, pero nadie le conocía por su nombre, sino por el diminutivo: señal de respeto cariñoso, que había sabido granjearse, porque era hombre serióte, arreglado y poco amigo de colegialadas. Oriundo de Tierra Amarilla, había sido minero toda su vida, y por eso prefería el trabajo de pampa, donde también tenía que barrenar y pegar tiros, como en el fondo de los socavones y los piques.

Don Nica hablaba poco, y tenía el ceño duro de hombre sin entrañas. Sin embargo, era bueno como el pan y excesivamente cariñoso con su mujer y con sus hijos. El mismo decía que era como los “guillaves” de las sierras atacameñas: nacido entre espinas, áspero y feo, pero jugoso y dulce. No sabía leer, y era supersticioso como buen minero. Su esposa, la Santitos, atacameña como él, revelaba haber sido hermosa. Apenas, levemente, se observaba en su rostro un rasgo de la raza aborígen; el óvalo de su cara era perfecto; tenía unos ojos claros, tirados a verdes, el pelo castaño y una sonrisa agradable que infundía confianza.

Solía decir en broma “qué le habría dado al Señor por meterle en la cabeza el enamorarse de un hombre tan feo”. Don Nica sonreía, dejando ver tras de los ralos mostachos ya canosos, sus dos filas de dientes separados, característicos de las razas indígenas del norte. Tenían dos hijos: Pedro Pablo, a quien llamaban Perucho, y María del Tránsito, la regalona de su padre y feecilla como él. En el seno de este hogar humilde paladeó el rotito aventurero dulzuras y tibiezas, que en el suyo propio no conoció jamás. En una ocasión en que él, con más acritud que de ordinario, se quejó de

la forma miserable en que pasaba sus noches, don Nica y la Santitos—que ya debían de haberse puesto de acuerdo sobre el punto—le ofrecieron un rincón bajo su techo.

Nada mejor podía esperar el solitario **Papelucho**. Tenía trabajo independiente, y ahora se le brindaba una familia en reemplazo de aquella que se había visto obligado a abandonar. Esto mismo le hizo volver los ojos con persistente melancolía, hacia su pobre madre y hermanitos, de los que nunca había podido olvidarse. Nunca llegó a saber la suerte que corriera el mensaje llevado por el sargento del Navales al maestro Torres. De Lima mismo le habían seguido varias cartas escritas por un compañero de buena voluntad, que quedaron igualmente sin respuesta. Para colmo de males, el improvisado memorialista murió trágicamente auchilleado a traición en una callejuela de la ciudad ocupada... Para **Papelucho** era como un estribillo mental aquello de que se daría por satisfecho con que su madre supiese que él vivía, que estaba sano y trabajando bien, y que los recordaba continuamente a todos, alentado por la esperanza de hacerse pronto un hombre para traérselos al norte.

Entonces le pesó más que nunca, como una desgracia irreparable, su analfabetismo. Si pudiese tener noticias de su gente, le dolería mucho menos estar lejos y vivir entregado a manos extrañas, en aquella tierra áspera y triste, tan distinta de la suya, y que parecía seguir siendo extranjera. **Papelucho** iba poco a la fonda. Prefería quedarse de charla con don Nica y su familia en el comedorcito mismo, a la luz de la lámpara, cuando el viejo barretero no estaba muy cansado. A veces, si los otros pensionistas no salían, armábanse partidos de lotería a centavo el poroto. A **Papelucho**, como a los hijos de don Nica, le hacían reír los ingeniosos motes con que se cantaban ciertos números: así, el 22, era “los dos patitos”; el 15, “la

edad de las niñas; el 90, "Matusalén"; el 33, "la edad de Cristo"; el 11, "las piernas del Ministro". Se aludía en esta última frase al administrador de la oficina, que era un inglés alto y flaco, con unos zancajos de queltehue. Esto causaba siempre hilaridad. También se decía "la cachimba del Ministro" por el número 7, y "los dos pares de anteojos" por el 88.

Se hablaba poco del trabajo. Los accidentes físicos, aún los graves, se comentaban apenas, considerándose los como una cosa fatal e inevitable. Más hincapié se hacía en la calidad moral de los jefes y empleados superiores señalándose con odio a los que eran tiranos, y alabándose y haciéndose justicia a los que trataban a los trabajadores no como a bestias, sino como a cristianos. Pero la conversación se desviaba más a menudo hacia el pasado. Don Nica, incitado por la tertulia, se animaba a echar su cuarto a espadas, relatando—con esa calma y prolijidad características de los hombres de otras generaciones—alguna remota anécdota, generalmente fantástica, de sus tiempos de minero. Ya era un panizo entre unos farellones, que nadie había podido descubrir, hasta que un arriero o un leñador daba por casualidad con él; ya era un derrotero perdido que el diablo se encargaba de revelar, a cambio del alma de aquel a quien ponía en posesión de la riqueza; ya, en fin, un barretero, más pillo que el mandinga mismo, que le ganaba a éste el juego, con cartas marcadas, todo su dinero. **Papelucho**, por no quedarse atrás, contaba casos nuevos de la campaña, que se oían siempre con agrado, vivos como estaban todavía los rencores de la guerra.

Se recordaba también, a propósito de un tal Silverio—el salteador de La Noria que estaba dando tanto

qué hacer a la policía—al célebre bandido chileno Joaquín Murieta, de cuya existencia y hazañas en California nadie se atrevía a dudar. Todos gozaban grandemente con estos cuentos de astucia, de audacia, de fatalismo y de valor, en que el héroe salía siempre librando la vida en un pelo.

El deseo de aprender a leer y escribir, llegó a hacerse obsesionante en el mayorazgo de Orellana. Desgraciadamente, en la oficina no había escuela, diurna ni nocturna. Con los empleados no había que contar, pues un muchacho herramientero estaba tan por debajo de ellos, que ni remotamente podía pensar en molestarlos. Entre los trabajadores, uno que otro tenían algunas letras; pero todos eran gente despreocupada, y se encogieron de hombros cuando él les comunicó sus pretensiones. Oyó entonces decir que otra de las oficinas del Cantón, la de Santa Claus, tenía a su servicio una preceptora que regentaba una escuela mixta, y que hacía clases, de noche, a los trabajadores que se hallaran dispuestos a costearse su instrucción. Se le iluminó el horizonte a **Papelucho**, y pensó que tenía resuelto el problema. Mas, hubo de tropezar con el inconveniente de que el establecimiento a que se referían sus informantes, quedaba a mucha distancia, sin contar con que los beneficios de la enseñanza proporcionada por la maestra, sólo podían extenderse al personal de la misma oficina. Anduvo triste y cariacontecido varios días.

Vacilaba entre resignarse con su suerte o irse a buscar “pega” en Santa Claus, cuando un acontecimiento inesperado lo decidió por lo último. Don Nica tuvo un serio altercado con el corrector por haberse éste negado a recibirle, so pretexto de que era un material

inservible, unas carretadas de caliche magnífico, extraídos de una pampa que él mismo le había señalado. El corrector, acostumbrado a mal, amenazó al obrero con su chicote; don Nica repelió el ataque, y, vigoroso como era, habría sacado la mejor parte a no haber optado el otro por volver riendas a su caballo para ir a dar cuenta del caso a la administración.

Esta no quiso oír los alegatos del barretero, a quien, incontinenti, se le arregló su libreta y se le puso fuera de la oficina... a cuyo beneficio quedaron—no hay para qué decirlo—las carretadas de caliche, origen del incidente. Mientras don Nica lograba hallar trabajo en otra parte—lo que no le fué difícil, pues un buen barretero está lejos de ser un elemento despreciable—la familia vivió en un hotelillo de Negreiros, la población más cercana, y **Papelucho** encontró acomodo en Santa Claus. Se separaron, jurándose amistad eterna. El ex-tambor, héroe de cien batallas, estaba por soltar el puchero. La verdad era que se había aquerenciado con aquellas buenas gentes, y comprendía que corazones tan bien puestos no son de los que sobran en el mundo.

María del Tránsito, tan insignificante, que ni siquiera se había fijado en ella, se le acercó en el último instante, y con femenino disimulo puso en sus manos un ramillete de flores de trapos, con los tallos envueltos en papel de estaño. El hijo de Marte había hecho, sin saberlo, su conquista. Era tarde ya, casi de noche, cuando **Papelucho**, con su "vicuña" al hombro, hizo su entrada al campamento de la nueva oficina. Atajólo el sereno, que aún no lo conocía, y él tuvo que explicarle que acababan de ocuparlo como aprendiz de herrero. Esta labor era más dura que la otra; pero **Papelucho**, seguro de la firmeza de sus músculos, tenía plena confianza en que daría cumplimiento.

En realidad, la vida de campaña había hecho del antiguo granuja porteño, un hombrecito fuerte, no muy alto, pero membrudo. El mismo sereno le indicó la fonda dónde tendría que hospedarse forzosamente aquella noche. Comió sin gran apetito, y luego, como no tenía nada que hacer, se metió a la sala de juego. Se batían los dados de la "maraca", y también se le daba al "monte" y a la "pinta", sin descanso. Montones de pesos fuertes y billetes se veían en la mesa central, y en otras arrimadas a las paredes. Por las trazas casi todos eran obreros, la mayoría no se había cambiado las prendas de trabajo—aunque no faltaban parroquianos a quienes se tomaría fácilmente por viajeros de comercio y empleados de la Administración. Se bebía, se vociferaba, se escupía, se golpeaban las mesas, lo cual, agregado a la batahola de los dados, obligaba a gritar hasta enronquecerse al maraquero y tallador. El humo y el olor de los cigarrillos y de las lámparas, mezclados al tufo humano de aquel hacinamiento sórdido y tabernario, molestaron a **Papelucho**. Pensó, una vez más, que era hartamente embromada y hartamente triste la vida de los pobres en las salitreras, y que había mucho de engaño en esas leyendas del norte, con que se llenaban la boca allá en el sur.

Se preguntó, asimismo, recordando a don Nica y su familia, si iría a encontrar ahora alguien en quien confiarse, alguien en quien apoyar su soledad desamparada y vagabunda. Salió de nuevo al vasto comedor de piso de tierra atravesado de mesas y bancas rústicas plantadas en el suelo; se asomó a la puerta, y miró el cielo estrellado de un azul profundo, nítido, inalterable, como lo contemplara tantas veces por los intersticios de la carpa en el vivac...

De lejos, en el silencio de la noche, llegaba a sus oídos la respiración de la faena que continuaba aún bajo la sombra. Oía, sin querer, los rumores de la sala de juego, y desde unos cuartos próximos venían

hasta él rasgueos de guitarra y vocear de acordeones, entre el palmoreo estruendoso de una cueca que él mismo había tarareado muchas veces:

**Estos son los rotitos  
que van a Lima...  
¡Hácele, mi alma!...**

## LAS PRIMERAS LETRAS

La escuela de la oficina Santa Claus estaba instalada en un departamento de la misma casa que se concedía por la Administración a la maestra y a su señora madre. Era una pieza espaciosa, aunque un poco baja, de forma rectangular, con dos puertas que daban a la calle y otra al interior, y una claraboya que podía abrirse y cerrarse a voluntad. Dos corridas de bancos-escritorios, una mesa, un pizarrón, un globo terrestre un tablero de cuentas y un estante lleno de útiles, constituían el mobiliario escolar. Agréguese a esto unos cuantos cartelones para el deletreo y otros tantos mapas geográficos colgados de las paredes, y se tendrá el inventario completo del material de la escuela mixta, que regentaba, sin ayudantes, la señorita Alicia Young, y a la cual acudían, por la noche, quizás más por divertirse que con el ánimo de aprender algo, hasta una docena de obreros de las diversas secciones.

En cuanto se halló medianamente instalado, Pape-lucho, fijo en su empeño, se acercó a la escuela. Ya se había iniciado la clase, cuando él se detuvo ante la

puerta, y saludó con el sombrero en la mano, temeroso de ser molesto. Vió a la maestra junto a su mesa, a los alumnos distribuídos entre los escaños, el pizarrón, el tablero y los silabarios de pared. Un moscardoneo monótono, casi como de iglesia, salía de aquel taller humilde y se desvanecía en el viento y en la noche de la Pampa.

—¿Qué hay?—le dijo la señorita Alicia.

El run-run del silabeo se cortó en el acto, y todos los ojos se dirigieron al recién llegado.

—¡**Papelucho!**—murmuraron algunas voces

Pero el futuro escolar no se inmutó.

A una indicación de la maestra, se adelantó hasta dos pasos de la mesa, y explicó su caso, serenamente: no sabía leer ni escribir, y daría lo que le pidiesen por dejar de ser un pobre ignorante. La señorita, sin gran entusiasmo, le preguntó su nombre, su edad, su nacionalidad, su procedencia y su empleo, todo lo cual fué apuntando en un gran libro de tapas negras que tenía junto a sí. Después le ordenó que ocupase un asiento, y se reanudó la clase.

**Papelucho**, nervioso, sin saber qué hacer con las manos, se entrelazó los dedos y se dedicó a mirar a la maestra. Le pareció lindísima, como algunas extranjeras que había divisado en las calles de Valparaíso y de Lima, o entre los pasajeros de cámara, a bordo de los vapores de la carrera. Su voz, de un timbre claro y metálico, le sonaba como una música. Tenía la boca grande y graciosa, que no le afeaba; los dientes blancos y parejos, la nariz fina y correcta. Había en sus movimientos y ademanes una elegancia natural, algo que estaba en el porte alto, en la silueta esbelta, que irradiaba desde bajo el arco de las cejas hasta el ruedo de las faldas que dejaban ver el pie pequeño y primorosamente calzado. Le costaba esfuerzo alterar la suavidad de sus modales. La mirada de sus ojos azules, afable de ordinario, se hacía severa sólo cuando se

desmedían los alumnos, mocetones cerriles que no tenían la más vaga noción del respeto que debían guardar a su maestra. Se movían sin motivo, se ponían en pie, se reían, escupían con ruido, pegaban adrede con sus "bototos" en los muebles. Eran un hato de borricos, o, si se prefiere, de marranos. **Papelucho** se dió cuenta en seguida, de por qué su presencia había sido recibida con tanto despego por la señorita. "Ah, nó! Pero él no sería así como los demás. El aprendería pronto y bien todo lo que le enseñasen. La gringuita (ya la había hecho inglesa) quedaría contenta..."

Llegó de lejos un pitazo agudo y vibrante, y antes que terminase de repercutir su eco, ya aquellos discípulos ejemplares se habían marchado, atropellándose, dejando sus libros y pizarras sobre los escritorios, sin decir siquiera "hasta mañana". Sólo quedaron la maestra y **Papelucho**, que se había levantado del asiento, pero que no atinaba a despedirse.

—¿Ud. no se va?—le preguntó Alicia.

—Buenas noches, señorita.

**Papelucho** estaba ya en la puerta cuando ella, ganada por aquella expresión de cortesía, le detuvo.

—Amiguito—le dijo—si Ud. quiere realmente aprender, pórtese bien y no perderá su tiempo.

—Eso Ud. lo verá, señorita.

—Sus compañeros no sacan mucho provecho, pero la culpa es de ellos. Ya me tienen aburrída. Si siguen así, creo que la escuela nocturna pasará a la historia.

El ex-tambor, envalentonado por estas declaraciones, expuso a la maestra las razones de orden sentimental que tenía para querer instruirse, y terminó prometiéndole que por él, personalmente, nunca sufriría la señorita una molestia. Entonces ella le dió un silabario y una pizarrilla, y lo despidió.

Difícil es que aquella noche haya habido en toda la extensión de la Pampa una criatura más feliz que **Papelucho**, andando marcialmente, casi al trote, hacia su cuarto del campamento. Se tendió en su camastro, pero no pudo conciliar el sueño. En la oscuridad, aún cerrando los ojos, se le representaba la visión de la escuela, la sala de clases iluminada, los muchachones ri-soteando y moviéndose, la maestra muy seria y muy triste, convencida de que no conseguiría nunca desas-nar aquellas naturalezas bastas y groseras. Veía, irra-diendo en la sombra, una cabellera rubia, unos ojos azules, una cara blanca y pálida, una sonrisa suave, unas manos de dedos largos y afilados, toda una silue-ta fina, como de criatura del otro mundo. Oía una voz dulce y sonora que le llamaba por su nombre, que se le quejaba del mal comportamiento de sus condiscípulos y hasta sentía, vagamente, oleadas de un perfume deli-cado, que sólo podía usarlo "una señorita", como era la maestra. La fiebre del insomnio lo hacía revolverse en el lecho. Escuchó el pregón de las horas, vibrante en el silencio de la noche, lanzado por los serenos. Em-pezaba a dormirse cuando resonó el pitazo que lo lla-maba al trabajo. La primera claridad del alba azu-leaba en los intersticios de la calamina...

Hasta mucho después no vino **Papelucho** a darse cuenta de que todo aquello era el amor, un amor loco, estrafalario; un amor de niño en cuyo organismo se desatan los fluídos de la pubertad. Para él, incapaz de apreciar ciertos matices del arco iris social, la maestra era una señorita, tan distinguida y tan por encima de todo como la señora del administrador, por ejemplo, algo tan alto y tan inalcanzable para un pobre roto desconocido, como pudiera ser un ángel para un sim-

ple mortal. Pero aunque se le hubiera dicho que todo eso era amor, no lo habría creído. ¿Cómo, sin volverse loco, olvidarse de lo que era él, **Papelucho**, un pobre chiquillo fugado de su casa, un antiguo palomilla del Puerto, un ex-tambor de regimiento, un infeliz arrenquín de fragua?

Esta adoración de su alma, sin embargo, este culto secreto que él no estimó jamás sino como un respeto exagerado, le sirvió inmensamente para progresar en sus estudios. Quizás, sin este aliciente, habría acabado por desistir de ello, pues le demandaba un desgaste de paciencia a que no estaba acostumbrado. Pero, sólo por no hacer sufrir a su ídolo, o por escuchar la palabra afectuosa con que "ella" recompensaba cada uno de sus pequeños triunfos, se empeñó en aprender, robándole aún horas al sueño y al trabajo, y bien pronto aventajó a todos sus discípulos. Alicia, ajena por completo al sentimiento que había inspirado, sentíase estimulada por el propio celo del muchacho, cuyos progresos evidentes eran como un resarcimiento de las amarguras que le costaba su tarea de enseñar—de enseñar día y noche, de enseñar a chicos y grandes—que se le iba haciendo como una penitencia bárbara.

Una noche, **Papelucho** se atrevió a mostrar a su maestra una carta—la primera escrita por él—dirigida a su viejo amigo el maestro Torres. Sonrió ella ante aquellos garabatos casi ilegibles, alterados con monstruosos borrones, pero no lo desalentó. Le ordenó que la guardase, a fin de que, pasado algún tiempo, constatare por sí mismo los errores. Mas, como viera pintada la impaciencia en la actitud de su alumno, se encargó ella misma de escribir otra, al tenor de lo que **Papelucho** le decía, dejando a éste el derecho de es-

tampar su firma al pie de tan interesante documento. En el anverso del sobre, **Papelucho** pudo leer, escrita con la hermosa letra inglesa de su maestra, la siguiente dirección: "Señor D. Alejo del C. Torres, Cerro de la Cordillera, Conventillo del Calzón Roto, Valparaíso", y en el reverso esta advertencia: "Si no es reclamada por el destinatario, devuélvase a José Luis Llanquilef, oficina Santa Claus, Cantón de Negreiros".

Hacia ya tiempo que **Papelucho** había dejado de asistir a clase. Sus compañeros, envidiosos y taimados, habían dado en zaherirlo, mofándose de él y tachándolo de adulón y de "patero". Para evitar incidencias y desórdenes, que a la postre vendrían a perjudicar al ídolo, comunicó a la maestra su resolución de estudiar solo, y le pidió, al efecto, algunos libros. Pero ella, entusiasmada con la idea de sacar de su mejor alumno un hombre de provecho, se comprometió a darle lecciones en privado, después de las horas ordinarias. La mamá de Alicia no aprobó estos proyectos, que significaban sólo un recargo de trabajo, pero hubo de rendirse ante la firme voluntad de su hija, y desde entonces **Papelucho** entró a recibir diariamente, por las noches, un paso de estudios de media hora o más.

Una sed ardiente de saber, una curiosidad loca se había despertado en el mayorazgo de Orellana. Ya leía de corrido y había repasado todos los libros de lectura elemental. Ante la resistencia de la joven para facilitarle otros, dió en comprar historias y novelas baratas a los agentes viajeros y a los mereachifles. Fué así cómo se leyó de punta a cabo **El Rústico Bertoldo**, **Joaquín Murieta**, **El Róbinson Crusoe** y **Las Mil y una Noches**... ¡Con cuánta ventaja entraron a reemplazar las estupendas relaciones del **Chilote**! Estudiaba, no obstante, con ahinco. La tabla pitagórica le puso en posesión de todos los misterios de la aritmética, adquirió nociones de cosmografía y geografía; le hincó el diente a la gramática, y llegó a darse una idea del mun-

do en una **Historia Universal**, con láminas, un grueso volumen de tapas rojas y cantos dorados que le prestó su maestra, y en cuya portada se leía: "Remember to Alice. A. T. R. Young.—Valparaíso, 1878".

Esta frase en inglés y el nombre de su ciudad natal, estampados en aquella página, lo pusieron soñador, primero, y luego despertaron en él un deseo casi tiránico de conocer el pasado de su ídolo, cosa en que hasta entonces no se le había ocurrido pensar. ¿Quién era Alicia Young y de dónde provenía? ¿Qué había sido antes de regentar una escuela en Santa Claus? ¿Era en realidad, como él suponía, descendiente de inglés y oriunda de Valparaíso?

Jamás se había atrevido a intentar siquiera averiguarlo a ella misma. Y como tampoco quería, por no sé qué extraño pudor, hablar a nadie de nada que se refiriese al ídolo, se pasaron los días sin que hubiese logrado adelantar un paso. Quizás nunca habría sospechado nada, si la casualidad no hubiese acudido en su ayuda. Disgustado de la pensión que se le proporcionaba, **Papelucho** había ya cambiado dos veces de cantina, y optó, a la tercera, por arrancharse en la fonda, donde se hacían pagar bien, pero servían a gusto. La primera noche, en el comedor, oyó mencionar "a la preceptora", y disimuladamente, prestó atención. Se murmuraba que el gringo (el gringo era el administrador) andaba a las vueltas y borneándole el ala a la maestraita, pero que ella no lo llevaba en los tacos".

—Al fin caerá... si acaso ya no ha caído!—insinuó uno.

—Quien sabe, quien sabe!... Icen que ella es una chiquilla güena.

Y **Papelucho** escuchó de labios de uno de los comen-

sales, que se decía muy bien informado, la historia de Alicia y de los motivos por qué se hallaban, ella y su madre, en Santa Claus. Su padre, Mr. Young, de la antigua firma importadora Shepherd Young y Cía., había sido un hombre muy rico. Especulaciones desgraciadas e infidelidades de los socios, lo llevaron a la ruina. Luego enfermó gravemente, una parálisis incurable lo agarró en el lecho, del de que ya no pudo levantarse. La viuda, una señora chilena, a quien nunca estimaron mucho los compatriotas del difunto, quedó en el mayor de los desamparos con sus dos hijos: Alicia, la mayor, y Tomás, que tenía apenas quince años a la fecha de la muerte de su padre. y que era a la sazón, en Iquique, empleado de un corredor de salitre. La Logia inglesa, de la que Mr. Young había sido venerable, le consiguió a Alicia esa plaza de maestra en Santa Claus, que ella aceptó valientemente. Papelucho no necesitó saber más. Recordó haber visto en alguna ocasión, a Mr. Fox, el administrador, llegar de visita a la casa de Alicia, pero jamás dió en su mente acogida a la menor sospecha, porque le pareció la cosa más natural. Mr. Fox, a quien empleados y obreros miraban con extraordinario respeto, era un australiano alto, seco, huesudo, de modales groseros hasta la brutalidad, para con sus subordinados, pero muy fino y correcto en sociedad. Afeitábase diariamente. Era meticuloso en cuanto se refiere al aseo personal y doméstico, y no se presentaba jamás a las comidas sino de rigurosa etiqueta. Vestía un poco a la manera de los militares ingleses de la campaña de Africa: sombrero de corcho, chaqueta cazadora, pantalones de montar y polainas ajustadas a las pantorrillas. Llevaba siempre una huasca larga como bastón (decía que era para los perros) y nunca se le veía desarmado: bajo la tela de la chaqueta se le diseñaba perfectamente la forma del revólver de gran calibre que colgaba a su cintura. Era evidente que Mr. Fox--ex-teniente de ejér-

cito, según se rumoreaba—creía que los “nativos” de Chile estaban, en cuanto a ferocidad, al nivel de los zulúes. Frecuentemente se ausentaba de la Oficina por dos días. El sereno mayor se encargaba de explicar que su jefe había bajado a Iquique, a una tenida de la Logia masónica; pero entre el personal se aseguraba que, sin perjuicio de ir a decorar las columnas, el objeto principal de estos viajes era cumplir con otros ritos bastante más profanos. De lo que pensase sobre esto Mrs. Fox, nadie sabía nada, porque ella, tan insignificante como orgullosa, no alternaba con nadie ni había quién le dirigiese la palabra. Aquella inglesa vivía en un espléndido aislamiento, y se aseguraba de ella que regresaría a su patria sin hablar ni entender una frase en castellano.

Algunos días después, una noche en que **Papelucho** llegó, como de costumbre, a casa de Alicia, a dar y recibir lecciones, encontró a la maestra en un estado de nerviosidad inexplicable. Se conocía que había llorado mucho, las manos y la voz le temblaban cuando le dijo: —Venga mañana, José Luis. Hoy no me siento bien...

Inclinó el muchacho la cabeza, se puso los libros bajo el brazo, dió las buenas noches y se retiró. Pero, apenas en la calle, comprendió que algo grave, que algo inusitado estaba ocurriendo en aquella casa, de ordinario tan tranquila. La figura de Mr. Fox cruzó como un celaje por su imaginación. Y obedeciendo a un ímpetu extraño, sin pensar siquiera en lo que hacía, dió un rodeo por detrás de la escuela y fué a tenderse al otro lado con la oreja pegada a la pared de calamina, tras de la cual—él lo sabía bien—estaba el cuarto que Alicia y su madre habían dispuesto como sala de recibo. Al principio, no oyó nada; pero luego su oído, aguzado por

años de ejercicio en el atisbo y el espionaje, percibió frases sueltas, vagos rumores que fueron haciéndose cada vez más claros y distintos. Como él lo presentía, estaba allí Mr. Fox y era suya la voz de hombre que se expresaba en inglés, y sólo muy a lo lejos, en un pésimo castellano. La otra voz era la de Alicia, que hablaba en uno y otro idioma. **Papelucho**, como buen porteño de las playas, chapurreaba la jerga semi-británica, familiar a fleteros y vaporinos; pero no lograba penetrarse del fondo del diálogo a que asistía desde la sombra y que se iba animando por momentos hasta parecer una disputa. Afortunadamente, la joven prefería el castellano, y **Papelucho**, acostumbrado a las inflexiones de aquella voz, que le encantaba tanto, se dió pronto cuenta de lo que el jefe exigía y ella se obstinaba en negar.

—Es una cobardía, Mr. Fox—decía ella.—Esto no es propio de un gentleman. Haber urdido una mentira para hacer ausentarse a mi madre, y pretender abusar de este modo.

El insistía, interrogando. Se conocía que estrechaba el asedio. **Papelucho** advertía que elevaba el tono de sus frases, las que vibraban enérgicas y cortantes, como si amenazasen. Después se oía apenas un murmullo. Se alzaba de nuevo la voz de ella, ora en inglés, ora en castellano, siempre temblorosa, defendiéndose, negándose... Pasaron así algunos minutos, quizás un cuarto de hora. Se oyó un ruido de muebles que se retiran, de sillas que caen; luego, un sollozo inmenso, desesperado. Luego no se oyó más.

**Papelucho** no volvió a casa de la maestra. Como en realidad, le habían mejorado el salario, aumentándole también el trabajo, tuvo a la mano un buen pretexto para excusar la suspensión del curso. Llegó después, devuelta por el correo de Valparaíso, la carta escrita

por Alicia y firmada por él, para el maestro Torres. Traía, a tinta roja, la siguiente anotación encima de una constelación de sellos: "no existe en la dirección indicada".

—O se ha cambiado a otra parte... o está en el Cementerio,—pensó, conservando la carta como si fuese una reliquia.

Nunca había sufrido y llorado como entonces. Porque el golpe, tan cruel como inesperado, le había abierto los ojos... Y ahora, al dolor de ver pisoteado su insensato amor de niño, tenía que agregar la vergüenza del ridículo. Seguramente, nadie en la Oficina conocía su secreto; pero de sí mismo no podía ocultárselo, y esto sobraba para su tortura. Además, las murmuraciones seguían cundiendo por el campamento, y no pasaba día sin que **Papelucho** probase el trago amargo de comentarios injuriosos para el buen nombre de su ídolo. Se mordía los labios, humillado por la convicción de su pequeñez y su impotencia ante la realidad aplastadora. ¿Qué más podía hacer? Meses más tarde, desde la fragua donde golpeaba con el macho un eje enrojecido, las vió pasar a "ellas" en dirección al carrito de sangre que las llevaría a Negreiros, la más próxima estación del ferrocarril salitrero. Nadie las acompañaba, aun cuando marchaban para no volver. **Papelucho** creyó advertir en ambas un aire de tristeza y de abatimiento inexpresables, y comprendió, para su mal, que esta vez había acertado la suspicacia del vulgo. Incliné la cabeza y golpeó fuerte, muy fuerte, porque las lágrimas se le venían en tropel y era necesario atajarlas. El carrito partió, por fin, al trote de las mulas, y el muchacho se mantuvo con el oído atento hasta que el traqueteo de las ruedas se perdió en la distancia. ¡Adiós, dulce y cariñosa maestríta, ídolo caído que te alejas devorándote en silencio tu oprobio y tus lágrimas, sin sospechar que dejas junto a la fragua a un aprendiz de herrero con el corazón ardiendo al rojo!...

Por la noche, alrededor de la mesa, entre risas y di-  
charachos grotescos, se echó sobre la honra de Alicia  
Young la última paletada de tierra. El fondero, en-  
tusiastado ante aquel plato más sabroso que los de su  
cocina, lo espolvoreó con este comentario:

—Lo más rico es esto: que a Mr. Fox lo han expul-  
sado de la Logia!

## APRENDIENDO A VIVIR

Un desaliento infinito se apoderó de **Papelucho**. Su crisis sentimental—que él mismo no sabía apreciar—había coincidido en él con el despertar de la pubertad, con esa vaga y misteriosa revolución que se opera en la personalidad al influjo de las fuerzas ciegas del sexo o de la especie. Y esto hacía más radical y profundo el sacudimiento de su sér moral. A despecho de la horrible corrupción del arroyo y de las promiscuidades del barco y del cuartel, **Papelucho** se había mantenido casi casto. No es esto inverosímil, tratándose de una naturaleza sana, sin tendencias morbosas ni inclinaciones a la perversión. El lo sabía todo, nada podía tomarle de sorpresa; pero no había logrado contaminarle ninguno de los vicios de que oía hablar con la mayor naturalidad en torno suyo, a grandes y a chicos. y en tierra como a bordo. El fenómeno de las “flores de fango” nacidas en las últimas estratas sociales, no es tan raro como podrán suponerlo observadores superficiales. **Papelucho** era uno de estos casos. Sólo ahora, pasados los quince años, y simultáneamente con su primera decepción de amor, sentíase aguijoneado de una persistente curiosidad hacia todo cuánto pudiese relacionarse con la vida sexual. Necesitaba olvidar, por otra parte; disipar la pena negra que le roía a todas horas, llenándolo de confusión y de vergüenza.

Dejóse, pues, llevar a la deriva por la corriente de la crápula pampina. Primero fué el idilio furtivo, a espaldas de los serenos, tras de los ripiales, con las muchachas del campamento; la borrachera menguada en la fonda o en casa de algún obrero amigo de las juergas. Después fueron los viajes a los pueblos, a cada fin de semana, la "remolienda" estruendosa en los "salones", las cuecas con tamboreo y huifa, las ruedas de ponche o de cerveza y el amor brutal, el amor sórdido y plebeyo con mozas del partido, "chinongas" pintarrajeadas, pobres hembras traídas del sur por empresarios tenebrosos con la tolerancia de la policía.

Fué aquella época la única de su vida en que sintió afición a los libros pornográficos y a las estampas obscenas, contrabando generalizado en las oficinas.

Muy a lo lejos, generalmente al comienzo de la parranda, cuando aún el alcohol no había entorpecido por completo sus facultades, en ese instante efímero de la "chispa" espirituosa, el recuerdo de su madre y sus hermanos, despertaba en su alma el torcedor del remordimiento. Advertía que no era aquello lo que se había prometido a sí mismo al alejarse de su casa, que ese **Papelucho** ebrio y despilfarrador, enamorado y jactancioso, no era el **Papelucho** que habían conocido y aconsejado para su bien el maestro Torres, y el fogonero Llanquilef. Pero se conformaba pensando que ya había hecho todo lo posible por comunicarse con su familia, que no era más que un pobre diablo sin hogar y sin afectos, y que acaso su destino fuese el de parecerse a su padre... Bebía entonces más, bebía con ansias y concluía por ponerse a tono con el resto de la comparsa, mirando chiquitito al mundo. Tuvo dos o tres reyertas de burdel y de taberna, se desafió a pelear a puñetazos, fué siempre feliz en el pugilato y sentó fama de "zaino". Llegó a ser la primera mano, el campeón de la Oficina. Venció, entre otros, al **Chanfaina**, de los niños diablos de Negreiros, que se

tenía por muy seco. Pero la mañana de un lunes lo encontraron tendido en un rajo, sobre un charco de sangre, con la espalda deshecha a cuchilladas. Lo bajaron al Puerto (en la Oficina había médico, pero no hospital ni elementos para la atención de accidentados), y estuvo dos semanas entre la vida y la muerte.

Cuando recobró los sentidos y volvió a adquirir la noción de la realidad, vió junto a su cama a la Santitos y a María del Tránsito, que lo miraban aflijidas. El de la familia de don Nica fué el único auxilio moral que había tenido en su agonía. En el hospital, desde el médico-jefe hasta el último practicante, lo daban ya por muerto. Había perdido mucha sangre, pero lo peor era que las heridas se habían infectado: todo el dorso, de la cerviz a la cintura, aparecía como una sola llaga purulenta.

—Buena cosa, niño! Al fin te resolviste a vivir...— le dijo la cariñosa mujer, con la cara resplandeciente de júbilo.

María del Tránsito, arrimada a su madre, se puso hasta bonita para sonreírle. **Papelucho** sentía una sed que le quemaba las entrañas, y pidió agua. Olvidado de todo, trató de incorporarse; pero el dolor horrible de las heridas lo obligó a tumbarse de nuevo, quejándose, y con el rostro descompuesto por una mueca atroz. Trajéronle de beber, y ya más aliviado, oyó de labios de la Santitos, lo que no sabía: lo habían recogido como un muerto en el fondo de una calicheira y traído en camilla al hospital; ellas lo supieron en seguida y acordaron, con la aprobación de don Nica, dejar la casa al gobierno de una comadre y venirse al Puerto a cuidarlo... o a ayudarle a bien morir. **Papelucho** no halló palabras con qué agradecer tanta bondad. Debili-

tado como estaba, se le anudó la voz en la garganta. Mordió los flecos de la colcha, por no sollozar, y a duras penas reprimió las lágrimas, pensando que, de morir, no le habrían botado al basural como a un bicho dañino, "porque a nadie le falta Dios".

Al verle, al día siguiente de mañana, muy tranquilo y ya casi sin fiebre, el médico sonrió.

—Carne de perro... Es mucha cosa!—exclamó.—Este ya no se muere.

Y se apresuró a examinarle las heridas, disponiendo que se le llevase en el acto a la sala de curaciones.

—Tambor del Atacama, patrón!—le repitió **Papelucho**, estimando, no sin razón, que con un patriota como él, con un veterano de la reciente guerra, se habría de tener un poco de consideración.

—¡Ah! ¿con que hiciste la campaña?

—Las tres campañas, patrón.

—Y ¿te respetaron las balas?

—Ya ve, pues, patrón; lo que no hicieron los cholos, lo ha venido a hacer un paisano.

—¿De modo que tú sabes quién fué?

—No sé patrón. Algún cobarde tiene que haber sido no más. Pa pegar a la mala...

**Papelucho** sabía quién era el autor de aquel atentado. Regresaba del pueblo a la Oficina, de madrugada, para no retrasarse. Se había divertido en grande en el Salón de la Buenamoza, y ahora iba, a tastabillones, por entre los cascajos del camino, con muchas copas en el cuerpo y sin un solo centavo en el bolsillo. De repente sintió una puntada, terrible como un mordisco, a la altura de la paletilla, se le doblaron las piernas y cayó de bruces, a tiempo que oía una voz—la voz del **Chanfaina**—que le gritaba:

—Toma! Pa que aprendáis a guapo!...

Era, pues, aquel roto aññado su heridor. Pero, siguiendo la costumbre inveterada de los hombres de nuestro pueblo, no habría revelado su nombre ni en

secreto de confesión. ¡Otra cosa sería si el **Chanfaina** no lo hubiese pillado a traición! Porque también él, desde chiquillo, cargaba al cinto su "pico de buitres", y no era de los muy maneados. Como había guardado reserva con el médico, también la guardó con la policía, de la que un inspector acudió por la tarde a hacerle un cuestionario. **Papelucho** no sabía nada, ni nada podía sospechar...

—Seguramente me han confundido con otro—dijo— como deseoso de cortar el interrogatorio.

La Santitos y su hija, en cuanto le vieron fuera de cuidado, regresaron a la Pampa. Le dejaron libros, cigarrillos y algún dinero, y él les prometió que, en caso de decidirse también a subir, trataría de encontrar acomodo en la Oficina "Emperatriz", donde ellas residían, para volver a hacer vida en común. Realmente, **Papelucho** no tenía al respecto pensamiento fijo. Se repetía lo del hospital de Lima: soñar, recordar, imaginar... A ratos pensaba en irse a las salitreras nuevas de más al sur, al Toco o Antofagasta. Otras veces divagaba en quedarse en el Puerto y dedicarse al comercio ambulante, o con embarcarse en un buque de vela que diese la vuelta al mundo. Cuando se aburría de hacer planes, leía o conversaba con los enfermos de las camas vecinas, a quienes les gustaba sobre manera que el muchacho les contase sus aventuras de la guerra, asuntos que le tenían hartos, pero que él aprovechaba para hacerse simpático.

La curación fué larga y penosa. Cuando el dolor le arrancaba, a pesar suyo, alguna queja, el **practicante** le decía:

—¡Buena cosa de hombre! Y cómo dice que ha sido de los guapos del Atacama!...

Otras veces, buscando apaciguarlo, hablábale de que estaba en su conveniencia sanar lo más pronto para que le devolviese la mano al que le había hecho aquella gracia.

—Porque a mí no me venga con cuentos, amigazo. Usted sabe quién ha sido el que le ha hecho los piquetes... Y usted ha de ser de los amargos p'al cuchillo.

Todo esto lo tenía sin cuidado a **Papelucho**, porque estaba resuelto a no tomar desquite y a no volver a las andadas. La guerra lo había hastiado de la sangre, y la crápula también ya lo tenía "hasta los mismos topes". Era necesario, como decían a bordo, dar máquinas atrás.

Una mañana lo ayudaron a vestirse, y le permitieron salir al patio a que tomase un poco de aire. Ya era tiempo, pues le parecían infinitos los días que había pasado entre el yodoformo y las gasas fenicadas.

Estaba muy débil, paliducho, anémico, y el calorciello temperado de los corredores le sentó muy bien. Desde entonces pasó fuera de la gran sala común de los enfermos casi todo el día, leyendo, meditando, o de charla con otros convalecientes. Entre las monjas del hospital, prefería a una que había servido en la Cruz Roja durante la campaña, y con la cual hacía recuerdos de Valparaíso, de Lima y de otras ciudades, manifestándose ambos de acuerdo en que la guerra era una cosa brutal, que no debiera existir. La Hermana era francesa, de Bretaña, tenía los ojos azules, de mirada dulce y timbre de voz plateado y musical. **Papelucho** contemplándola, se acordaba involuntariamente de su maestra de primeras letras.

Otro motivo, más justificado, tuvo un día para recordar al ídolo. De lejos, deslizándose discretamente

por un pasillo, vió una silueta de mujer vestida de negro, en quien, con un salto del corazón, creyó reconocer a la señora madre de Alicia Young. Indagó, como pudo, y le dijeron que, efectivamente, era ella, y que venía todas las mañanas y todas las tardes a visitar a su hijo, el joven Tomás Young, que ocupaba un departamento en el pensionado. **Papelucho** experimentó viva curiosidad por saber qué enfermedad era la que lo había traído al hospital, y previa propina, inquirió el dato a un velador. El sirviente, sin dejar de guardarse las monedas, se limitó a sonreír con cierta malicia y a encogerse de hombros. **Papelucho** tenía ya sobrada experiencia para darse por satisfecho con un gesto tan elocuente, y pensó, con cierta egoísta complacencia, que él había tenido más suerte que el hermano de Alicia... A poco lo dieron de alta y salió del hospital, sin haber conseguido hacerse ver de la señora Young.

Vagó por la ciudad algunos días. Tomó hacia el Colorado y trató de reconstruirse la escena del combate naval. En el sitio preciso del hundimiento de la **Esmeralda**, sobre una boya fija, flameaba la tricolor. Rememoró la tragedia, que más de una vez había narrado, haciéndose pasar por sobreviviente de la corbeta. Sonrió, pensando en el **Chilote**, y se dijo, que del mismo modo terminaría él su vida errante y aventurera, en ésta o en otra parte del mundo. ¿“Qué más daba? Somos cosa que pasa, basura que se lleva la ola... Papeluchos...” Se representaba a Llanquilef, desnudo, de espaldas en la arena, con los ojos de cadáver clavados en la altura y el hermoso tatuaje, que era su orgullo, atravesándole el pecho. No podía imaginárselo esqueleto, ni devorado por los peces. La guerra le había dejado para siempre en la boca y en el alma

el asco de la sangre, y, sin embargo, no podía dejar de recordar las palabras de aquel héroe anónimo dichas a él mismo en los momentos en que se iba de aventura con la muerte: "el hombre es animal de presa". Debía de ser así, puesto que en todas partes no había sino odios, competencias, disputas e intrigas entre la gente. Por algo andaba él lejos de su casa, solo, desamparado, a tropezones con el destino, hasta el punto de caer apuñaleado por la espalda....

Se iba otras veces a Cavancha por la larga y asoleada playa, más no a aprovecharse de las chinganas y sitios de placer allí establecidas, sino a presenciar, evocando remotas horas de su niñez, las operaciones de la pesca. Se entretenía también en la ribera, observando las faenas de las bodegas del salitre. Rotos hercúleos, de ancho y velludo tórax y gruesas pantorrillas, se echaban a cuestras enormes sacos y corrían con ellos hasta los buzones del muelle, por donde rodaba la carga a los lanchones que la llevarían a bordo. El sabía que esa sal blanca y picante iba a ser abono para la tierra, al otro lado del mar, y pensaba que, mientras tanto en la pampa árida y rojiza de donde los trabajadores la extraían, no había una planta ni una flor. Esto lo hacía volver los ojos a la "querencia" y evocaba, casi con lágrimas, las arboledas y los matorrales de los cerros, las lindas casa-quintas de los extranjeros, los huertecillos pobres que saqueaba de niño y las quebradas borbotantes en donde pataleaba con el agua a la rodilla.

A todo esto, se le agotaban los recursos, y no se encontraba aún, físicamente, en condiciones de afrontar ninguna tarea un poco dura. Al salir del hospital, asustóse él mismo de la imagen demacrada y exangüe que le devolvía el espejo, y ahora no se hallaba mucho mejor. Decidido estaba a irse de aventura, a contratarse en cualquier barco que lo llevase lo más lejos, siguiendo el ejemplo de Llanquilef, y hasta andu-

vo rondando alrededor de las casas de enganche. Pero le era de todo punto indispensable ser el de antes, reponerse, volver a echar un poco de carne. Por otra parte, ¿no sería una ingratitud manifiesta no ir a despedirse de don Nica y de su familia? Evidentemente. Y sin pensarlo más, y sin visitar ni por curiosidad los salones del Puerto, tomó el tren y se internó en la Pampa.

La voz grave de don Nica, la sonrisa maternal de la Santitos, y los cariñosos ojos de María del Tránsito, lo arraigaron de nuevo. Desistió de su proyecto de embarcarse, y apenas restablecido del todo, se quedó a trabajar como aprendiz de tornero en la misma oficina "Emperatriz". Esto importaba a todas luces, un ascenso, y era el primer fruto de sus esfuerzos de escolar. Reanudó en cierto modo la vida familiar que hicieran antes. Sólo faltaba Perucho, que, a raíz de ciertas severas reconvenciones que le propinó don Nica, había desaparecido sin dejar rastro. El muchacho, según la expresión corriente, se había puesto demasiado "libertoso", y el viejo barretero, jefe de hogar a la antigua, celoso de la patria potestad, no se lo podía permitir. "Si quería libertad, que la tuviese, pero lejos de su casa y de la vista de sus padres". María del Tránsito, la morenucha, seguía mirando al porteñito con ojos amartelados. **Papelucho** no se daba por aludido, considerando a la muchacha como si fuese su hermanita menor, la regalona, a quien quizás ya nunca volvería a ver. Pero ella no perdía ocasión de demostrarle que lo quería, y deseaba que la quisiesen de otro modo. Tenían, tanto ella como su madre, atenciones exquisitas para el huésped, y se preocupaban por él aún más que si perteneciese realmente a la familia. El se limitaba a dar las gracias y a prestar sus libros a

María del Tránsito, deseoso de que la muchacha se instruyese un poco. Ella prefería ocupar el tiempo en acicalarse, y en materia de lectura, no le gustaba más que el **Oráculo Novísimo** y el **Secretario de los Amantes**, con el lenguaje de las flores como apéndice...

Entre los pensionistas de la cantina había un obrero a quien llamaban el **Alguacil**—mecánico de la maestranza, como el ex-tambor—hombre de carácter reconcentrado y tímido, que por lo general tomaba parte en las conversaciones sólo en calidad de oyente. Era pálido y tenía unos ojos inmensos que le blanqueaban, especialmente por las tardes, cuando volvía del trabajo, enhollinado por el tizne de las máquinas en postura. No era hombre de malos antecedentes; pero se decía “que le había ocurrido una desgracia”, origen de su persistente melancolía. Entre **Papelucho** y él, no se habían cambiado más que las tres o cuatro fórmulas banales de saludo. En una ocasión, terminada la faena, el **Alguacil** lo llamó aparte.

—Oiga, compañerito, una palabra.

**Papelucho** se acercó, y ambos tomaron, a paso lento, hacia el lado del botadero de ripios. El muchacho esperaba, andando, y el otro parecía no decidirse a hablar. Al fin, dijo, con esfuerzo evidente:

—¿A usted le interesa la chiquilla, compañero?

—¿Qué chiquilla?—preguntó **Papelucho**, ingenuamente.

No creyó el **Alguacil** en la sinceridad de la pregunta, y arrugó el entrecejo. A su juicio—feliz egocentrismo de los enamorados—todo el mundo debía hallarse interesado en el proceso de sus sentimientos.

—No se haga el de las chacras—insistió.—Usted sabe demasiao que a mí me gusta la María 'el Tránsito.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Si es la primera vez que me habla d'esto...

—Güeno, compañero. Yo la quiero con güen fin. Yo quiero casaca, ¿entiende? y por eso le hacía esa pregunta, porque se ve de lejos que la chiquilla anda hería en el ala por usté.

—No embrome, compañero! Si la María del Tránsito es pa mí como una hermana.

—No igo que nó. Pero vamos a ver los pensamientos d'ella.

**Papelucho** le manifestó que no debía tener ningún cuidado, que presentase no más su candidatura en serio, y que, si era necesario, "él les tocaría el violín". El **Alguacil** le dió las gracias, pero no parecía satisfecho ni conforme. **Papelucho**, más listo, comprendió a dónde iban sus pretensiones.

—Lo que hay es que usté quiere que me retire 'e la casa, ¿no es cierto? y le eje el campo libre...

—Algo pareció a eso.

—Güeno, me iré por darle gusto, y pa que vea que soy hombre.

—Yo no le obligo, compañero—dijo emocionado el **Alguacil**—ni tengo ningún derecho. Lo que pienso es que mientras usté no se vaya 'e la casa, de la chiquilla no conseguiré renunca que me 'e una esperanza.

**Papelucho**, sin dar explicaciones, porque no pudo hablar ningún pretexto razonable, se fué a vivir a un cuarto en compañía de otro "tiznado" como él, y tomó pensión en la fonda. Sólo una vez a la semana llegaba por casa de don Nica, donde se jugaba lotería, se repetían las historias ya narradas y se comentaba la crónica de la faena. Rara vez aparecía en la sala María del Tránsito, y la Santitos decía que la disculpasen porque la pobre estaba con dolor de cabeza. Esto significaba sencillamente que el **Alguacil** no avanzaba en el camino de sus pretensiones, y, en efecto, un día, a la vuelta de muchos rodeos, se atrevió a insinuar a

**Papelucho** la conveniencia de buscarse trabajo en otra parte. El muchacho encontró que a su compañero se le pasaba la mano, y así se lo manifestó.

—Entonces, por favorcito, eje de ir un tiempo a la casa. Después que la chiquilla haiga dao el sí, puee seguir yendo.

A **Papelucho** le entraron unas ganas locas de reirse. ¿Qué tendría la **María del Tránsito**, tan feecita como era, para que el **Alguacil** anduviese con los sesos derretidos por ella? Le dió en el gusto al enamorado. Se ausentó varias semanas, que fueron de un aburrimiento colosal, y una tarde, a la hora del lunch, vió, por fin, venir hacia él al **Alguacil**, con la cara radiante y un brillo nuevo en los ojazos.

—¿No ve, compañero? ¿Qué le icía yo! Ya está too arreglao...

—¿La convenció a la chiquilla?

—Pa fin de año nos casamos.

**Papelucho** lo felicitó, realmente contento, porque esta solución (en la que veía la mano de la Santitos) significaba también para él posibilidad de volver a disfrutar de unas veladas menos insípidas y más sin compromisos que las de la fonda. El **Alguacil** y **María del Tránsito** se casaron entre Pascua y Año Nuevo. La Administración facilitó a los novios y a su comitiva el carrito que los llevó al pueblo y los trajo de nuevo a "Emperatriz", cumplidas ya sus respectivas funciones por el párroco y el oficial del Registro Civil. **Perucho**, que estaba trabajando en un cantón vecino, asistió a las bodas y se reconcilió con su padre. Fue una fiesta de dos días, que hizo retumbar el campamento con la algarabía de los acordeones, las guitarras, los palmoteos y los gritos. Don Nica, que aborrecía el alcohol y maldecía de los borrachos, "se anduvo apuntando", como lo declaraba él mismo con cierto rubor. La Santitos, acostumbrada a sus labores, hizo heroicamente los honores de la dueña de casa. Todos pare-

rían entusiasmados; pero, en realidad, había sólo una persona feliz hasta el delirio: el novio; otra, que se sentía con la muerte en el alma: la novia, y otra a quien todo le resultaba indiferente: **Papelucho**.

El hombre de nuestro pueblo tiene, indudablemente, instintos nómades. Pero para hablar con entera verdad, debe decirse también que muchas veces no lo empuja a moverse su inquietud innata, sino circunstancias a que es su voluntad completamente ajena. Tal era el caso de don Nica, por ejemplo, emigrado de su provincia con motivo del broceo de las grandes minas y a quien la cesantía—consecuencia de una injusticia flagrante—había hecho salir de la oficina en que vivía y trabajaba normalmente. Y tal era también el caso de **Papelucho**, a quien los amores y ahora los celos de un compañero de trabajo, ponían en un trance difícil. El **Alguacil** era un hombre torpe, de esos que opinan que el amor se cría y que se puede querer por obligación. Al principio, cuando vió a **Papelucho** volver a frecuentar la casa de sus suegros, con quienes él vivía, nada pareció inquietarle; pero luego, ante el despego manifiesto de María del Tránsito, comenzó a dar muestras de un mal humor y de una suspicacia insoportables. Había en aquel interior humilde y plácido, un elemento nuevo y discordante, y la armonía estaba deshecha para siempre. Se suscitaron escenas, lágrimas, reproches, protestas, hasta discusiones agrias y violentas. **Papelucho** comprendió la disyuntiva fatal: o el nuevo matrimonio hacía casa aparte, o él dejaba de visitar la de don Nica. Esto último le pareció más expedito, como que dependía de su voluntad, y resolvió ponerlo en práctica en seguida. Pero todavía hizo más; seguro de que en todas partes faltaban brazos, pidió

arreglo en el escritorio, dirigió a don Nica una carta de despedida para todos y se marchó. En el andén de la estación, a tiempo de tomar el tren, tuvo un encuentro curioso: con grillete al pie derecho y esposas en las manos, vió, sentado en un escaño, bajo la custodia de dos guardianes al **Chanfaina**. Hundida la cabeza entre los hombros, demacrado y barbilampiño, dirigía en torno esas "miradas de perro malo", características del criminal que se ve expuesto a la espectación pública. El roto aniñado había muerto a puñaladas, (seguramente a traición) a un camarada de aventuras y ahora lo llevaban a la cárcel de Iquique. **Papelucho**, de pasada, lo miró al fondo de los ojos, obligándolo a bajar la vista, como una bestia acorralada. Fué su única venganza.

## NOTICIAS DE LA FAMILIA

Pasaron algunos meses, iguales, áridos, monótonos, como la Pampa misma.

Para el obrero de las oficinas no hay más diferencia, entre unas y otras, que el mejor o peor trato que recibe. **Papelucho** había vuelto a ocupar su sitio de antes en la maestranza de Santa Claus, y, excarmentado de la vida mala, buscaba ahora en la lectura el lenitivo de su brutal aburrimiento. No le importaba que los otros, los que se burlaban de él porque lo veían de cabeza en los libros, lo buscasen por su parte en el fondo de la copa, en los palos de la baraja o en los labios, embadurnados de rojo, de las bestezuelas del vicio.

De nuevo le acometieron unos deseos ardientes de saber de su familia. A menudo leía, en la cuarta página de los diarios de Iquique, avisos por los que se pedían noticias de algún ausente, cuyo paradero se ignoraba. Pero, ¿cómo recurrir él a ese procedimiento, cuando estaba en su interés mantener indefinidamente, el incógnito? Cavilando acerca de ésto, había resuelto solicitar de un compañero que le prestase su nombre para escribir, por su intermedio, a Rosa del Carmen. Pensaba en quién valerse, que no fuese egoísta ni indiscreto, cuando la misma prensa se encargó de llevarle informaciones! No las que esperaba, no las con que so-

ñaba día y noche... Por mucha fantasía que tuviese, por mucho que divagase, leyendo o meditando, jamás pudo presentir el golpe que ahora, en cuatro líneas impresas, le venía desde tan lejos. En la sección telegráfica de Valparaíso, decía el diario de Iquique:

### HORRIBLE CRIMEN EN EL CERRO ALEGRE

“Ha producido consternación un horrible crimen que se ha cometido anoche en el tranquilo barrio de Cerro Alegre, en la persona de dos conocidos vecinos de la localidad, los esposos Villeneuve, de nacionalidad francesa.

Sorprendidos durante el sueño, ambos han sido apuñaleados alevosamente, en su propio lecho, por los cobardes victimarios. Los asesinos se han entregado después al saqueo, pues las cómodas y todos los muebles aparecen registrados y en el más completo desorden.

La servidumbre ha sido detenida preventivamente. Se ha aprehendido también a un sujeto de pésimos antecedentes, de apellido Orellana, sobre quien recaen vehementes sospechas de que se halle comprometido en este bárbaro atentado, que tiene consternadas a las familias, especialmente a las que componen la respetable colectividad francesa en la que los extintos disfrutaban de gran aprecio y consideración”.

El estilo, como se ve, bastante ramplón, tenía la marca de fábrica de la gacetilla universal. Pero **Papelucho** no estaba preparado para apreciar defectos ni bellezas de lenguaje. Y, además... aquello se veía claro, aquello no admitía la menor duda: esos esposos Villeneuve, del Cerro Alegre, eran los protectores de sus padres, los antiguos patrones de Rosa del Carmen, y ese indi-

viduo de apellido Orellana, no podía ser otro que Saturnino! Era tan grande, tan espantoso aquello, que el niño se obstinaba en dudar. Los codos sobre la mesa y el diario abierto delante de sí, hundió la frente entre las manos, con desesperación infinita... Aquello era mucho más grave que cuanto pudo imaginar. Su padre, asesino... Su padre, robando, apuñaleando, con las manos chorreantes de sangre... Ahora ya estaba preso, lo procesarían, lo harían confesar, lo fusilarían... Las palabras proféticas del maestro Torres—"carne de presidio"—se le dibujaron como a fuego en el cerebro. Y recordó, instantáneamente, todas las granujadas, todas las perrerías de Saturnino: cuando empuñaba las herramientas y la ropa, cuando le rapiñaba el dinero a Rosa del Carmen, cuando le hurtó su primer par de zapatos, cuando lo hizo saltar a él mismo por sus amigotes... Ay! Y cuántas habría hecho ya, para descender a tanto! Felicitóse el niño de haber adoptado otro apellido,—el apellido de un valiente,—y pensó luego en su madre, la eterna mártir, llegando a desear de corazón que hubiese muerto. El estaba seguro de que, en tal caso, se hallaría gozando de la gloria de Dios, ganada a costa de tanta resignación y de tamaños sufrimientos. Pero, ¿y sus hermanitos?

Hallábase en el comedor de la fonda. Había un gran ruido y un gran tumulto, pero él no oía ni veía nada, ensimismado, entenebrecido. Alguien, un compañero, le tocó en el brazo y le pidió el diario, que era de uso común.

—Llévatelo—le dijo.

Pronto advirtió que lo leían en grupo, y por no tener el dolor de volver a escuchar lo que ya sabía demasiado, salió a la calle y se hechó a vagar, sin rumbo ni objetivo. Se sintió afiebrado, con la boca seca y amarga, y una laxitud muscular semejante a la de la "bola de fuego", que sigue a las grandes borracheras. Le martilleaba el cerebro la idea de su padre asesino,

criminal, manchado de sangre como el **Chanfaina**, y como tantos otros que la justicia tenía castigados y había aún de condenar.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—se preguntaba. Le parecía horroroso, inaudito, que ante una desgracia tan grande para él, todo siguiese igual, indiferente, inmutable; veía el cielo, como todas las noches, limpio, azul, con su millón de estrellas goteantes; la Pampa, en un vasto silencio de campo-santo; la faena, como siempre, revelándose en martillazos de fragua, en bufidos de motores, en crepitar de engranajes y chirridos de correas. Nadie sabía, ni a nadie le importaba, que allá lejos, en un cerro, de la gran ciudad marítima, el padre de José Luis Llanquilef hubiese apuñaleado alevosamente a dos personas, cansado él de recibir, antes que ellas de hacerles beneficios. El cielo, la tierra, los hombres, no tenían nada que ver con aquel dolor y aquella vergüenza de su vida... Determinaba de repente irse a Valparaíso, y sin darse a conocer sino de su madre, entrar a proteger a toda la familia. Pero advertía en el acto que no tenía dinero, que sus devaneos de mozo diablo y sus tres meses de hospital lo habían dejado, como se dice, a brazos cruzados y tendido de espaldas.

Apenas, vendiendo los pocos efectos de uso personal que poseía, lograría reunir para el pasaje. Y luego, ¿qué haría en aquella inmensa ciudad, a la que llegaría ya como un extraño, casi como un extranjero? Si no lo reconocían, nadie tendría miramientos para con él; y si lo reconocían, mucho peor aún. Poco profundas serían las aguas de la bahía para esconder en ellas su humillación y su ignominia. ¿Traerse a su familia al norte? ¿Y cómo? ¿Con qué medios? Comenzaban a establecerse los enganches de gente; pero, ¿qué firma industrial querría hacerse cargo de una mujer envejecida por la miseria y los desgastes físicos, y de una parvada de chicos casi inútiles para cualquier trabajo?

Volvió, desesperado siempre, a la fonda. Una "tinca", uno de esos ciegos impulsos supersticiosos de nuestro flaco espíritu, lo arrastró al garito. Al principio lo favoreció una racha, después empezó a perder, hasta quedar sin un centavo. Bebió a cuenta de los gananciosos y se fué a su cuarto, en donde, como un fantasma sombrío, lo agarrotó el insomnio. Al día siguiente, con impaciencia, apenas disimulada, compró los diarios que trajo el tren del Puerto. Como él lo presentía, ampliaban las noticias anteriores sobre el crimen, y suministraban nuevos detalles reveladores, que no dejaban ya duda alguna acerca de la culpabilidad del presunto asesino.

Se decía que en el domicilio de Saturnino Orellana (ya se daba su nombre) se habían encontrado prendas de ropa ensangrentadas y monedas de oro y plata, cuya procedencia no supo explicar satisfactoriamente. A propósito de ésto, se hacía una descripción folletinesca del increíble abandono en que el reo mantenía su casa y su familia, de la miseria profunda en que vivía, y se dejaba establecido que Saturnino era la broza entre los de su clase, un vago y un borrachín empedernido. Se mencionaba también a Rosa del Carmen, a quien se trataba en términos compasivos, considerándosela una víctima de la perversidad de su marido y ajena por completo a la existencia tenebrosa que éste llevaba fuera del hogar. Se añadía aún el detalle de que la mujer se hallaba en un perfecto período avanzado de la tuberculosis pulmonar...

El niño interrumpió la lectura porque el llanto le nublabla los ojos. No estaba solo, y tuvo que reprimirse para no dejar escapar todo su dolor en un grito de las entrañas. Si a alguien había amado con ternura en su niñez, si por alguien había sentido veneración, era por esa heroica y desinteresada mujer, tan digna de ser querida y tan huérfana siempre de mimos y cuidados. ¡La tuberculosis pulmonar! El diario empleaba

este término (hasta entonces poco vulgarizado); pero **Papelucho** comprendió que se trataba de la tisis, de la incurable y fatal enfermedad de los aporreados de la suerte, de la plaga eterna de los tugurios y los conventillos, del pálido verdugo de los pobres, compañera siniestra del hambre, el frío y el agotamiento físico. Volvió a ver a su madre, desencajada y melancólica, con la sonrisa que se esforzaba vanamente en mantener sobre los labios, vigilándolo todo, tosiendo siempre y siempre lista para sacar la cara por sus hijos. ¡Qué desgracia tan grande, y por qué pasaban estas cosas! ¡Por qué, a una mujer tan buena, tan humilde, tan valiente, fué a tocarle por marido un hombre como su padre, a quien no tenía el diablo por donde desecharlo, y que ahora—como punto final—harto de emborracharse, de robar, de esquilmar a los suyos, revolcaba su nombre y el de su familia en el charco de sangre de un crimen, y quién sabe si en el de un fusilamiento!

Durante varios días estuvo siguiendo en la prensa, --primero en la de Iquique y luego en la del sur-- el curso de las investigaciones. Saturnino se empecinaba en la negativa, y **Papelucho** llegó a pensar, con un resto fugitivo de esperanza, que acaso su padre, vicioso irremediable, como era, no hubiese degenerado a tal extremo. Había declarado que en realidad, conocía a los esposos Villeneuve, como que eran sus padrinos de matrimonio, y confesado que les debía numerosos favores. Había confesado también (lo que fué corroborado por la servidumbre, puesta en libertad después del primer interrogatorio) haber ido en la tarde víspera del día del crimen, a solicitar dinero al señor Villeneuve; pero negaba el hecho, comprobado por la policía, de haber sido, en esta diligencia, acompañado por

dos individuos que se quedaron esperándolo en la puerta. Lo más grave, lo que significaba un callejón sin salida para el reo, era la explicación que se le exigía de la procedencia del dinero encontrado en su domicilio, lo mismo que la de las sospechosas manchas rojas sorprendidas en sus prendas de vestir. Pero, ¿cómo y por qué lo habían aprehendido? He aquí las cuestiones que **Papelucho** ansiaba principalmente resolver. Al fin dió con la clave. Varios agentes conocían ya las relaciones establecidas entre Saturnino y sus presuntas víctimas—más bien dicho, la protección que éstas le dispensaban—y acudieron a su casa, en busca de algún informe de Orellana; pero la actitud recelosa de éste, cierta nerviosidad rara en el gesto y en la voz, suscitaron sus sospechas, acentuadas en seguida por los hallazgos de que ya se ha hablado. Un segundo registro descubrió en casa del reo dos llaves hechizas—es decir, no de fábrica—que, comprobadas por la policía en la casa del crimen, se vió que calzaban en las cerraduras de la puerta de calle y la mampara.

Cuando Saturnino aparecía más obstinado en declararse inocente, aduciendo a su favor, como argumento de fuerza, la profunda gratitud que sentía hacia sus bienhechores, una circunstancia inesperada vino a echar por tierra su situación, obligándolo a cantar de plano. Un anónimo de letra femenina denunció al Juez de la causa los nombres de los dos sujetos misteriosos que acompañaban a Orellana y los sitios precisos en que los tres habían estado todo el espacio de tiempo comprendido entre el momento en que se alejaron de casa del señor Villeneuve y el en que volvieron para introducirse en ella y realizar el crimen. Se buscó y aprehendió a los sindicados, que resultaron ser dos pájaros de cuenta, con numerosas condenas por diversos delitos: Carmelo Díaz, álias el **Barbas Pocas**, monrero y

patraquero de los finos, y Juan de la Cruz Reyes, por apodo el **Traro**, cuyas especialidades eran el cuento del tío y el tráfico de esclavas blancas. Se verificó el resto de los datos contenidos en la denuncia; nuevas piezas de convicción y nuevos testimonios entraron a influir, y los reos, encontrándose de improviso con que se acusaban los unos a los otros, acabaron por soltar toda la verdad: Saturnino Orellana era el instigador del crimen y uno de sus ejecutores, con la cooperación material del **Barbas Pocas**, y el **Traro**, en la puerta del dormitorio que daba al corredor, se había limitado a hacer de "loro"—cuchillo en mano—con la consigna de tapar la boca al primero que se presentase.

Después, los cronistas insistían en los antecedentes de cada uno de los reos, pintando con los más sombríos colores la conducta de Orellana, a quien exhibían como un monstruo de perversidad y degeneración moral. Físicamente, lo encontraban hasta agraciado. Hacían hincapié en la inteligencia natural, en el despejo del bandido, agregando que no le faltaba chispa y que poseía un gran sentido de lo cómico. Era su moral la pervertida, y como prueba de este aserto se recordaba el hecho de haber ahorcado, años atrás, por puro gusto, al perro **San Bruno**, de propiedad de un vecino. No sintiéndose él mismo muy seguro, este vecino, que era un anciano zapatero, se había visto obligado a cambiar de domicilio. Llamado ahora a declarar, se decía que había hecho declaraciones de mucha transcendencia. Respecto a los cómplices, los diarios no eran más piadosos: toda su existencia delictuosa fué entregada a la curiosidad del público.

Lanzados por este camino, los cronistas no se detuvieron ya. Relataban, siguiendo la confesión de los reos, la escena misma del asesinato y desarrollaban el cuadro tétrico de las dos víctimas ensangrentadas en sus lechos a la luz mortecina de las linternas, mientras los malhechores se entregaban al pillaje, y allá,

en el cuarto del paupérrimo conventillo, unos niños inocentes dormían bajo la vigilancia de la madre enferma, ajenos del todo al precipicio por donde rodaba el jefe de la familia... Terminaban todas estas relaciones con los consabidos aplausos a la policía y la justicia por el acierto con que había procedido, y con las resobadas invocaciones a la vindicta pública.

Pasado el efecto de la primera impresión, que había sido el de un mazazo en el cráneo, pensó **Papelucho** que, dejando transcurrir algún tiempo, no habría peligro de que la policía interceptase la correspondencia dirigida a Rosa del Carmen, y entonces, por fin, pero en qué tremendas circunstancias! iba a poder realizar su íntimo sueño: el de escribir a su madre una carta de su puño y letra. Jamás, desde que dejó su casa, se le había hecho tan profunda y tan helada la sensación de soledad que le envolvía. Cuando, acuchillado a traición, fué llevado al hospital, tuvo, al volver en sí, la felicidad de encontrarse con dos seres amigos que habían velado a su cabecera. Más, ahora, dolorido hasta la angustia, a nadie tenía que recibiese la confianza desahogadora. Y aunque tuviese a alguien! ¿A quién, sino al confesor, y en trance de muerte, iba él a comunicar que era el hijo de un asesino? Esperó, con desesperación, que pasase un mes, dos meses, casi tres meses, y sólo cuando vió que la prensa—voluble como la curiosidad pública que sirve y explota—no registraba ya ni una línea referente al crimen del Cerro Alegre, se decidió a escribir... Por cierto que no olvidó estampar al reverso del sobre la advertencia que había aprendido de su maestra de primeras letras. Aguardó, contando los días, con impaciencia verdaderamente infantil. Calculaba seis para el arribo de la

carta a Valparaíso, dos para que su madre le contestase, (Rosa del Carmen no era analfabeta) y otros seis para que la respuesta llegase a Santa Claus; total, catorce días. Batía las palmas delante del calendario... Pero le estaba reservada una nueva y horrible decepción. Era preciso que aquel carácter, forjado a golpes como los hierros de su fragua, acabase de templarse bajo la adversidad: como un eco del crimen del Cerro Alegre, publicaron los diarios, en brevísimas líneas, la noticia de que la mujer del principal de los asesinos, Saturnino Orellana, había fallecido en el Hospital de San Juan de Dios, víctima de la tuberculosis pulmonar que la venía consumiendo desde tiempo atrás. Esta nueva embestida del destino le dejó como alelado. Sus compañeros de trabajo, ajenos por completo a la tragedia de aquella alma solitaria y orgullosa, llegaron a creer que empezaba a trastornarse. Le hablaban y parecía no oír. Rehuía el trato de todos y apenas comía. Se le veía alejarse, por las noches, hacia los calichales y permanecer allí largas horas en meditaciones cuyo origen y objeto no podían los demás adivinar. Y es que **Papelucho** no había experimentado en su vida una catástrofe tan grande, ni en circunstancias tan atroces. Con decir que hasta pensó terminar, a la manera pampina, brutalmente, heroicamente, mordiendo dinamita! Llegó a divagar con el suicidio, y sólo pudo apartarlo de este vértigo negro, un último resto, una como supervivencia de su fe religiosa. La vida de soldado había barrido con la ingenua doctrina que le inculcó la difunta, y no eran, ciertamente, las costumbres de la Pampa las más apropiadas para volver a su espíritu la devoción perdida. Pero su piedad filial le inspiró la idea de costear unas misas por el descanso del alma de su pobre y desgraciada madre, y una vez en el pueblo, dentro de la iglesia y frente al párroco que se disponía a escucharlo afablemente, sintió el ansia irresistible de vocear su secreto, y lo que tenía miedo de re-

cordárselo a sí mismo, se lo dijo al confesor. Lloró, por fin, y en lágrimas se disolvió la pena inmensa que lo extrangulaba. Cumplió el deber que le empujara fuera de la oficina, y volvió a ella, no consolado, pero sí resignado. De cuanto le dijera el párroco, sólo retenía bien y repetía aquellas palabras en que se refirió a la muerta:

—Ten confianza, hijo mío, en la justicia del que está infinitamente por encima de los hombres. No dudes de que tu madre gozará ahora, en el seno de Dios, en la medida de lo que sufrió en la tierra.

No había transcurrido un año, cuando la prensa, con motivo de la terminación del proceso seguido a Saturnino y a sus cómplices, puso nuevamente de actualidad el crimen del Cerro Alegre. En primera y última instancias, Orellana y Díaz resultaban condenados a la pena capital, y Reyes a veinte años de presidio. El Consejo de Estado denegó el indulto, y los asesinos, con el pavoroso ritual de costumbre, fueron pasados por las armas en el patio de la cárcel de Valparaíso. El **Barbas Pocas** demostró ser tan pobre de hígados como de sistema piloso. En cambio, Saturnino, autorizado para hablar, declaró con énfasis, que estaba conforme con su suerte, “porque el que la hace es justo que la pague”, frase que era toda una síntesis de su filosofía de la vida, como aquella otra que había dicho pocos días antes a un periodista que lo visitó en el calaboso: “el que nació pa chicharra, patrón, tiene que morir cantando”. El **Traro**, presente en rueda de presos al acto de la ejecución, se desmayó como una señorita.

**Papelucho** se impuso de todos estos detalles casi con indiferencia, sin que el más leve gesto descompusiese

su semblante. Ya estaba curado de espantos, como suele decirse, y ni siquiera frunció el arco de las cejas, algún tiempo después, cuando cayó en sus manos un ejemplar del **Chilian Times**—el diario inglés de Valparaíso—en el que se publicaba el retrato de los reos, sentados en el banquillo fatal y con los pesados grillos en los pies. No era que su corazón se hubiese endurecido: era que se había fortalecido su voluntad, que la escuela del dolor le había enseñado a vivir, y que, a despecho del fatalismo de sus primeros años, estaba resuelto a sobreponerse a todos los obstáculos y a abrirse camino por sus propias fuerzas. Nada tenía él que ver con ese Orellana, que había acabado en el patíbulo: él se llamaba José Luis Llanquilef, y sería un hombre honrado.

## DE NUEVO PERIODISTA...

No tardó mucho tiempo en recibir devuelta por el correo de Valparaíso, la carta que había dirigido a su madre. ¡Qué obstinación la del azar, pensaba él, en frustrarle toda tentativa de comunicarse con los suyos! Todos sus mensajes al maestro Torres, en los que puso tantas esperanzas, extraviaron para siempre el rumbo o retornaron sin llegar a su destino. Ahora ocurría lo mismo con esa carta, cuya dirección, leída después de la muerte de su destinataria, tenía no sé qué de burlesco y de irrisorio. Por lo menos, el proceso de su padre le había servido para saber que el maestro Torres vivía aún y residía en Valparaíso. Por desgracia, era demasiada ciudad aquella y seguramente una carta dirigida a él, sin la anotación del domicilio, se perdería en la balumba de la correspondencia cotidiana. Observando que los diarios publicaban regularmente la lista de las cartas sobrantes, decidió, sin embargo, escribirle. Al fin, la adversidad se cansaría de jugar con su impaciencia y su deseo... **Papelucho** se preocupaba ahora por sus hermanas, huérfanas en la edad más delicada, tristes brotes de un árbol carcomido que se cayó a pedazos. El se sentía más que nunca resuelto a mantenerse estrictamente dentro de la norma que se había trazado. Una catástrofe—el derrumba-

miento de sus ilusiones amorosas de los quince años—le había echado cuesta abajo por los despeñaderos del vicio, y otra catástrofe, ahora—la tragedia de su hogar—lo estimulaba a persistir en sus propósitos de corrección y honestidad. Pero ya que él, el primogénito, podía considerarse a salvo y en condiciones de forjar su propia vida, a despecho de la herencia del crimen y de las tentaciones del ambiente, ¿por qué no evitar que a sus hermanos alcanzase la fatídica sombra del patíbulo? Recordaba a la nena, su regalona, que había jugado en sus rodillas y a la que dedicó siempre sus niños y atenciones: ella, por lo menos, lo merecía todo. Por ella, principalmente, tendría que capacitarse para llegar a ser alguien, una persona, no la miserable criatura, errante y desvalida, que había sido hasta la fecha.

Razonamientos como éstos lo hicieron pensar que el bajo pueblo, la plebe en cuyo fondo había nacido, convivía demasiado con el vicio, que la existencia del obrero, del trabajador, era casi una misma con la del delincuente: decir carne de taller y conventillo, era como decir carne de cárcel y presidio. El había crecido entre escenas de pillaje, de robos, de riñas, de puñaladas, oyendo comentarios y aún presenciando actos de promiscuidad asquerosa... Había estado a punto de encenagarse para siempre en la crápula y caído, niño todavía, bajo el cuchillo de un criminal precoz. Llegó, pues, a la deducción reveladora de que mientras él fuese un "roto", no tendría derecho a aspirar a nada. Se hacía necesario entonces que él quebrantase ese círculo fatal, que él sacase la cabeza del légamo en que se revuelve el pobrerío y se librase definitivamente de la plebe. Bien claro tenía visto que al último "suche"

de la Administración se le tenía en mayor consideración y en más aprecio que al mejor de los trabajadores, gente soez y anónima, cuya suerte a nadie le interesaba en lo menor.

Pero, ¿cómo dejar de ser un roto? ¿Cómo pasar a futre, a persona decente, a caballero? Llena estaba la Pampa con la leyenda de hombres que habían llegado allí descalzos, y que ahora, dueños de casas de comercio o de oficinas salitreras, formaban parte integrante de la aristocracia de Iquique, y eran magnates de lejos y de cerca. Se repetía con el salitre la epopeya de la plata en Caracoles y del oro en Andacollo. El caso de Mr. North, el ex-fogonero de trenes convertido en el Rey del Salitre, era extraordinario, pero no único. Otros habían comenzado de mercachifles, o aún de más abajo, regentando "salones" o robando yodo...

Quizás se improvisasen fortunas; pero él, **Papelucho**, sólo había conocido a los ricos, siempre ricos, y a los pobres siempre pobres. Allí estaba don Nica, que hacía cuarenta años horadaba la tierra, y que moriría sobre ella, como un escarabajo, sin ser dueño ni siquiera de los cuatro palmos que necesitaban sus restos para el descanso eterno... Ay! era otro el camino que tenía que seguir. El debía aprovechar lo que había aprendido, y abandonar para siempre la labor manual;—el callo era una marca infamante!—cambiar la blusa del obrero por el vestón del empleado, perder todo contacto con la masa de los condenados a miseria perpetua. Una vez arriba, una vez enrolado en las filas de la gente distinguida, nadie se atrevería a sospechar que él procedía de un conventillo del Puerto, y que a su padre lo habían muerto, como a los perros rabiosos, a balazos. Felizmente, no era un ignorante. Felizmente, guardaba intacta su voluntad de ser y estaba en una tierra de lucha, de audacia y de aventura. ¿Por qué dudar? ¿Por qué acobardarse?

**Papelucho** se retiró de Santa Claus, donde era demasiado conocido, y anduvo algunos días errando de oficina en oficina. En todas partes sobraban empleados y faltaban trabajadores; pero él no cejó, él se empeñó, resuelto a no volver a la labor manual, mientras le quedase de sus ahorros un centavo. Triunfó, por fin: en la oficina Ucrania, con motivo de cierto desorden sorprendido en la contabilidad, hubo un movimiento general de empleados, y **Papelucho**, puesto a prueba, consiguió que lo nombrasen boleterero. No era gran cosa, ciertamente; pero era el punto de partida. Iba ya para futre; de la Pampa, con un poco de contracción e inteligencia, podría pasar a la bodega, y luego al escritorio de la Administración. **Papelucho** se sentía como deslumbrado ante la visión de un joven bien vestido, de manguillas en los brazos y la pluma en la oreja, tarjando en las libretas el tiempo trabajado o distribuyendo fichas a los operarios. Y ese joven era él, **Papelucho**, el palomilla azota-calles, el cortero, el winchero, el tambor de regimiento, el repartidor de herramientas, el arrenquín de fragua, el aprendiz de mecánico...

Tenía ya redactada su carta para el maestro Torres—una carta muy larga y minuciosa—cuando se produjo un acontecimiento inesperado: el país estaba en revolución, la Escuadra se había sublevado en Valparaíso y se venía al norte a apoderarse de los puertos y las provincias salitreras. Absorto por sus preocupaciones personales, **Papelucho** no había tenido ánimo ni tiempo para seguir en los diarios la marcha de la política interna, cosa que, por lo demás, nadie entendía, ni a nadie interesaba en la Pampa. Recordó, aunque no con mucha precisión, que ese Presidente Balmace-

da, a quien se pretendía derribar ahora, había visitado, tiempo atrás, las comarcas del nitrato, y que esto había dado lugar a una serie interminable de banquetes, despliegues de banderas y quemazón de salitrones. **Papelucho** había cumplido ya sus veintiún años, pero no era todavía ciudadano elector, “no se había calificado”, como se decía entonces. Nadie le había hablado de esto, y las actividades de orden político eran letra muerta para él. Pero en las salitreras—y por consiguiente en Ukrania—la noticia de la revolución soliviantó los ánimos. Se comentó, se abrió debate, hubo cambio violento de opiniones. Como ocurre siempre, todos creían tener la razón, todos se decían los más bien enterados. Unos se declararon partidarios del Gobierno constituido, otros de la **Escuadra** y del Congreso. **Papelucho**, sin gran curiosidad, se hizo explicar el fenómeno en pocas palabras, y de éstas dedujo que las Cámaras habían roto con el Poder Ejecutivo, y ganándose la cooperación de la **Escuadra**, se disponían a derrocar al Gobierno por la fuerza de las armas. Es decir, que habría guerra otra vez, ya no con el extranjero, sino entre chilenos, entre hermanos de la misma sangre y de la misma bandera. No, nó; eso no estaba bien, a juicio de **Papelucho**. Podía tolerarse que pelearan gentes de distinto país, aunque la guerra sea siempre maldita; pero, ¿irse a las manos unos contra otros, los chilenos mismos, perseguirse como fieras, sabiendo que se derramaba la sangre propia, que cualquiera que ganase siempre se saldría perdiendo? Nó, nó. Eso era una locura, un crimen. Nadie le hacía caso, por desgracia, y a él le daba lástima ver cómo los empleados, y hasta los trabajadores, se exaltaban, abanderizándose ya y jurando que morirían por su causa. La revolución tenía, sin duda, más prosélitos, quizás porque era revolución sencillamente, quizás porque había motivos para que el Gobierno de Balmaceda fuese antipático a algunas firmas salitreras. Se llama-

ban a sí mismos "constitucionales" y se colocaban en el ojal de la solapa una escarapela roja. **Papelucho** volvió a recordar las palabras de su amigo Llanquilef: el hombre es animal de presa. Pues, aunque lo fuera, él no estaba dispuesto a matarse ni a hacerse matar en esta guerra absurda, monstruosa, fratricida.

Los diarios de Iquique contribuían con sus informaciones y con sus artículos a encender la hoguera. Se preveía el choque, porque las fuerzas del Ejército acantonadas en la provincia, permanecían fieles al Gobierno, y las de la Escuadra tendrían que empezar por atacarlas y vencerlas. El día que se anunció la presencia de los buques en la bahía de Iquique, hubo en la Pampa una efervescencia indescriptible. **Papelucho**, desconcertado, al margen de este delirio colectivo, creía buenamente que todo el mundo se volvía loco. Después de la toma de la plaza y a medida que se desarrollaban las operaciones, la violencia de las pasiones se hizo intolerable. Partidas enteras de trabajadores y empleados desertaban de las faenas para ir a enrolarse en las filas de uno u otro bando, y los que se quedaban vivían en una ansiedad perpetua de noticias, siguiendo día y noche por los diarios, o pegados al telégrafo o al teléfono, las incidencias del conflicto.

Ukrania, era de las oficinas en que el fermento había producido un efecto menos ostensible. Debíase esto no, seguramente, a la prédica del joven boletero, cuya influencia moral era reducida y escasa, sino a la actitud prescindente de los jefes. Estos, desde un comienzo, se habían colocado al balcón, como si fuese un país extraño el sacudido por la guerra civil, y dispuestos, al parecer, a plegarse oportunamente al vencedor. Pero había, en cambio, en Ukrania, otro fermento no menos peligroso, y era el sordo descontento de los tra-

bajadores, fuego secreto que ardía en las entrañas de la masa obrera, y que, para estallar, necesitaba sólo la ocasión o el pretexto. **Papelucho**, colocado en el último tramo del escalafón de empleados, sabía todo esto, y lo justificaba. Había allí un ingeniero atribiliario, un tiranuelo de fábrica a quien se odiaba cordialmente, pero contra quien nada se podía intentar, porque gozaba de toda la confianza de sus superiores. Era este ingeniero con alma de mayoral, un ruso de apellido Rodakoff, un gigantón de anchas espaldas y barbas colorinas, formado probablemente bajo el régimen del kaut, en su país natal. Rodakoff se había hecho famoso por la brutalidad de su carácter, por el maltrato inaudito que daba a la gente, a tal extremo que ya bien pocos aceptaban enganche para Ukrania. El administrador era una excelente persona; pero, demasiado débil, había ido dejando que el ingeniero le invadiese sus atribuciones y lo absorbiese poco a poco. Ahora, ausente aquél en Iquique, Rodakoff había asumido la administración, y sus intemperancias tenían al personal—ya no sólo al de las máquinas, sino al de todas las secciones—en la situación de la fiera que se domina para no arremeter contra el domador.

Así las cosas, una mañana (era, precisamente, el día de la batalla de Pozo Almonte) Rodakoff salió a las máquinas, donde, como de costumbre, lo encontró todo malo. Reconvino ásperamente al jefe de la sección, injurió a los operarios, y a uno de éstos, porque, torpe o temeroso, había descuidado apretar una llave y dejado escaparse el vapor, le estampó en las espaldas, de un puntapié feroz, la planta de sus botas de coloso. Tambaleóse el roto, y estuvo a punto de caer en un cachucho; pero reaccionando, se volvió a su agresor

y le arrojó a la cabeza la herramienta que aún conservaba en la mano. Erró, para su desgracia, porque Rodakoff, fuera de sí, descerrajó su revólver y lo dejó muerto en el acto. Fué la chispa de la conflagración. La noticia corrió "como llevada por un reguero de pólvora", y antes del medio día el paro era general y absoluto. En toda la oficina no ardía un fuego ni se sentía un martillazo. Los trabajadores, en poblada, pasearon el cadáver de la víctima por el campamento; agregáronse las mujeres y los niños, y toda esta muchedumbre acéfala, sin más guía que el odio y sin más inspiración que la venganza, se encaminó en medio de amenazantes gritos a la casa-administración, donde se hospedaba, con su familia, el ingeniero. Era la rebelión lisa y llana: la fiera había perdido el miedo al domador, y se lanzaba a devorarlo. Rodakoff no parecía haberle tomado el peso a la gravedad de su situación, aun cuando salían de entre la masa no sólo imprecaciones y denuestos, sino pedazos de costra que iban a romper los vidrios, y hasta disparos de revólver. Esperanzas de auxilio no podía tener que llegaran de ninguna parte. Las líneas telegráficas y telefónicas habían sido cortadas, y además era muy importante el problema bélico-político, que se resolvía a aquellas horas, para que pudiesen las autoridades atender una huelga más o menos en determinada oficina. El cerco se estrechaba. El ingeniero—¿soberbia? ¿locura? ¿valentía?—respondió a los disparos con su carabina hasta que se agotaron, probablemente, las balas. Pero esto, lejos de amedrentar a los sitiadores, los exasperó. Una rabia feroz, la rabia homicida, gesticaba en todos los rostros. Hasta se hablaba de un dinamitazo... Hacíase la noche, cuando a alguno se le ocurrió la idea de pegar fuego a la casa. ¡Formidable ocurrencia! Salieron casi en seguida a lucir los tarros de parafina y los trapos y papeles viejos, llevados por manos diligentes.

Entonces se alzó en el techo, asomando por la claraboya, una bandera blanca: se pedía parlamento...

Se abrió la puerta central y apareció en ella, muy pálida y abatida, la señora del ingeniero. Surgió en la muchedumbre un murmullo extraño, y luego se apagó.

—¿Puedo irme con mi hijo?—preguntó la voz temblorosa de la dama.

Se oyó una sola voz estentórea:

—¡Sí!

Ella, con un gesto, llamó a su sirvienta, que lloraba y que se presentó con un niño en brazos. La guagua dormía plácidamente.

—¡El angelito!—exclamaron algunas viejas.

Los obreros, instintivamente, abrieron calle; y ambas, ama y criada, pasaron por en medio sin que saliese de toda aquella turba ebria de cólera, una sola palabra descomedida. Hasta hubo quien, inclinándose, se descubrió con respeto. Ellas se alejaron confiadas en el amparo de la inocencia, y pronto se desvanecieron sus siluetas. Tras los pasos de las fugitivas, la puerta había vuelto a cerrarse, el armisticio había terminado, y el ataque iba a reanudarse con mayor ferocidad. Pronto se vió arder el edificio por los cuatro costados, y los asaltantes aguardaban que su aborrecido verdugo de ayer, se achicharrase vivo o saliese a pedir gracia para acabarlo a tiros. Pero el incendio se incrementaba, las llamas subían, anudándose, enredándose, lamiendo ya el techo, y no se oía un ruido ni se advertía un movimiento que delatara la presencia de alguien en el interior. Entonces se oyó, a lo lejos, la voz de un niño que gritaba desesperado:

—¡Aquí va arrancando! Vengan! Aquí va arrancando!

La horda entera, como una ola que se desvía, se movió en la dirección de aquel alerta decisivo. Porque era verdad que Rodakoff, aprovechando el minuto de expectación producido en la muchedumbre por la pre-

sencia de su mujer y de su hijo, se había escapado por la parte posterior del edificio, y agazapado, esquivando el bulto a favor de la creciente sombra, huía, huía, por la pampa libre, hacia el pueblo, cuyas luces tembloteaban más allá de los salares. Pero ya había sido sorprendido y no le quedaba más que resignarse a sucumbir. La ola negra se le venía encima. Desde lejos le llegó un costrazo que lo derribó por tierra; luego, otro, y diez, y veinte... Instantes después no se veía de Rodakoff, sobre aquella tierra trágica, más que un montón informe y sangriento, algo que recordaba vagamente un cuerpo humano. El incendio, entre tanto, había progresado y el suntuoso edificio, chisporroteando, no era más que una gigantesca llamarada en mitad de la quieta noche pampina. Era un espectáculo novedoso, por lo menos; pero los sublevados, ya cumplida su obra de venganza, se desentendieron de él. Al grito de "¡a la pulpería! ¡a la pulpería!", se lanzaron al saqueo de las existencias comerciales de la oficina—víveres, trapos, calzado, loza, bebidas—y lo de que no pudieron apropiarse lo redujeron a cenizas.

**Papelucho** fué testigo obligado, pero no actor de estas escenas, que le produjeron a él—a quien tantos horrores le había sido dado contemplar—una impresión incalificable de estupor y de vergüenza. Nada pudo hacer por evitarlas, y con sólo atreverse a reprocharlas, habría puesto en peligro, neciamente, su vida. Antes que clarcase el alba se alejó de Ukrania, en compañía de otros empleados, y llegó a Pozo Almonte, bastante a tiempo para tomar el tren en que bajaban a Iquique los vencedores de la víspera. Nada sino una penosa impresión de fatiga, de aburrimento, casi de asco le produjo el espectáculo ofrecido por la contienda: la Pampa nuevamente empapada en sangre humana, sembrada de muertos y piezas de artillería, el toletole de la muchedumbre, soldadesca y chusma, después de una batalla; prisioneros fugitivos, merodeado-

res, heridos, camillas, carros de ambulancia, y en medio de todo, lo inevitable, el caduceo de Mercurio, los vendedores ambulantes pregonando a todo grito sus frutas y sus cachivaches. Tuvo **Papelucho** una supervivencia intensa aunque fugaz de sus días de soldado; pero ni remotamente se le ocurrió volver a las andadas. Y confirmándose a sí mismo en la enérgica condenación que había formulado desde el primer momento contra la guerra civil, hizo su entrada en la ciudad que tronaba bajo el estruendo arrancado por el júbilo de la primera gran victoria de las armas revolucionarias.

De nuevo había de favorecerle la fortuna en la capital salitrera. Se encontró allí con que se publicaba un nuevo diario—**La Patria**—y al oírlo pregonar, **Papelucho** recordó sus tiempos de suplementero. Luego supo, hojeándolo, que su fundador era el mismo de Valparaíso, aquel señor que, encantado de haber sido reconocido por él, le había obsequiado una partida de ejemplares.

—¡Esta es la mía!—pensó, sonriendo, con secreto optimismo.

Se fué en seguida a las oficinas del diario y se apersonó a don Isidoro. El gran tribuno era el de siempre, vibrante y entusiasta; sus ojos resplandecían; su voz plateada y lírica repercutía en la sala... Sólo que ahora su cabeza estaba blanca, y habían encanecido también su bigote y su perilla de Napoleón III.

—¿No se acuerda usted de mí, señor?

—Nó, hijo; no me acuerdo.

—En tiempo de la guerra, hace doce años, yo vendía su diario en las calles de Valparaíso.

**Papelucho** reprodujo el episodio con lujo de deta-

lles, casi seguro de que don Isidoro iba también a recordarlo; pero se equivocó.

—Hijo, como tú comprendes, en doce años, me han debido pasar muchas cosas más importantes... la memoria falla.

De todos modos, se alegró de ver convertido en un caballero al que confesaba haber sido un golfillo analfabeto. Y como **Papelucho** se mostrase llano a rendir pruebas de su competencia, lo recomendó al administrador del diario. Fué así cómo nuestro héroe se reintegró al periodismo nacional, franqueando de un salto el mostrador de la venta. Después de doce años de aventuras, el suplementero volvía a las tareas de la prensa ascendido a tenedor de libros. A fuerza de oír al "Condorito" y de leer sus artículos, **Papelucho** acabó por mandar su neutralidad al canasto de los papeles inútiles, y por sentirse revolucionario de los de primera línea. Se cosió en la solapa la roja escarapela de los "redentores" y llegó también, sinceramente, a creer que el "Dictador", era un monstruo apocalíptico, un Nerón de melenas y sombrero de copa.

## FOR HE IS A JOLLY GOOD FELLOW...

Para mantenerse ajustado a la verdad—norma inalterable de todo historiador—es preciso dejar constancia de que en esta ambición ascencional de **Papelucho**, en este deseo suyo, íntimo y ferviente, de pasar a una esfera social superior, nada tenía que hacer el sentimiento de clase tan hábilmente explotado más tarde, en provecho propio, por los profesionales de la agitación.

**Papelucho**,—ya se ha dicho bien claro—estaba ayuno en materias políticas y a él le tenía sin cuidado, porque lo ignoraba, el tejemaneje de los partidos. Dejar de ser el eterno roto despreciado y esquilmo no significaba para él hacer traición a la causa del pueblo, porque al pueblo, por aquel entonces, no se le había concedido beligerancia en el campo de las luchas cívicas. Y a estas luchas, él, como casi toda la masa de trabajadores de la región del norte, se había mantenido completamente ajeno. El quería ascender, prosperar, surgir personalmente y tomaba sin vacilación el camino que le parecía más corto y más derecho.

A poco de hallarse establecido en Iquique pudo observar que se le consideraba demasiado “pampino”.

Efectivamente (y la comparación lo convenció de buenas a primeras) sus modales, su lenguaje y, sobre todo, el corte de sus ropas desdecían demasiado de los de sus compañeros. Antes que nadie se lo advirtiese, él comprendió que debía pulirse, limarse, modificar sus hábitos. Procuró adaptarse al medio y, con ese don de asimilación que caracteriza al hijo de los puertos cosmopolitas, lo consiguió muy pronto. Aprendió a sentarse y a tenerse en pie correctamente, a no reirse en forma demasiado ruidosa y sin motivo, a no interrumpir en la conversación a los demás, a ser atento y comedido, hasta a gastarse una genuflexión a tiempo... Extirpó de su vocabulario las frases y los dichos callejeros, suprimió las interjecciones, los refranes, las blasfemias, las obscenidades, y enmendó la pronunciación que, en los verbos particularmente, denunciaba su origen plebeyo y la deficiencia de su educación. Fue aquella una auto-disciplina tan eficaz como severa. Respecto a vestimenta, abandonó el sombrerito de paja flexible echado al ojo, el pañuelito solferino al cuello, la terna de pacotilla, los botines crujidores, y trató de imitar a la juventud distinguida haciéndose cliente de una buena sastrería. Y él, que a los diez años tuvo el dolor de ver que su primer par de zapatos le fuera robado por su propio padre, no pudo ya usar sino calzado de primera calidad. Como ganaba buen sueldo y no tenía que gastar más que en sí mismo, pronto se le vió hecho un pijecito, alternando con la mocedad florida de los bancos y los escritorios. Seguía siendo simpático, además, como cuando niño, y en aquella ciudad de aventureros donde a nadie se le preguntaba por su procedencia ni por la procedencia de su dinero, José Luis Llanquilef—a quien sólo los íntimos se atrevían a nombrar por el apodo—llegó a destacarse como una figura popular entre los “buenos muchachos”, rumbosos, alegres y elegantes, de la capital sali-

trera. Ellos, en camaradería fraternal con los militares y marinos jóvenes, pusieron de moda, cantándolo en coro en los clubs y aún por las calles, aquello de

For he is a jolly good fellow  
which nobody can deny...

Una simpática impresión, inmediatamente deshecha, experimentó el muchacho al conocer una tarde, junto al mesón del Club Inglés, a Tomás Young. De buena gana se habría espontaneado con él; pero una reserva muy lógica, a la que ya se había acostumbrado, le selló los labios. Por lo demás, el joven Young era de esos mestizos, harto abundantes entre nosotros, que se esfuerzan por creer y hacer creer que son más británicos que los propios londinenses, para lo cual exageran el modo de hablar y de vestir de los ingleses de verdad, se apasionan por los deportes importados de Albion y no cuidan de disimular su desapego hacia las gentes y las costumbres del país. José Luis, que ya estaba familiarizado con la casta, se limitó a mantener con él la simple relación de un rápido saludo callejero. Y pensar que habría dado cualquier cosa por tener siquiera una noticia del ídolo de Santa Claus...

Nunca pensó **Papelucho** en volver a sentar plaza en el Ejército ni de ello hubo jamás necesidad. El cumplía su deber a conciencia en ese ejército civil del periodismo y estaba convencido de que no era una simple figura retórica eso de que el plomo de los tipos de imprenta suele ser más mortífero que el de las balas. Asistió a algunos banquetes y sólo él, en su fuero interno, supo del orgullo de oír, como comensal, al mismo "Condorito", al mismo formidable orador que,

doce años atrás, había escuchado y aplaudido desde la calle, mezclado como arena del arroyo a la muchedumbre frenética.

Pasaban los días y no llegaba la soñada respuesta del maestro Torres. **Papelucho** lamentaba una vez más la porfía de la adversidad, cuando entre un fardo de correspondencia rezagada que enviaron desde diversas oficinas, apareció una carta dirigida a él. No podía ser otra que la que estaba ya casi resignado a no ver nunca. En efecto, roto el sobre, distinguió a la vuelta de unas cuantas hojas apretadamente escritas, la firma ya temblona de su viejo amigo. ¡Quién podría pintar la nerviosidad con que empezó a leer y las emociones tan diversas, con qué fué sacudiendo su alma aquel mensaje venido desde tan lejos y tan tarde! Aún reprochándole lo que llamaba “su ingratitude”, felicitábalo de todo corazón el anciano obrero por haberse convertido en un hombre de provecho. Confesábale que nadie lo hacía vivo y que solo él, Torres, había mantenido siempre la fe en que su amigo **Papelucho** no estaba muerto ni perdido. Después le hablaba de la vida, que había sido muy dura para con todos: él había estado muy enfermo, reumático, retenido en un lecho de hospital durante meses y sostenido, mientras tanto, por sus pobres hijas que trabajaron “como dos leonas”. En fin, ya todo había pasado y seguía batiendo suela “para no morir de hambre”. Las niñas se habían hecho modistas de fino y las dos, por no abandonarlo a él, habían despreciado buenas proposiciones matrimoniales. (En esto, le pareció a **Papelucho** que obraba no poco la rica fantasía histórica del maestro Torres). Finalmente, con toda discreción, se refería a “la desgracia” sin estampar ningún adjetivo

molesto para la memoria del ajusticiado y lamentando con toda su alma la muerte de Rosa del Carmen, a quien la fatalidad de Saturnino había acabado de tumbar. Al maestro Torres le había tocado afrontar los gastos de sepultación y correr con todas las diligencias del caso, "en lo que no había hecho más que cumplir con su deber". Al hablarle de sus hermanos,—el punto más interesante para **Papelucho**—le decía que, en cuanto a los hombres, no debía preocuparse, porque uno, Antuco, no había aparecido desde el día del levantamiento de la Escuadra y se le suponía embarcado, y el otro, Daniel, era un condenado sin remedio, un rate-ro vulgar que pasaba casi todo el tiempo "a la sombra". De las niñas, una—la Nena, su regalona—hacía ya muchos años que vivía en La Placilla al lado de sus tías abuelas, que la querían mucho; y la otra, que era la "puchusca", estaba encerrada, educándose, en el Buen Pastor. Concluía la carta aprobando su idea de haber adoptado otro apellido, agregándole saludos de "las niñas", sus hijas, y rogándole que volviese a escribirle lo más pronto. ¡Lo más pronto! **Papelucho** contrastó las fechas y vió, con pena, que ya iban trascurridos cerca de cuatro meses...

Deseoso de no ser interrumpido, el joven se había ido por el camino de Cavancha y allí, frente al mar, con la carta de su amigo a la vista, se entregó a serias reflexiones. Desde luego, veía claramente trazado su deber de hermano mayor; él tenía que proteger a las chiquillas, ayudando a su sustento, ya que no le era posible pensar por el momento en traerlas a su lado. Se valdría para ello del propio maestro Torres, mientras se presentaba la oportunidad de hacer un viaje al sur. Tranquilo con estas resoluciones, que estimaba

las únicas razonables, volvía ya a la ciudad cuando oyó que le llamaban cariñosamente por su nombre.

—Buena cosa, José Luis! Tan orgulloso que va...

Le hablaban de la orilla del camino. Reconoció la voz de María del Tránsito y vió, en efecto, a la pampinita que venía hacia él y le miraba sonriendo.

—¡María del Tránsito! Ni la había visto.

Se fué a su encuentro y le estrechó la mano.

—Pasa así cuando se está en la buena,—le dijo ella, resentida, pero sin dejar de sonreír.

**Papelucho** se disculpó. ¡Qué orgullo podía tener él, ni mucho menos con ella! Es que estaba leyendo una carta que acababa de llegarle del sur y lo tenía muy preocupado.

—Pero si no es la primera vez que hace lo mismo. En la calle lo habré topado veinte veces, y como si pasara el perro...

—¡Pero María del Tránsito!

La observó con atención. Estaba muy bien la muchacha. El matrimonio le había sentado admirablemente. Había engordado, echado cuerpo, mejorado de color; se veía bonita, deseable.

—De veras que no tiene ningún sentimiento conmigo?

—Yó? Y por qué?...

—Como se fué tan de repente...

—Usted sabe por qué me fuí. ¿No le parece que hice bien?

—Psh! Como si nada... Mi marido me sigue celando hasta con las moscas. Es un hombre imposible.

—Es que Ud. no lo quiere.

—Para qué voy a negarlo? No lo puedo querer.

—El corazón no se manda.

—Es la pura verdad.

Callaron. Nunca se había cambiado una palabra de amor entre los dos, y ambos sabían, sin embargo, demasiado lo que podrían decirse... Se hacía de noche.

Parejas aisladas paseaban por el camino. Pasaban coches hacia los restaurantes de la Península, que incitaba al placer con sus luces ardientes como pupilas. El mar, quieto y arrullador, recogía en su cristal los últimos esplendores de la tarde. Nada comparable a esos crepúsculos del Norte, todo transparencia, todo beatitud. Hasta el silencio creciente era una música. Pausadamente llegaban a la caleta las barcas pescadoras; lánguidamente caían las velas a lo largo del mástil y quedaban arrolladas sobre la bota-vara como las ropas a los pies de la mujer que se desnuda... Por dárselas de hombre de mundo más que por otra cosa, por ensayarse en una tentativa audaz, **Papelucho** dijo a su amiga:

—Oiga, María del Tránsito.

—Qué?

—¿Sería usted capaz de acompañarme a Cavancha?

Le clavó ella en el rostro, ni extrañada ni molesta, los ojos oscuros, en los que lucía la misma chispa quemante de otros tiempos. Le tomó las dos manos, por las muñecas y sin dejar de mirarle le lanzó esta frase de reproche que era una confesión:

—¡Pero si usted no me quiere, José Luis!

El no se atrevió a insistir. Volvieron juntos a la ciudad, él casi sin hablar y ella haciéndole confidencias de su vida conyugal. Era muy desgraciada. Había tenido que separar casa y venirse al Puerto, donde su marido había conseguido entrar a la maestranza del ferrocarril salitrero: ¡Con decir que ese bruto del **Alguacil** veía con malos ojos hasta que don Nica la mimase y acariciase a ella!...

—Y yo no soy mala, José Luis, nunca he sido mala, usted me conoce bien. Pero ya este hombre me tiene aburrida, desesperada... No puedo mirar a nadie, ni conversar con nadie, ni reirme, ni salir a la calle... Ni tener amigas siquiera, porque dice que me tapan.

—Pero, usted sale, sin embargo.

—¡Salgo para llevarle la contraria! Ah! si no fuera porque a una le han dado buenas enseñanzas...

Se separaron prometiendo juntarse lo más a menudo en el camino, a aquella misma hora. ¿Ir a la casa **Papelucho**? Ni soñarlo. El **Alguacil** tendría para armar la tremenda. El joven, encaminándose a su pensión, se decía que María del Tránsito, bonitilla como estaba, podría llegar a ser para él una amiguita discreta que le consolase un poco de su soledad y le librase de los peligros anejos a la piratería del amor. Ella, desencantada del matrimonio, se había mantenido fiel a su primer cariño y sentíase dispuesta a todo, ávida de resarcirse de las asperezas de su vía-crucis. Esa misma tarde, si **Papelucho** hubiese repetido su invitación, habría cerrado los ojos y caído en sus brazos a despecho de todo.

Pero aquel mismo día, horas más tarde solamente, se produjo el caso fatal, el drama de sangre que la propia María del Tránsito no podía dejar de presentir. Los repórteres trajeron la noticia al diario y luego, tras de consultas rápidas a la policía y al hospital, escribieron afanosos la información sensacional que había de ser "el plato del día" para los lectores de la ciudad y de la Pampa: en un loco arrebato de celos, después de una discusión más violenta que las de costumbre, el **Alguacil** había dado de balazos a su esposa, y suponiéndola muerta, había vuelto el arma contra sí. El, con el cráneo abierto por el proyectil, murió en el acto, y ella, en estado gravísimo, fué conducida al hospital. Salió a luz con tal motivo "la desgracia" que pesaba sobre la vida del obrero: hacía muchos años, siendo todavía casi un niño, había, en un raptó de su amor filial herido, atentado a mano armada contra su padrastro. Era, pues, más que un criminal, un pobre enfermo.

—Sangre, sangre, siempre sangre—pensó **Papelucho**.

Y corrió al teléfono para llamar a "Emperatriz" y hacer que comunicasen la desgracia a los padres de María del Tránsito, junto a cuyo lecho de hospitalizada había de encontrarse con ellos en la tarde del día siguiente. El viejo barretero, con la cabeza blanca, aparecía envejecido diez años, y su mujer había perdido ya la eterna sonrisa que animaba su cara de hembra buenamoza. **Papelucho** creyó sorprender en los ojos de ambos un reproche mudo... ¿Lo estimarían culpable? Pero ¿culpable de qué? ¿De que no hubiese querido a María del Tránsito o, tal vez, de que la hubiese cortejado cuando pertenecía a otro? La joven, sometida a dos operaciones, salvó; mas no sin sufrir mucho y durante dos largos meses. **Papelucho**, con todas sus pretensiones señoriles, no fué ingrato y acudió casi diariamente a visitarla. Apenas se la dió de alta, sus padres se la llevaron a la Pampa.

—¿Irá a vernos, José Luis?—le preguntó ella, ya instalada en el wagon del tren.

—Iré a verlos lo más pronto. Y mientras tanto escribiré.

—Escribirá? Es cierto?

—Palabra de honor.

Le envolvió ella en una mirada de infinita ternura. Después, atrayéndolo a sí, le murmuró al oído:

—Creo en su promesa. Pero si no la cumple...

—¿Qué?

—¡Yo bajaré a Iquique!

Si el amor de un corazón fuese capaz de hacerlo nacer en otro corazón, ni María del Tránsito habría tenido que aceptar por marido al **Alguacil**, ni este habría atentado contra la vida de su cónyuge y contra su propia vida. Era lo que pensaba **Papelucho**, horas más

tarde, en su oficina, poniendo en orden sus apuntes y preparándose para escribir a su inolvidable amigo, el anciano zapatero Torres. Le dió cuenta de todo y, como ya no temía que la correspondencia se extraviase, no cerró la carta sin incluir en ella un retrato suyo: una cartulina en que aparecía de cuerpo entero, hecho un dandy iquiqueño, con su gran terno de corte inglés, un alfiler de perla en la corbata y su cadena de oro cruzándole el chaleco. Al reverso había estampado la frase tradicional: "Dedico este pequeño recuerdo en prueba de amistad y cariño a mi querido amigo Dn. Alejo del C. Torres y a sus distinguidas hijas las señoritas Diorima y Adelaida.—José Luis Llanquilef (aquí la rúbrica).—Iquique, 16 de Junio de 1891." **Papelucho** se encontraba a todas luces renovado y quería que sus relaciones lo comprobasen por sí mismas.

Se acercaba a todo esto el desenlace de la guerra civil. El Gobierno amontonaba tropas en la provincia de Coquimbo y la Junta Revolucionaria preparaba las suyas, para el gran encuentro final, en la zona salitrera. Todos, en Iquique, creían saber y nadie sabía una palabra de los planes del Estado Mayor o más bien dicho, del alma-mater de la campaña, el militar alemán Emilio Koerner. Pero se veía claro que la situación, de suyo violenta, no se podía prolongar. Vencida en el norte, la causa del Presidente Balmaceda,—combatida por una tenaz oposición, pero segura también de contar con gran parte de la opinión del país,—se defendería a sangre y fuego en el centro y en el sur. Por contagio moral, por sugestión, ya no espontáneamente, como con ocasión de la guerra, **Papelucho**, metido dentro de un diario de batalla, se exaltaba también y solía prorrumper en improperios contra los "dictatoriales", pedía la horca para el comandante Stephen y fulmi-

naba, emplazándolos ante el juicio de la historia, a los "masacradores" de Lo Cañas. Conoció de cerca a todos los jefes civiles y militares de la Revolución; pero por ninguno pudo sentir mayor admiración y afecto que por don Isidoro, el mago de la palabra, tan adorado del pueblo que no era raro ver a las mujeres salir de sus casas para arrojarle flores. Desde la partida de la Escuadra al sur, a mediados de Agosto, se vivió en Iquique en una expectación angustiosa, y la noticia del doble triunfo de Concón y La Placilla provocó un estallido de entusiasmo que bien puede calificarse de frenesí colectivo. No hay pluma capaz de describir aquello con la animación, con el colorido y el fuego de la realidad, y sólo conseguirán imaginárselo los que conozcan el carácter impetuoso y el temperamento explosivo de las gentes del norte. La revolución se había impuesto y, como decía el suplemento a **La Patria** de aquel día "se restablecía en el país el imperio de la Constitución y de las leyes".

Esta alegría de apoteosis patriótica tuvo para **Papelucho** un eclipse inesperado. Entregáronle una carta en sobre de luto, y por ella se impuso de que el maestro Torres había fallecido: le escribían Diorima y Adelaida comunicándole este acontecimiento doloroso "con que la Providencia había querido poner a prueba su fortaleza y que las tenía inconsolables". Hacía tiempo que, a fuerza de sufrir, **Papelucho** había disciplinado su sensibilidad y no era fácil a las lágrimas. Pero ahora lloró, silenciosamente, pensando que los dos grandes amigos de su vida, sus primeros guías, los maestros de su primera infancia, habían desaparecido para siempre, sin que él pudiese cumplir siquiera con ellos el deber filial de cerrarles los ojos inmovilizados

por la muerte. Estaba solo en su pieza y no deseaba ver a nadie. En la calle seguía el hervidero del regocijo popular, oíanse vivas y mueras, palmoteos, toques de tambor, estampidos de cohetes. Y un grupo de jóvenes alegres, en cuyas voces reconoció a muchos de sus amigos habituales, pasó cantando a todo grito:

**For he is a jolly good fellow  
which nobody can deny...**

El, mientras tanto, con la muerte en el alma, pensaba en el fin de su viejo amigo, tan noble, tan recto y generoso. Se lo representaba encorvado junto a su mesita, con las gafas en la punta de la nariz, dándole a la lezna o al martillo, u hojeando el diario, o enfrascado en alguna de esas voluminosas novelas históricas que eran el alimento de su sabiduría. Después le parecía verlo agonizando, despidiéndose de la vida como un justo, con la conciencia de no haber hecho nunca un daño a nadie. Lo veía, finalmente, dentro, de su ataúd, conducido con gran solemnidad hasta el Cementerio por los miembros de la Sociedad de Zapateros, citados especialmente para rendir este homenaje a uno de los socios fundadores de la institución. Se pronunciarían discursos muy sentidos al pie del mausoleo social, mientras allá, en la casita limpia y honesta, le lloraban sus hijas y mientras él, acá, entre el vértigo sonoro de la urbe salitrera, se preparaba a conquistar la vida.

## UN RINCON DEL PARAISO

Las faenas industriales, entre tanto, se habían normalizado. A **Papelucho** no le agradaba la vida de la Pampa; pero, fijo su pensamiento en ahorrar, en hacerse la base de una situación para el porvenir, determinó alejarse del Puerto, donde las tentaciones y los compromisos propios del medio social en que se había colocado le obligaban a un tren de gastos insostenible. Su empleo en el diario le había permitido crearse algunas relaciones entre el personal superior de las firmas salitreras, y de ellas se valió para conseguir que lo enviaran arriba, a la Pampa, como cajero de una oficina que acababa de instalarse en el cantón del sur. Sin pena se ausentaba de Iquique, no porque lo odiase,—ni tenía motivos,—sino porque había hecho allí una vida frívola, casi callejera, y nada dejaba en la ciudad, ni un afecto hondo, ni una amistad cordial, que le hiciese pensar con emoción en la partida.

Sería suspicacia pensar que en algo hubiese podido contribuir a esta resolución las cartas de cierta enamorada pampinita. María del Tránsito le había escrito con frecuencia recordándole su compromiso e instándole a que lo cumpliera; acosado de soledad, **Papelucho**, que ya no era un niño, estuvo más de una vez por ceder a la tentación de decirle que se vinie-

se al Puerto con cualquier pretexto. Pero siempre se detuvo a tiempo, considerando que por la vil satisfacción de un deseo no debía él atentar a la tranquilidad de aquellos nobles y humildes viejos que en hora difícil le habían brindado su amistad y su amparo, y advirtiéndolo, además, que no quería a la muchacha sino como a una amiga, casi como a una hermana... Entonces, ¿para qué meterse en enredos? ¿Para qué crearse complicaciones? Ya encontraría con quien casarse, cuando soplasen esos vientos; y en cuanto a ella, no le faltaría a la viudita, allá en la Pampa, un aburrido que quisiese hacerse cargo de su mano morena, por más que María del Tránsito protestase en todas sus cartas de que “nunca volvería a cometer ese disparate”.

Finalizaba Diciembre y hacía un calor tórrido. **Papelucho**, desde la plataforma del wagon de primera clase, entreteníase en ver alejarse y empequeñecerse el cuadro de la ciudad y la bahía, a medida que el tren subía, fatigosamente, la falda rojiza y caldeada. Era triste, era feo todo aquello, mirado así desde la altura. Los techos planos, de color de mugre, cubiertos de conchuela y polvo, le recordaban los de cualquier campamento de oficina. ¡Y pensar que era aquel un hervidero de oro, de apetitos, de orgullos, de crápula sórdida y de placer ruidoso! Iquique era la ciudad opulenta por excelencia: era la riqueza presente, el cuerno de la abundancia desbordándose, así como Copiapó era el pasado, y Antofagasta el porvenir. Copiapó, la antigua capital minera, vivía de recuerdos; Antofagasta, puerta del despoblado, se alimentaba de esperanzas; Iquique, sede de la reciente revolución, significaba la realidad tangible, el fruto madu-

ro al alcance de las fauces ávidas. El mismo **Papelucho** había visto, en los garitos que la policía amparaba, jugarse de una vez muchos miles de pesos a una sola carta; y en uno de los prostíbulos de lujo, a un parroquiano, minero de Huantajaya, quemar un billete de cien pesos para encender un cigarrillo. No, en la Pampa, libre de la tiranía social de las apariencias, restringiéndose en lo posible, él economizaría, él guardaría, sin descuidar por eso sus deberes de hermano para con esas pobres chiquillas que, sin duda, le tenían por muerto. Y aunque reuniese dinero, mucho dinero, alguna vez, no sería tan imbécil ni tan pretensioso para incurrir en semejantes disparates...

Entró al wagon porque el sol y el polvo se hacían intolerables. No soplaban una ráfaga a aquella hora, y se hubiera dicho que el tren avanzaba por en medio de un incendio. No vió a ningún conocido. Iban dos curas, que regresaban a sus parroquias; algunos soldados, probablemente ex-pampinos, que se preparaban a dejar el uniforme; señoras; niños; varios comerciantes chinos; un agente viajero, atiborrado de paquetes. (Los ingleses—no hay para qué decirlo—ocupaban el carro “reservado”. Salían por las ventanillas el humo de sus pipas y el rumor de sus conversaciones). No quedaba vacante más que un asiento junto a una niña, al parecer una colegiala que, terminado su curso anual, iniciaba sus vacaciones. Esta suposición la hacía mentalmente **Papelucho**, mientras se acomodaba al lado suyo y dedicaba una venia cortés a las personas—un señor y una señora—que ocupaban el sofá frontero y que él presumió serían los padres de la jovencita.

—Son peruanos—pensó después, acostumbrado como estaba, en aquel mundo cosmopolita, a distinguir las nacionalidades por el modo de hablar y por los rasgos fisionómicos.

Y se fijó en su compañera de viaje. Era una preciosa muchachita del tipo de ojos grandes y de boca graciosa que la tradición ha hecho casi una exclusividad de las ciudades andaluzas y de la capital peruana. El padre—seguida suponiendo—debía de ser pulpero de alguna oficina: vestía, tanto él como su cónyuge, con esa ostentación insolentona de la gente que, sin ser rica, pretende parecerlo. La señora, sobre todo, con su exceso de sedas y de joyas, demostraba estar muy satisfecha de su suerte. Se abanicaba sin interrupción, con una y otra mano, acaso para lucir bien los anillos, y consultaba con más frecuencia de la necesaria un relojito que, sostenido por una larguísima cadena de oro, colgaba de su cuello. Era gorda y sudorífera, como su esposo, y se complacía en meter en la conversación palabras un poco literarias que, por lo común, estropeaba lastimosamente.

El aburrimiento de los viajes ha sido y será siempre un eficaz creador de relaciones humanas. **Papelucho** no tenía gran interés en alternar con sus vecinos; pero llegó el instante en que la jovencita bostezó demasiado a menudo y sin embozo, y entonces él le ofreció algunas de las novelas que llevaba consigo.

—Ay! me gustan tanto...

—Con tal que no sean de las que ha “prodebido” el Santo “Símedo”,—intervino la señora.

**Papelucho** explicó que eran libros de mera entretenimiento, sin ataques para ninguna creencia, ni escenas pornográficas. Lo curioso fué que nadie se dedicó a leer y que el tema de las lecturas sólo sirvió de prólogo a una conversación animadísima acerca de todas las actualidades de la provincia: política local, carestía de los artículos de consumo, falta de brazos en las faenas, deficiencias de los servicios públicos y algo también de crónica mundana. Nuestro aventurero, un poco por instinto simulativo y otro poco por incitación de tanto lujo de sedas y pedrerías, mintió sin ningún

escrúpulo declarando que había sido hasta la víspera administrador del diario **La Patria** y que ahora ingresaba como contador a la oficina Sierra Blanca.

—¡Vaya! ¡Y tan joven!...—dijo la señora.

Respecto a ellos, los detalles que oyó **Papelucho** confirmaron, sin una sola discrepancia, sus hipótesis: el señor y la señora eran piqueños y él tenía a su cargo la pulpería de la oficina Maravilla, del Cantón de Huara. En cuanto a Leonorcita, su única hija, que no contaba más de quince años, estaba educándose en Iquique, en el “colegio pagado” de las señoritas Latignière. Se iban ahora a Pica, donde tenían su finca y donde esperaban que el reposo y el “osígeno” repusiese a la niña, debilitada por el estudio y la vida de internado. Todo esto lo explicaba con volubilidad algo cotorresca la mamá. Su marido—ley de las compensaciones,—no hablaba casi nada. Se bajaron en Pintados. **Papelucho** exigió a Leonorcita que se llevase consigo las novelas que ni siquiera había alcanzado a hojear.

—Ay, por Dios! Tanta molestia... Es un abuso.

—De ningún modo. Para mí es un gusto. Desde Sierra Blanca les podré mandar otras, si ustedes permiten.

El conductor palmoteaba. Sonó impaciente una campana. Se iba a reanudar el viaje.

—José Luis Llanquilef, un servidor.

—Edovina Vellón de Sandoval.

—Pedro Elías Sandoval... Ya lo sabe: su casa en Pica y su amigo en Maravilla.

El tren se ponía ya en marcha cuando el joven desprendió su mano de la de Leonorcita, que había consentido al fin en el préstamo de libros. Se pescó del pasamanos y desde la plataforma se despidió con el sombrero en alto. Leonorcita le respondió agitando en el aire su blanco pañuelo de colegiala...

¿Quién no conoce el caso tan corriente del “conquistador de boca”, del tipo de tenorio más ridículo y más despreciable que se pueda dar? Ya, desde la infancia, desde los bancos del colegio, se hace notar el tonto, generalmente incapaz de nada, que atosiga a sus condiscípulos con imaginarias aventuras de amor nunca infructuosas. Nadie le cree, se le califica de “tarretero”, pero él vive feliz porque se siente a sí mismo, Tartarín del Amor, gran cazador de corazones. Ese será mas tarde el jovenzuelo estólido que no titubeará en babosear el honor de la más alta dama a trueque de hacerse pasar por un buen mozo más afortunado que el de Maupassant. En vano lloverán sobre él la mofa, el escarnio, el pitorreo y hasta las bofetadas y las palizas de los deudos agraviados. Nuestro Don Juan de cartón continuará impertérrito forjando cada día nuevas historias de seducción y nuevos casos estupendos de favores captados al eterno femenino. Con uno de estos fenómenos se encontró **Papelucho** en Sierra Blanca. Era un limeñito locuaz, cuya tez oscura y lustrosa, cuyos labios arriñonados y cuyo pelo crespo, especialmente, denotaban la copiosidad de la sangre etiópica que circulaba por sus venas. Pequeño y ágil, como un gato,—o si se quiere, como un mono—Aquiles, que tal era su paradójico nombre, tenía una imaginación desatada y una lengua tan desatada como la imaginación. A poco de conocer a **Papelucho** ya le había contado que todas las mujeres de la oficina se peleaban por su palmito. Una noche, como le oyera mencionar a Pica,—donde decía haber estado muchas veces de paseo—le hizo **Papelucho** referencias a la familia del señor Sandoval.

—Sandoval? Pedro Elías Sandoval. Si hasta me alojé en su casa. La señora es una gorda, que debe haber sido buena moza allá en sus tiempos. Tiene una chiquilla que es una preciosidad, Leonorcita...

Y por cierto que el peruanito no necesitó más para dejar insinuado que Leonor era también hoja de su

calendario. **Papelucho** no pudo desmentirlo; pero sintió una viva contrariedad. ¿Sería posible que aquel tarambana...?

Se resistió a creerlo; pero la falsa confianza de Aquiles contribuyó a que siguiese recordando a su amiguita de una hora y rememorando sus encantos.

—Pero si es una niña chica, amigo!,—dijo, buscándole la lengua al Lovelace pampino.

—Usted es del sur, Llanquilef, y no sabe como nos las gastamos por acá. Aquí la sangre hierve temprano. Somos una raza precoz.

**Papelucho** no replicó nada; pero pensó que, desde el punto de vista de la raza, bien poco tenía que ver Leonorcita con aquel macaco estrafalario.

Pasó la Navidad y pasó el día de Año Nuevo, dos fiestas que tuvieron la virtud de aburrir extraordinariamente al joven cajero de la oficina Sierra Blanca. Al final de la primera quincena de Enero, el correo le trajo un paquete que resultó ser el de los libros que Leonorcita le devolvía agradecida, agregándole atentos saludos, tanto suyos como de la señora Edovina.

**Papelucho** se apresuró a hacer ahora otra remesa y cuidó de acompañarla con una tarjeta en la que, felicitándose de poder serle útil, le reiteraba sus expresiones de afecto y le manifestaba tenerla continuamente en el pensamiento. La respuesta no tardó en llegar, y Leonorcita agregaba a su mensaje una flor “que no tenía otra gracia que la de ser de su jardín”. La correspondencia se inició así regularmente y pronto se hizo nutrida entre el pampino de Sierra Blanca y la beldad de Pica. Con la debida autorización materna, ella convidó a su amigo a que fuese a pasar los Chailones al oasis, y **Papelucho** no se hizo repetir la invitación.

Salió en la madrugada del primer día de Carnaval, acompañado de un propio que conocía la Pampa, según el dicho corriente, como a la palma de sus manos y que podría recorrerla a ojos cerrados. Pronto dejó los calichales y desviándose al oriente, penetró en la rasa extensión del Tamarugal, toda de tierra suelta o chuca que volaba bajo los cascos de las cabalgaduras en nubarrones de un finísimo polvo blanco. Con las primeras vagas claridades del alba, empezó el viajero a gozar del májico espectáculo de los espejismos. En el aire raro y nítido de la Pampa iban variando hasta el infinito esos fenómenos de óptica: en el horizonte se diseñaban, con un relieve tal que alucinaban la retina, gigantescos ejércitos en lucha, jinetes de apocalipsis, dragones y elefantes que se transformaban en palacios de hadas, colosales trenes en marcha, bosques, rebaños, baterías de cañones... Después, cuando ya el sol salió, casi blanco sobre el horror de aquellas sierras volcánicas, no se vió, de un lado, más que el firmamento azul y fúlgido y del otro, en el arco horizontal del llano, las mentirosas aguas circundadas de cañaverales, a los que un temblor continuo daba mayor impresión de realidad.

Rendido de calor y de fatiga, pero lleno de indefinibles esperanzas, de ilusiones tan inmotivadas como halagadoras, avistó al fin, **Papelucho**, la vieja torre de la iglesia parroquial, de un pardo rojizo, y entró en Pica, triunfalmente, saludado y recibido por la mareante fragancia de azahar, de nardo y de clavel que venía de todos los huertos. Eran las ocho de la mañana y no se veía por las calles más que a uno que otro lugareño en cuyo andar apacible no se notaba, precisamente, que tuviese prisa. Si había existido el Paraíso, aquel rincón agreste, perdido en medio de los ardientes eriales de la Pampa, debía ser el último pedazo...

¡Gratos y fugaces días que nunca habría de olvidar el emigrado del sur, nostálgico de la fronda húmeda y verde, del rumor del agua corriente, del viento oloroso de los jardines y las chacras!

¡Deliciosas veladas aquellas, oyendo en la guitarra aires y canciones tristes, de desengaños y de penas! Encantadores paseos a las termas, el baño natural bajo el chorro tibio que salía reventando entre las peñas de la fuente! Siestas perezosas en la hamaca, bajo los naranjos y los limoneros, en medio de una atmósfera enervante, propicia al culto del amor romántico! Leonorcita, en sus cartas, le había hablado de Pica en más de una ocasión y hasta intentado describirle lo que era; pero **Papelucho** tuvo que confesar que la realidad estaba por encima de toda ponderación. La suavidad de las costumbres, la tibieza constante del clima la diversidad de flores y de frutas puestas al alcance de la mano, el arrullo de las palomitas cuculíes, entre los follajes, el són de las guitarras haciéndose oír, bajo la luna, hasta la madrugada, todo le hacía recordar las fantásticas relaciones acerca de Rapa-Nui, escuchadas tantas veces, con el alma en los oídos, al fogonero Llanquilef. Por allí no parecía haber pasado la guerra. Todo se mantenía intacto en las calles y en las casas. Eran los distintivos nacionales del Perú, eran los retratos de los magnates y de los héroes peruanos los que adornaban el testero de las salas de recibo en todos los hogares. Aquel oasis era, para la historia, una isla perdida en un océano. Los piqueños muy hospitalarios, muy afables, decían: "S. E. el Presidente" (refiriéndose al del Perú), pero se hubiera pensado que les costaba esfuerzos olvidarse de que habían desaparecido los Virreyes. Por cortesía o por prudencia, no se aludía, delante del huésped, a los "invasores"; pero el joven comprendía, sin temor de equivocarse, que bajo de esa reserva borbotaba el odio del vencido, que es de todos el más difícil de extirpar.

Pero él no iba allí a hacer campaña de propaganda patriótica, y no les dió por consiguiente la menor importancia a estos detalles. El iba a ver a Leonorcita, a conversar con ella, a penetrar, si era posible, el misterio de aquella alma en capullo y a saber... sí, a saber si podría soñar en ser correspondido. Porque amaba, apasionadamente, fervorosamente, a la linda piqueñita. La quería con ese amor que es ilusión y es deseo al mismo tiempo, con ese amor sin literatura, propio de las naturalezas que se ignoran a sí mismas. Ya no era la idolatría casi mística del vagabundo adolescente a la maestra de primeras letras, ni podía ser tampoco la fría inclinación, de índole casi deportiva, que llama "flirt" la sociedad: era su juventud que florecía! Porque ya no vacilaba el antiguo rotito aventurero, hoy joven de posición y de aspiraciones, en confesarse que estaba enamorado; que, fuera de Leonorcita y sus encantos, la vida carecía de atractivos para él.

Participó con entusiasmo en los chalilones, fiesta pagano-católica a que se rendía entre los piqueños—como peruanos de cepa—culto desenfrenado. La chaya se jugaba allí, como en Iquique y en toda la extensión de la Pampa, sin atenuación ninguna: todas las armas eran buenas, empezando por los papelitos picados y los polvos de arroz y terminando por el agua corriente, de la que se hacía un despilfarro loco, valiéndose de todos los medios: baldes, mangueras, copuchas, jeringas de latón, huevos de estearina. En aquella guerra general, sin tregua y sin cuartel—y hasta sin ambulancias—era inútil pretender quedarse en la cómoda posición del emboscado. Se violaba impunemente los domicilios, y hasta al fondo de las chacras y aún de las habitaciones, se llevaba la persecución ruidosa, bárbara, implacable.

Aún interesado en el juego, y divirtiéndose, maldecía de tanto ardor el forastero, porque le alejaba la oportunidad, tan soñada, de tener con Leonorcita una

entrevista a solas. La niña no lo miraba con malos ojos,—de otro modo no lo habría invitado, ni franqueádole las puertas de su casa,—pero arrebatada por el frenesí de aquel característico deporte criollo, no se cuidaba más de su huésped que de cualquiera otro de sus adversarios de juego.

Sólo el último día, el miércoles de ceniza, dándose por enterrado el carnaval, consiguió **Papelucho** su objeto. No fueron aquellos más que unos momentos, después del almuerzo, en un claro del huerto, bajo los naranjos en flor. Don Pedro Elías y la señora Edovina dormían, como la población, su siesta colonial. El galán, con un libro en la mano, se había ido a soñar más que a leer y la dama llegó a hacerle compañía. El le cedió la hamaca, que ella se resistía a aceptar, y se quedó de pié, a pocos pasos, apoyado en un árbol. La lluvia de fuego que vertía la canícula sobre la vasta Pampa, se tamizaba, refrigerándose, en el follaje. Las chicharras se enardecían cantando y desde lo alto, como reproches o como promesas, llegaba el arrullo dulzón y melancólico de las cuculíes.

Viendo, entre la masa verde claro de las palmecadas hojas y de los enroscados zarcillos, los racimos de uva ya casi en sazón, recordó **Papelucho** los sorbos de dulce vino que (en vasos que ostentaban, grabado a esmeril, el escudo del Perú) se le había regalado desde su llegada y que envejecía noblemente, en panzudas vasijas de barro, en las bodegas. Suspiró buscando la frase apropiada para iniciar la plática confidencial con que venía soñando hacía ya tantos días, y se sintió casi mareado con la fragancia penetrante de los chirimoyos, los guayabos y los mangos, cuyas flores, perdidas en medio del follaje, prometían al olfato lo que en el próximo invierno habrían de brindar a los paladares. Ah! Qué delicia vivir así, en aquel rincón paradisíaco, olvidados de todos y queriéndose mucho, ardientemente, eternamente!

**Papelucho** encontró en su adorada un poder de seducción irresistible. ¿Qué había en aquella adolescente, tal vez insignificante para otros, en aquella aldeanita del oasis, para que su solo nombre, repetido a solas, le hiciese palpitar el corazón? Leonorcita se había recostado en la hamaca y se mecía levemente, mirándole en silencio, sonriéndole con su boca preciosa, que tenía aún toda la frescura de la infancia. Su pie pequeño, divinamente calzado, asomaba bajo el ruedo de la falda que, acaso intencionalmente, ella había alargado como si fuese una jovencita casadera. La blusa de batista, abotonada por delante, hacía resaltar la línea ideal del cuello y la actitud soñadora de la cabeza. Al ritmo regular de la respiración, subía y bajaba la amplia curva del tórax. Jugaban sus manos con una varilla de nardos apenas florecidos. De estas flores se tomó el enamorado, como de una cuerda, para iniciar el diálogo: se las pidió "como recuerdo" y ella, con esa deliciosa hipocresía de la mujer, se obstinaba en negárselas, arguyendo que "qué interés podía tener para él una cosa de tan poco valor". Espontáneamente la conversación se fué animando. Hablaron mucho, se confesaron mutuamente, ambos creían quererse desde el instante en que se vieron en el tren. Sus juramentos quedaron sellados, como era de rigor, en el tronco del árbol en que se apoyaba José Luis, y en el que ambos, prolijamente, a cortaplumas, grabaron sus nombres como si lo hicieran en sus propios corazones.

Se despidió aquella misma noche triste por la separación que se iniciaba, pero profundamente satisfecho del éxito de su viaje. ¿Y cómo no estarlo? Leonorcita le había prometido comunicar a sus padres el dulce pacto que celebraran en secreto y él no dudaba abso-

lutamente de que sería aprobado; mimada por ellos como las princesas de los cuentos de hadas, aquel ángel lugareño no había sufrido nunca el disgusto de que se le dijese nó.

Leonorcita era linda y agraciada; era viva, además, y fluía de toda ella, de su tez, de su andar, de sus ojos, de su estampa de adolescente esbelta y flexible, algo que irradiaba como un halo, atrayendo las miradas de los hombres y haciendo saltar el piropo a flor de labios. Era linda; pero si alguien se hubiese atrevido a decir a **Papelucho** que no era buena, que no tenía el alma tan bella como el cuerpo, ese alguien habría experimentado lo peligroso que es el provocar las iras de un mozo enamorado. En el camino, galopando al través de la solitaria Pampa, bajo la luna confidente, **Papelucho** llevaba a sus labios el ramillete de nardos y su embriagadora fragancia lo envolvía de nuevo, en el encanto paradisíaco del oasis, donde a aquellas horas, una niña que era un ángel se habría quedado dormida repitiendo su nombre...

La primera vez que Aquiles pretendió reincidir en sus desbocamientos con respecto a Leonorcita, él lo hizo callar violentamente. El macaco, sorprendido en un principio, reaccionó para interpelarlo sobre el derecho con que se entrometía en sus asuntos íntimos. **Papelucho** estuvo a punto de decirle: "porque esa señorita es mi novia", pero prefirió no entrar en explicaciones y le declaró, sencillamente, al peruanito, que si no se mordía la lengua él se la metería en la garganta. El conquistador de boca midió de una ojeada a su retador, y algún efecto debió hacerle este rápido examen ocular, pues optó por encogerse de hombros y volverle la espalda. Como se ve, aquel Aquiles de la Pampa, fuera del talón, tenía muchos otros puntos vulnerables.

## EL CANTO DE LAS CUCULIES

El amor, ese tirano egoísta, hizo que **Papelucho** descuidase un poco sus asuntos de familia. No esperó ya con tanta impaciencia como antes “las noticias del sur”, viviendo en cambio absorbido por la visión del oasis, que la soledad y la distancia embellecían aún más en su imaginación. Los padres de Leonorcita, informados de los honestos propósitos y de la limpia hoja de servicios de su pretendiente, habían consentido en aquellas relaciones que un azar feliz había iniciado y que ellos no tenían motivo para estorbar. “Aunque chileno”, el joven Llanquilef era un empleado meritorio, una persona de porvenir y parecía todo un caballero.

Por Semana Santa volvió **Papelucho** a tomar la escondida senda. Cuidó de llevar las argollas de oro, signo de la alianza nupcial pareciéndole que era por el momento el mejor regalo que podía hacer a su prometida.

Llevábale también muchas novelas de amor (encargo especial de Leonorcita, a quien le tenía sin cuidado el Santo Sínodo) y algunos libros de poesías. El,

para decir la verdad, nunca había sido muy aficionado a los versos; pero ahora se complacía en leerlos, encontrando que los poetas expresaban de una manera sublime su propio sentimiento, su ternura, su desesperación y sus quimeras. A fuerza de leerlo a solas, se había aprendido de memoria el célebre "Nocturno" de Acuña, cuyo ritmo obsesor le perseguía a donde fuese:

Pues bien, yo necesito  
decirte que te adoro,  
decirte que te quiero  
con todo el corazón;  
que es mucho lo que sufro,  
que es mucho lo que lloro...

Llorando, efectivamente, y besando el retrato de la adorada, solía tender la vista por sobre la vasta pampa del Tamarugal que lo separaba del oasis, santuario del culto debido a su primer amor.

Nunca, por carta, había querido hablarle de Aquiles ni de las insidiosas insinuaciones que éste se permitiera hacer. Pero, de nuevo junto a ella, en la intimidad de una velada al amor de la lámpara familiar, mientras don Pedro Elías dormitaba plácidamente, nombró al peruanito y le preguntó si lo conocía. Leonor no recordó de pronto.

—No sé quién pueda ser. ¿Se acuerda usted, mamá, de un tal Aquiles Olate?

La señora Edovina repitió este nombre cavilando, y acabó por declarar que tenía una vaga idea de que era un negrito muy intruso que, años atrás, había venido a Pica, donde les hostigó a todos por su majadería.

—No puede ser otro—terminó.

—Pues él repite en la Oficina que es íntimo de ustedes, que se ha hospedado aquí, donde se le estima como al mejor amigo, y que...

Se interrumpió, no encontrando una forma bastante delicada para reproducir, sin ofender a su novia, las palabras de Aquiles.

—¡Hase visto sinvergüenza!—exclamó la señora.—Si ni de visita ha estado en casa...

—Lo mismo presumía yo—dijo Llanquilef.—Y el muy fresco ha llegado a dar a entender que ha existido algo, un amorcillo veraniego por lo menos, entre Leonorcita y él.

—Y usted, José Luis, ¿no le ha tapado la boca?

—Lo dijo cuando yo apenas conocía a ustedes. Más tarde, la primera vez que quiso repetirlo delante de mí, no pudo terminar la frase. No es que me las dé de valiente; pero demasiado comprenden ustedes que yo, sin ser un vil, no podía permitirle que siguiera hablando. Desde entonces no nos podemos ver. El sabe que se la tengo jurada y, por su parte, trata de hacerme todo el daño posible. Más de una vez, hasta ha pretendido intrigarme con los jefes, aunque, por fortuna, parece que ya todo el mundo lo ha calado y nadie le hace caso. El día que se me acabe la paciencia, no sé, saldré de la Oficina, pero no sin darle su merecido.

—No le dé importancia, José Luis. Yo ni siquiera sé cómo es ni de dónde ha salido.

**Papelucho**, que había llegado a sufrir, como su infortunado rival el **Alguacil**, el tormento de los celos, se calmó. Hablaron después, en general, de los lengua-larga que no reparan en echar a rodar por el fango la reputación ajena; de los que escriben cartas anónimas; de los que escuchan tras de las puertas, y violan, sin escrúpulos, la correspondencia; de toda esa baja ralea animada de perversos instintos que se goza

en conspirar desde la sombra contra la tranquilidad de los demás. La señora Edovina aprovechó la ocasión para bendecir la suerte que le permitía vivir en un retiro tan apacible como aquel, donde no faltaban, naturalmente, sus enredos, pero donde era fácil distinguir a los malos y apartarlos, aislándolos, como a leprosos.

—Se vive acá como en familia—observó Leonorcita.

—Lo demás es falta de caridad cristiana—agregó

### **Papelucho.**

Esta frase les hizo recordar que ya era hora de irse a la iglesia a recorrer las estaciones. Invitaron al señor Sandoval, que había seguido cabeceando; pero éste, con el pretexto de tener muchos sueños atrasados, prefirió buscar la horizontal. Salieron los restantes, seguidos de la servidumbre—dos cholitas, madre e hija—que llevaban las alfombras. De vuelta, muy complacidos todos de haber cumplido a conciencia con el ceremonial religioso de la noche del Jueves Santo, se encontraron con una carta dirigida a Leonorcita y traída por el correo de la tarde. Abrióla ella, no sin cierta extrañeza, y antes de acabar de leerla se la vió temblar, palidecer, lanzar un grito semejante a un alarido, llevarse las manos al corazón y caer desplomada como muerta. Saltó hasta ella **Papelucho**, tan pálido como ella misma, con la respiración suspendida por una alarma profunda. La señora Edovina, sin alterarse mucho, llamó a las sirvientes y recogió la carta maldita. Era un anónimo que llegaba, reptando, deslizándose como por una rendija bajo aquel techo honesto y apacible. El joven, desolado, no hallaba qué hacer. Sostenía contra su pecho la desvanecida cabeza de su novia y le repetía su nombre:—Leonorcita! Leonorcita!—agregándole los más cariñosos adjetivos. Las cholitas acudieron y, sin dar muestras de mayor inquietud, procedieron a abrir la boca a su señorita y a hacerle beber una poción de agua

con éter. Después le friccionaron fuertemente los brazos, separándoselos de sobre el pecho, y se la llevaron en peso, exánime todavía, a su dormitorio.

—Pero, ¿no será nada?—preguntó **Papelucho** a la señora, algo extrañado de su calma, que él no podía justificar.

—No, no será nada. Es así Leonorcita, un atado de nervios. De cualquier impresión, a veces hasta de un simple disgusto casero, le dan estos “abscesos”. El doctor ha dicho que es “hstérica”.

—¿No es nada de cuidado, entonces?

—El tratamiento eléctrico le ha probado muy bien, lo mismo la “hidroterapia”... Ahora, hacía ya mucho tiempo que no le sobrevenían estos “abscesos”. Con la vida tranquila y los paseos, los baños...

—¿Y qué dice esa carta? ¿De quién es?

—Es un anónimo. Lea. Se refiere a usted.

Le pasó el papel la señora Edovina, y el joven se disponía a leer cuando nuevos gritos, procedentes del dormitorio de Leonorcita, lo llenaron otra vez de sobresalto.

—Señora, señora...—dijo.

—Tranquilícese usted, si yo le repito que no es nada.

Pero **Papelucho** no pudo continuar la lectura y hubo un momento en que, siéndole imposible dominarse, se lanzó adentro, seguido de la señora Edovina. Leonorcita gritaba, sin poder llorar, con los ojos en blanco y las mandíbulas apretadas, retorciéndose, despedazándose las ropas. La señora le arrojó con violencia a la cara un chorro de agua, a cuya brusca impresión pareció amortiguarse la intensidad del mal. Después se normalizaron la posición y la expresión de las pupilas, desapareció la rigidez del rostro, se le oyó balbucir unas palabras, y la niña lloró, lloró inconsolablemente en los brazos de su madre y de su novio. De

la pieza vecina llegaban los patriarcales ronquidos de don Pedro Elías.

—Es ese infame del Aquiles Olate... ¡no puede ser otro!—repetía la enferma, con energía que el joven no le había visto nunca desplegar.—Hay que matarlo! —agregaba, poniendo en alto los diminutos puños.

—Cálmese, cálmese, alma mía... mi nena querida!

**Papelucho** se limitaba a apaciguarla con palabras cariñosas, como a un niño cónsentido. Varias veces, recordando a su enemigo, se le vino a la garganta esta frase: “¡Peruano tenía que ser!” pero, por no nombrar la cuerda en casa del ahorcado, se mordía los labios. Era preciso confesar que el golpe, asestado desde lejos, había sido certero. La carta comenzaba por lamentar que una niña tan bella—la perla del oasis—no hubiese tenido reparo en conceder su mano a uno de los invasores de su patria, a uno de esos rotos bandidos que habían violado mujeres y acuchillado inocentes. Luego se extendía en revelaciones horribles acerca de los antecedentes de Llanquilef, asegurando que era un “guacho” a quien ni siquiera pertenecía el apellido que llevaba; que su padre, un criminal, había acabado de mala manera; que tenía un hermano, ratero de los finos, en Valparaíso, y que él mismo, José Luis, había llegado a la Pampa como un vagabundo de la peor especie, desertor del ejército, ofreciéndose para ser de todo, hasta mozo de burdel... Se mezclaba allí, sin respeto ni miramiento alguno, lo verdadero con lo falso, lo fidedigno con lo absurdo, enredándose todo eso, exagerándose, presentándose con los colores y en la posición más impresionantes. Irónicamente remataba la carta—cauda venenum—felicitando a Leonorcita por esta política de acercamiento que iniciaba hacia la raza y el país de los bandoleros del sur... **Papelucho** lo adivinó todo, la carta no podía venir sino de Sierra Blanca y tenía que

haber sido escrita o dictada por Aquiles Olate, quien, seguramente, le había descerrajado su escritorio e incautándose de su correspondencia. Tratando de aparentar una presencia de ánimo que estaba lejos de tener, sonrió forzosamente y dijo:

—¡Pero parece mentira! Cómo es posible que estas infamias le hagan a Leonorcita tanto efecto...

Pero la verdad fué que el anónimo acabó por aquella vez con el encanto de su visita al oasis, y que su regreso, anticipado en un día, fué muy distinto del de la ocasión anterior. El había querido marcharse de inmediato, sorprender a la víbora y aplastarle la cabeza con el pie. Pero la señora Edovina, muy seria, le llamó la atención hacia la sagrada festividad que estaba celebrándose y lo persuadió de que debía dejar para más adelante sus pensamientos de venganza. Leonorcita, entretanto, había reaccionado; estimaba que no eran sino viles calumnias las que llenaban ese papel en mala hora llegado y ya no le impresionaba aquello de haber resuelto unir su suerte a la de un enemigo de su patria. También chilenas se casaban con peruanos, como se lo decía, con sincera convicción, su novio. La guerra había terminado hacía ya mucho tiempo y era un crimen estar alimentando odios y rencores que a nada conducían... No era, pues, la actitud de su novia lo que inquietaba a **Papelucho**: se sentía amado y comprendía que Leonorcita concluiría por atropellar los prejuicios mañosamente despertados en ella por el intrigante. Lo que le preocupaba, y no sin motivo, era la reserva, casi el desvío con que, desde el día fatal, comenzaron a tratarle sus presuntos suegros, en especialidad la señora Edovina: para ella, más que las diferencias de orden patriótico, tenían importancia los informes personales suministrados acerca de Llanquilef, y que éste se había limitado a desmentir con vehemencia, pero sin aportar ningún documento fidedigno. **Papelucho**, al restituirse a la Oficina, sen-

tía crujir y tambalearse todo el hermoso edificio de sus ilusiones de enamorado y hasta sospechó que otro colazo del reptil debería de haber alcanzado hasta la Administración, es decir, que otro anónimo hubiera ido a exhibir a sus superiores la sombra triste de su pasado de niño aventurero.

Dos sorpresas le aguardaban allí: la primera, que Aquiles Olate—cobardemente—había desaparecido; y la segunda, que el administrador había dado la orden de hacerle llamar en cuanto regresase de su excursión a Pica. No se había equivocado **Papelucho**: el jefe, un vasco de escasa labia, pero de criterio amplio y recto, Don Andrés Iturbe, le dijo, enseñándole el anónimo:

—¿Sabe Ud. de qué se trata?

—Presumo que sea un anónimo en mi contra.

—Exactamente. ¿Y qué me dice usted?

—Que hay allí mucho de verdad y mucho de mentira,—manifestó **Papelucho**, con una calma de que él mismo no se creía capaz.—Y agregó todavía:—Descontando lo que no se refiere a mí y que debe despreciarse, es cierto que huí de mi casa, a los diez años, buscándome la vida, porque mi padre—el esposo legítimo de mi madre—me trataba muy mal; es cierto que hice la campaña como tambor de un regimiento; es cierto también que aprendí a leer, a escribir y a contar, después de grande, en una escuela nocturna de la Pampa y que me he formado por mi propio esfuerzo hasta ocupar el cargo de confianza que desempeño a las órdenes de usted. Es cierto que he sido obrero, mientras no pude dejar de serlo; pero nunca he robado, nunca he cometido un acto de los que implican deshonor, nunca he hecho a nadie ningún daño ni habrá nadie que se queje de mí: puede usted examinar mi hoja de servicios como tambor del Atacama; puede

usted preguntar por mi conducta en Santa Claus, en Ucrania, en Emperatriz.

—¡Venga esa mano honrada!—le dijo el señor Iturbe, poniéndose en pie.—Todos mis empleados debieran parecerse a usted.

**Papelucho**, dando las gracias, estrechó emocionado aquella mano varonil. El jefe le interrogó todavía:

—¿No sospecha usted quién es el autor de esto?

—No lo sospecho: estoy seguro.

—¿Olate?

—Efectivamente. Se ha metido en mi cuarto, me ha registrado los papeles, guardados bajo llave. Lo peor es que mandó otra carta igual a la familia de mi novia. Pero ya no está aquí.

—Se ha despedido, y ahora caigo por qué. Ha hecho bien, porque yo no lo habría tenido un solo día más en la Oficina. Y ahora, amigo Llanquilef, váyase tranquilo, olvide este mal rato y siga trabajando como siempre.

Diciendo esto, el jefe despedazó el anónimo y lo arrojó por la ventana. **Papelucho** se entretuvo en ver desparramarse sus fragmentos, como basura inmundada, al viento de la Pampa.

Se apresuró el joven a comunicar todos estos incidentes a su novia. Pero, contra lo que esperaba, la respuesta se demoró en llegar. El comprendió en el acto que este silencio no era sino efecto de la vigilancia materna que empezaba a ejercerse en contra suya. No andaba, al pensar así, descaminado; pues al fin recibió una carta de Leonorcita, una carta escrita y enviada a hurtadillas—según lo confesaba—pero llena de expresiones tan tiernas y de tan ardorosos juramentos que el enamorado se dió por satisfecho. Terminaba

pidiéndole que no le escribiese ya a su nombre—porque su madre interceptaría los mensajes—sino al de la “chola” que la había criado y que se haría matar antes de delatarla.

—¡La guerra está declarada!—pensó **Papelucho**.

Mientras tanto, hacíaese imperioso adoptar algún temperamento con respecto al porvenir de sus hermanas, de las que nada había vuelto a saber. La vida de sujeción y parsimonia de la Oficina le había permitido efectuar algunas economías apreciables, y esto le hacía más valiente. Sentía que era una cuestión fundamental para él, para el nido de amor que ambicionaba formar, liquidar sus enredos de familia antes que nuevos acontecimientos—a lo mejor adversos—le hiciesen más difícil realizar su deseo. Solicitó permiso por un mes, que el señor Iturbe, puesto en antecedentes, consideró imposible denegarle. Escribió a su novia (Leonorcita había dejado el colegio definitivamente) haciéndole ver la necesidad ineludible de ese viaje suyo a Valparaíso. Ella, en todos los tonos, le rogó que no se alejase, mostrándose llena de insensatos presentimientos, sospechando aún de la sinceridad del joven, pues era curioso que la noticia de este viaje le llegase a ella coincidiendo con la orden que había recibido de su madre, de “devolver las argollas a ese señor Llanquilef”. **Papelucho**, conmovido, retardó aún la partida. Pasó algún tiempo; pero como él viera que no se adelantaba nada con seguir en aquella incertidumbre que, como una nebulosa, rodeaba su vida, comunicó a Leonorcita la fecha precisa en que dejaría la Oficina. Vino la respuesta, con más lágrimas que palabras. “¡Por lo menos ven a despedirte!”—le decía al terminar, con un grito del corazón, que él no pudo desoir. Partió una noche, envuelto en la caman-

chaca que los vientos de final de invierno arrastraban como un manto húmedo por sobre las calicheras y salares. Triste y penosamente recorría ahora el mismo camino hollado tantas veces con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón...

Dejó el caballo al cuidado del propio, a la entrada del pueblo, y él se internó por las calles solitarias sin temor alguno de ser reconocido. Era más de la media noche y todo el oasis dormía beatíficamente, como narcotizado por el aroma de sus propias flores. **Papelucho** no oía más que el ruido de sus pasos en la arena y, muy de tarde en tarde, allá a lo lejos, el canto de algún gallo desvelado. Leonorcita lo aguardaba toda temblorosa, en el huerto, en el mismo claro de árboles donde sellaron su amoroso pacto de alianza. El—era su primera cita novelesca—no estaba menos nervioso, y al verla, desde la valla, como una sombra blanca entre la mancha oscura de los follajes, hubo de llevarse la mano al pecho, porque el corazón le ahogaba con sus latidos. Cayó ella en sus brazos, desvanecida, antes de que se hubiesen dicho una palabra, ofreciéndole en un beso toda su alma de criollita apasionada. Era la primera vez que se besaban, que se hablaban así a solas, sin testigos, dueños de sí mismos, en el secreto misterio de la noche, iluminada de amor... ¡Al fin veía **Papelucho** convertidos en realidad, en realidad divina, los sueños audaces de sus noches de insomnio y de fiebre! Como ella insistiera, mimosa, en hacerle prometer que no se iría, él habló para persuadirla de que era el propio interés de ambos, la salvación de su amor, lo que daba a aquel viaje su carácter imperioso.

—Ya ves la mamá—le dijo.—Ella no querrá con-

sentir, mientras yo no le pruebe que soy un hombre digno de tu cariño y de tu mano.

Ella se adhería a él, sujetándole por los hombros, reclinando su cabecita, como si buscase protección, en el pecho de José Luis, que, trémulo de dicha, le acariciaba el cabello.

**Papelucho** se sentía desvanecido, transportado, como temiendo despertar de pronto. ¿Quién era él para merecer tanta felicidad? ¿Era posible entonces que no todo fuese maldad, miseria, intrigas y persecuciones entre los seres? La vida era triste, y el mundo despreciable... Si, pero por lo menos, él—uno de tantos—tenía en sus brazos, recostada sobre su cuello, a la criatura más linda de la tierra, que temblaba jadeante como un pajarillo herido, que le daba a beber sus lágrimas, a solas los dos, a espaldas de todos y a despecho de toda autoridad. Había en la finca, en toda la aldea, en todo el valle, bajo la noche límpida, la dulzura de una paz infinita. Un perfume enervante, embriagador, conjunto de mil olores distintos, flotaba entre las sombras como si fuese una caricia invisible. **Papelucho** hubiera deseado volar en medio de la noche, hacia una región maravillosa, con su dulce carga a cuestas; pero ni siquiera se atrevía a rozar con los suyos aquellos labios de virgen, contentándose con sentir, al través de la pechera, el latir apresurado de aquel corazón que le pertenecía.

—¡No sé si me encuentres viva!—exclamó de pronto Leonorcita, con uno de esos arranques explosivos e inesperados de las histéricas.

—No digas eso, mi amor, mi amorcito lindo! Es nuestra felicidad lo que yo voy a buscar.

—¡Toma!—le dijo ella, y le extendió la mano a la altura de la boca.

Se había pinchado con un alfiler y **Papelucho** tuvo que sorber la gota de rubí que aparecía sobre la epi-

dermis. Y lo obligó a imitarla: él tuvo también que hacerse sangre y dársela a sorber.

¡Estraño sacramento! Ritual improvisado por la fantasía. que produjo en ambos el efecto de una pócima de brujos, de un filtro diabólico... Sobrevino el vértigo.

.....  
Rayaba el alba; la clarinada de los gallos hacía retemblar el aire; la noche cómplice se iba.

—¡Oye!

—¿Qué?

—Las cuculíes...

El canto arrullador, cansino, casi místico, de las palomitas del valle, semejante a la melopeya de ciertas músicas del trópico, comenzaba a llenar el huerto edénico.

—Mi cuculí... tú serás mi cuculí adorada!

La besó muchas veces, con sus labios ardorosos le enjugó las lágrimas.

—Llorando como ellas pasaré mientras no llegues...

**Papelucho**, con la gloria y la muerte en el corazón, se desató de los brazos de su novia y saltó la valla de la finca. Era el más feliz y el más desgraciado de los hombres.

## LA SOMBRA DEL PASADO

¡Qué emoción más pura, más tierna, más profunda que la de aquella mañana, al despertar, después de cinco días de navegación, frente a su ciudad natal!

—¡Valparaíso a la vista!—le gritó, golpeándole la puerta, el camarotero a quien había encargado que le avisase a tiempo la llegada.

Se dió su lluvia matutina—costumbre de la Pampa,—y se vistió rápidamente. Había hecho un viaje felicísimo, a pesar de que durante las últimas horas, a partir de Coquimbo, el viento sur jugueteó como quiso con el barco, que venía ya éasi deslastrado. Pero esperar que se marease él, yendo como pasajero de cámara, cómodamente instalado, servido como un príncipe, él, que había viajado—y gracias—en calidad de pavo en las bodegas!

Propinas dadas a tiempo habían hecho que los mozos patinasen por tenerle contento. Gozaba el emigrado, no como rico advenedizo o rastacuero, sino como un pequeño filósofo, comparando la situación de antaño a la de ogaño. En aquel tiempo, fugitivo, harapososo, descalzo, temiendo siempre y esperando el vejamen del más bajo como del más alto de a bordo; ahora, considerado, atendido, casi adulado, oyéndose llamar “patrón” a cada instante... ¡El, patrón! Pi-

saba fuerte, hablaba golpeado, hacía sonar el dinero en el bolsillo, no porque fuese un farsante mentecato, sino porque la experiencia le había enseñado que la audacia y el desplante son la mitad del éxito en la vida. Había alternado con todos los pasajeros en el salón; había perdido y ganado algunos pesos en la mesa de pocker, bebiendo cock-tails y whisky-sawers a destajo; había contado anécdotas de la Pampa, haciéndose pasar por un empleado superior, por un técnico en salitre; había evocado sus tiempos de la guerra, colocando muy oportunamente algunos chascarrillos de cuartel que eran repetidos después por los oyentes.

—Cuando los oficiales nos reuníamos en el cuarto de banderas...—decía **Papelucho** con desenfado.

O también:

—El Capitán Azócar me dijo aquella mañana: Teniente Llanquilef, tal cosa...

Del repertorio pampino, una de las historietas más celebradas fué la siguiente, acaso porque retrata de una sola pincelada todo un aspecto de la vida en las oficinas salitreras:

—En la Pampa—dijo **Papelucho**—es tal el servilismo de subalterno a superior, que en la mesa, por ejemplo, mientras no habla el Administrador (que es siempre el que la preside) nadie se permite desplegar los labios. Hay que estar atento y fingiendo grandísimo interés en lo que dice el jefe para largar a tiempo la risofada, aún cuando se trate de un cuento más insulso que una ensalada de pepinos verdes. En una oficina en que yo trabajaba (y que no quiero nombrar para que no se me crea un pelador) ocurrió precisamente el caso: todos celebramos estruendosa-

mente un chascarro del Administrador, menos el "chupe" del personal, un mocito que ocupaba el último asiento de la mesa y que se quedó muy serio y distraído, jugando con su servilleta.

—Pero, hombre. Tú no te ríes!—le dijo alarmado su vecino.

—¿Y para qué?—le replicó él—¡Si yo me retiro a fin de mes!

Con la charla, el juego, el baile, y hasta pololeando a tal cual dama algo romántica, se distraía **Papelucho** de sus penas de amor y de impaciencia creciente con que veía pasar los días sin que pareciese terminar jamás aquel viaje larguísimo... Por fin, ahora ya estaba vestido, listo él y listo el equipaje para saltar a tierra. Se dió una última mirada al espejo y se aprobó a sí mismo: perfectamente peinado, rasurada la barba, el bigotillo insolentemente echado arriba, el cuello y la camisa impecables, toda la silueta de un hombre joven y sano, de un triunfador, contento de su suerte y de la vida. Se fué al comedor, de unos cuantos sorbos se echó al cuerpo el café y salió, entre las miradas complacientes y perrunas de la servidumbre, para ir a colocarse en el puente, hacia la proa. Ya habían quedado atrás Quinteros, Concón, la blanca playa de Reñaca y se enfrentaba Viña del Mar. El día se presentaba espléndido, y **Papelucho**, ante el espectáculo de la bahía azul erizada de mástiles sobre el fondo de los cerros en anfiteatro, tuvo que tomarse de la baranda porque las piernas se negaban a sostenerlo. Aquel era su Puerto, el centro de sus correrías de granuja, la cuna áspera de su infancia desolada y vagabunda. ¡Cómo lo quería! ¡Y cómo hubiera deseado que viviese su pobre y santa madre para que

viese llegar, convertido en persona decente, al rapazuelo inerme a quien hicieran huír las trastadas de su propio padre!

El vapor avanzó serenamente hasta colocarse en su fondeadero. **Papelucho**, bailándole los ojos, reconoció a su mundo en ese laberinto de naves de todos los portes y de todas las banderas, en las chatas que hormigaban de obreros, en los diques que blanqueaban al sol, en la algarabía de las gaviotas, en los pitazos de los remolcadores, en el lento cabecear de las lanchas... y luego, en el tropel de monos de los fleteros que, en una pestañada, se treparon a la nave y la invadieron con su pregón característico:

—La número 28, patrón! Chalupa grande.

—La número 37... Allí está lista. ¿Tiene la ficha de los bultos?

—La número 11... La 49...

—Yo lo bajé, pues, patrón, la vez pasada... Acuértese!

Entre aquel guirigay babélico, entre aquel tole-tole indescriptible, ¿quién había de reconocer en el futrecito estirado al mataperros picador de sal o vendedor de diarios? Saboreaba **Papelucho**, sin reservas, el placer del incógnito. ¡Válgame Dios, y como había cambiado en tan pocos años aquel endemoniado Valparaíso! El muelle de pasajeros no era ya el mismo, y en el sitio en que estuviera el anterior se alzaba ahora, en el centro de un jardín, un monumento gigantesco. La fibra marina del antiguo palomilla del Puerto se sintió conmovida. **Papelucho** se descubrió con respeto ante el bronce representativo de los héroes de Iquique y la figura del marinero anónimo, de chompa suelta y pantalón de campana, le hizo pensar en Llanquilef...

Vagabundo

Aquel día había de ir de sorpresa en sorpresa. La Plaza Municipal llamábase de Echáurren y se la había mejorado bastante; pero siempre pululaba en ella la clientela habitual de miserables y de vagos. De la antigua Poza no quedaba nada, como también, según pudo verificarlo por la tarde, había desaparecido la playa, la playa de rocas y arena, que era ahora un malecón dividido en lotes, lleno de donkeys humeantes y de chirriadoras grúas. Tomó un carrito que lo llevó por calles totalmente renovadas, lo mismo de aspecto que de nombre, hasta el Almendral. Aquí la sorpresa fué mayor: el barrio pobre de otro tiempo, el barrio a trasmano, le dió la impresión de un colmenar inmenso, lleno de edificios nuevos, de plazas flamantes, bullicioso y revuelto,—la verdadera urbe! En catorce años la ciudad había dado un estirón como el de los niños cuando pasan a hacerse hombres. ¿Y su cerro, su viejo y querido y sucio Cerro de la Cordillera? También estaba transformado: al menos, el conventillo del Calzón Roto pertenecía a la historia y en su lugar se levantaba una maciza construcción de cemento en cuyos bajos, destinados al comercio, se leían grandes letreros con nombres de ciudades italianas. De los antiguos callejones, quedaban solo unos cuantos; pero ahora se les llamaba pasajes. La quebrada que antes corría a tajo abierto, era un cañón subterráneo al que se titulaba cauce...

Harto de hacer el turista, se trazó **Papelucho** un plan de operaciones. Lo primero era buscarse una casa de pensión decente porque el hotel le llevaría, quieras que no quieras, todos sus ahorros; lo segundo, ir a visitar a las señoritas Torres; lo tercero, escribir una carta—otra más!—a Leonorcita; lo cuarto, comer bien; lo quinto, pasar a ver una tanda al Odeón... Todo lo cumplió, menos lo segundo, porque las hijas del extinto maestro ya no vivían en el domicilio que él llevaba anotado en su libreta y en la vecindad no

podieron o no quisieron darle ninguna clase de noticias. Esto le contrarió mucho, como que esa gestión era su punto de partida para todas las demás relacionadas con el objetivo de su viaje.

Entretúvose, en cambio, después de comida, observando la vida nocturna de su barrio. Lo mismo que entonces, tipos tabernarios; mujeres mal vestidas, sucias, desgreñadas; viejas arrastrando las chancletas; vendedores ambulantes con su farolillo y su cajón o su canasto; rotos aniñados, de melena sebosa y pantalones de chulo; chiquillos desarrapados, marineros ébrios, he ahí el mundo que se movía a esa hora por las calles del Puerto, llenas de hotelillos y posadas de mala muerte, de bares, cantinas y burdeles. En un claro de la Plaza Echáurren—al pie, precisamente, de la subida del Castillo—funcionaba un carrusel atormentando los oídos con los aires de la marcha guerrera “Adiós al Séptimo de Línea” que su organillo automático procuraba inutilmente reproducir. **Papelucho** se acercó atraído por la alegría bulliciosa de la concurrencia infantil encaramada en los caballitos y en los coches. Los niños gozaban lo indecible con aquel viaje, que suponían vertiginoso, alrededor de un eje... Sólo uno entre ellos parecía triste; un pobre chiquillo que de pie junto a la baranda del tío-vivo, se limitaba a mirar, con los ojos tirantes, el espectáculo. De cuando en cuando, instintivamente y como a su pesar, su entusiasmo lo llevaba a gesticular, a saltar, aún a palmotear, celebrando alguna gracia de los que cabalgaban o pasaban muy orondos, como banqueros satisfechos, en los asientos de sus carruajes. **Papelucho** lo adivinó todo fácilmente, y, acordándose de sus tiempos de la palomilla brava, se aproximó a él y le preguntó si le gustaría subir. El granuja lo miró de alto a abajo; pero comprendiendo que el forastero no era de la policía, le contestó con desenfado:

—Güeno, patrón.

**Papelucho** le obsequió una moneda y a la primera parada del aparato vió que su protegido se colaba dentro y se montaba audazmente en un caballo. Subieron otros clientes menudos, sonó un pito, la rueda horizontal comenzó a girar, se lanzó a vocear el organillo y luego el joven pudo divisar al granuja, hecho un general en jefe, con el sombrero al aire y los pelos en desorden, taloneando, chillando, olvidado de todo... hasta de que tenía hambre y de que esa noche habría de dormir dentro de un cauce o en el quicio de una puerta. En alguna parte había leído **Papelucho** que el que da la limosna es el que goza, no el que la recibe, y en aquella ocasión pudo confirmarlo. El contento que sentía ahora, después de proporcionar unos cuantos minutos de felicidad a un pobre diablo, valía seguramente más de veinte centavos.

Después del teatro, se echó a vagar de nuevo. Empezaba a pesarle como una condenación la soledad. Eso de sentirse extranjero, aislado, en su propia ciudad natal; eso de andar de incógnito forzoso, de no tener, en Valparaíso, nadie con quien juntarse, le parecía de una crueldad estupenda y le sabía a muy amargo. Se le imaginaba ser como un muerto que tras de largos años hubiera resucitado para no conocer a nadie ni ser de nadie conocido. Su único compañero de vagancias era el recuerdo de la novia lejana, de cuyos brazos se había desprendido llorando y cuyos besos, ardorosos, empapados en lágrimas, habían comunicado a su corazón y a su carne una sed nueva. ¡Oh, su Cuculí, su Cuculí querida! ¡Cómo la adoraba, y con qué ansiedad iba a volver, para llegar, como antes, después de un galope de cuatro horas por los páramos ardientes, a

rodar en el vértigo de sus ojos, de su boca, de todo su cuerpo sedoso y perfumado! En Iquique los amigos le habían dado broma, reprochándole, con más o menos intención, que se hubiese fijado en una peruana, él que era un patriota de los del 79, él que tenía barras y medallas por las tres campañas... ¡Imbéciles! Como si importase algo que la mujer que amamos haya nacido más allá o más acá de la frontera... Y por otra parte ¿no había que chilenuzar la zona conquistada por las armas? Pues allí estaba la solución y él la indicaba y la ponía en práctica. El amor acabaría con lo que hizo el odio. Y eso que en Iquique mismo, a tiempo de embarcarse, había dado pruebas de que tenía sangre en las venas y el corazón en su sitio, castigando en plena calle al canalla del peruano Olate, que con todas sus artimañas no pudo librarse de que él empezase por pegarle y acabase por escupirle el rostro...

Durante el viaje, en el hormigueo de aquel mundo flotante, entretenido a todas horas, logró disipar de su pensamiento la preocupación de la responsabilidad que tenía que afrontar. Pero ahora, en la soledad de extranjero que lo envolvía, esta idea golpeaba en su cerebro con un martilleo tenaz y torturante. Cualquiera que fuese el resultado de las diligencias que le traían a Valparaíso, él debía apresurarse a regresar al norte y cumplir su compromiso. A ello le empujaba todo: el sentimiento del honor, que se hacía imperioso después de lo que había pasado, y si esto no fuese bastante, el cariño, el amor, la pasión que seguía encendiéndole la sangre y haciéndole buscar en el espacio, como un poseído, los labios de la imagen adorada.

—Mi dulce Cuculí! Toda mi vida para amarte...

Desesperado de dar con las algo anticuadas señoritas Torres, decidió irse a la Placilla en busca de sus tías abuelas, que eran, como señoritas, bastante más anticuadas todavía. Ni siquiera recordaba sus nombres, y sí sólo su apellido, que suponía fuese el de su madre: Ramos. A Contreras, el paciente cochero que lo llevaba a La Placilla le bastó este dato para adivinar a quienes se refería.

—Ya sé—dijo—son unas veteranas, ya muy mayores, que viven en su casita propia a la salía'el pueblo.

Estimuló a los caballos con la punta de la huasca, les dirigió dos palabras que no eran precisamente galanterías, y se puso a canturrear una tonada popular. Para cualquiera otro, el viaje habría sido pesado, menos para **Papelucho**, que disfrutaba a todo pulmón del aire refrigerante de los campos y solazaba sus ojos contemplando aquella tierra reverdecida por la primavera y tan distinta de las sierras y los yermos norteños. Oía sin escuchar la charla campesina del cochero, y el canto de los pájaros y el rumor del viento en los árboles del camino le sonaban como una bienvenida. La mancha azul de la laguna de Peñuelas le hizo recordar los espejismos de la Pampa... y suspiró, pronunciando, como en un arrullo, el nombre de la ausente. Luego se entretuvo imaginando la escena con aquellas viejas parientas a quienes no conocía y, pensando en lo que el vulgo dice acerca de la voz de la sangre, siguió resuelto a no revelar por ningún motivo su verdadera personalidad. Les llevaba algunos regalos y buenamente creía que eso era lo único que a sus tías abuelas podría interesarles.

—Aquí fué la batalla,—dijo el cochero, dándoselas de cicerone.

**Papelucho** miró sin entusiasmo, sin curiosidad siquiera, y pudo observar que ni un vestigio quedaba de

la refriega fratricida a que aquellas lomas y llanuras habían servido de teatro. Anduvieron un rato más; atravesaron la aldea, vulgar e insulsa como casi todas las aldeas de Chile, y el carruaje se detuvo frente a una casita de pared de adobes y techo de tejas. Se oyeron los inevitables ladridos. El viajero, tratando de parecer sereno, casi indiferente, golpeó la puerta. Abrióse ésta y apareció una viejecita, al parecer octogenaria, con el aire afligido de toda la gente que ha vivido demasiado. Casi inmediatamente se presentó tras ella otra viejecilla de idéntica figura y expresión. Aquél caballero elegante, llegando a tales horas a su casa, producía una sorpresa no exenta de alarma.

—¿Qué se le ofrecía?

—Señoras, yo vengo del norte, de Iquique, y traigo para ustedes un encargo de un pariente suyo, que es amigo y compañero mío.

—¿Un pariente?...

—Sí, de José Luis Orellana.

Las ancianas, perplejas, se miraron a la cara. Pero tranquilizadas por el aspecto y los modales del forastero, lo invitaron a pasar adentro y a sentarse. El obedeció. Todo estaba en orden en aquella pieza donde haría quizás años que ningún objeto cambiaba de sitio. Se oía a vetustez, a incienso, a azúcar quemada. Una tetera de agua hervía al brasero. En una mesa, sobre la bandeja de plaqué, veíase un mate de plata con su correspondiente bombilla. En las paredes se mezclaban los grabados profanos con las estampas místicas.

—¿José Luis?—dijo una de las viejas, como hablando consigo misma.—Será el hijo mayor de la finá Rosa del Carmen...

—El que se mandó cambiar de chiquitito...—agregó la otra vieja.

—Creo que sí. Así me ha dicho que se llamaba su

señora madre... A tiempo de embarcarme, él me pidió que viniese a verlas a ustedes y a averiguar de su familia. "No les escribo—me dijo—porque no sé siquiera si viven. Es más fácil dar con ellas en La Placilla que no con mis padres en Valparaíso".

—¿Sus padres?—Si ninguno vive...

Y las viejecillas, alternándose, como si rezasen el rosario, e interrumpiéndose para dar paso a exclamaciones de horror o de piedad, relataron a **Papelucho** lo que ya él sabía demasiado, es decir, toda la historia de Saturnino y de Rosa del Carmen, desde el noviazgo hasta la muerte de ambos, y deteniéndose con delectación en los pasajes del crimen, del proceso y del fusilamiento. Hasta tuvieron la refinada crueldad de mostrar a **Papelucho** unos versos populares que se gritaron por la calle y que empezaban así:

Durmiendo a sus bienhechores  
los pilló esa fiera humana  
y los ultimó a cuchillo  
el asesino Orellana.

—Ahora, de los niños,—prosiguieron,—sin contar el mayor que se fué arrancao, uno, Antuco, murió pal 91 en la batalla de aquí'al lado, y el otro salió a su padre. Ese pára más en la cárcel que en su casa. De las niñas, una, la Elenita, la criamos nosotras y acaba de hacer un buen matrimonio con un joven de aquí del pueblo, muy trabajaor y muy honrao. A ellos le dejaremos todo lo poco que tenemos... La otra, la menorcita, está en las monjas y no quiere salir. Fijo que si hubiera con qué, ya habría profesao.

**Papelucho** comprendió que ya nada le quedaba que hacer allí y se preparó a marcharse. Extrajo del coche, que esperaba afuera, los regalos que decía haber mandado José Luis y los entregó a las ancianas, manifestándoles que desearía visitar también la hermana

de su amigo, para la que también traía unos recuerdos.

—Contreras sabe donde vive,—dijo una de ellas.

—Contreras, lleva al caballero donde Pascual,—le ordenó la otra.

—Me río yo de la voz de la sangre...—pensaba irónicamente **Papelucho**, mientras el carruaje se ponía en movimiento.

Elena estaba sola. Pascual Acevedo, su marido, que operaba en la compraventa de frutos del país, se había ausentado aquella mañana por razones de su trabajo. La sirvienta (Elena podía darse el lujo de tenerla) hizo pasar al visitante a la salita de recibo y luego se presentó la dueña de casa. **Papelucho** se puso en pie, vivamente emocionado, y repitió la lección: venía del norte, de parte de su amigo Orellana... Mientras hablaba, vió en las facciones de su hermana reproducidas las de Rosa del Carmen, y observó también que parecía haber heredado de la difunta una cualidad que casi nunca falta a la mujer del pueblo y que es la salvación de la raza: Elena usaba una blusa suelta, cortina que difícilmente conseguía disimular la maternidad naciente.

—Mi amigo José Luis me ha dicho que cuando chico no tuvo más que dos cariños: su madre y una hermana a quien llamaba la nena y que supongo será usted.

—Sí—dijo ella, sonriendo—pero José Luis se ha portado muy ingrato. A tal punto que muchas veces mamá y yo lo hemos llorado por muerto.

—No lo tache de ingrato. Sólo yo sé cuanto le ha costado formarse al pobre muchacho... Su mamá le habrá dicho a usted por qué se fué de la casa, cuando no era más que un pobre chiquillo desvalido... Ahora

es un hombrecito muy formal y muy aprovechado. Está bien, gana plata, y ¿quiere que le diga más? yo sé qué tiene el pensamiento de llevarse a toda la familia al lado suyo...

—Eso es imposible.

—Si veo que es un poco tarde para pensar en eso, y se lo tendré que decir. Pero es que él no sabe una palabra de lo que ha pasado...

**Papelucho** había observado que desde el primer momento Elena le miraba con una atención rara, no como a cualquier desconocido, sino como si procurase convencerse de la verdad de una sospecha repentina y sorprender un secreto que se escapa. Él desviaba la vista, temeroso de delatarse; pero ella lo perseguía con la suya, midiéndolo de alto a abajo, mirándolo moverse, escuchándole de una manera especial como si tratase de recordar, en esa voz, el eco de otra voz tejana.

—¿Dónde trabaja mi hermano?—le preguntó de pronto.—Me dejará usted su dirección.

—Sí, trabajamos juntos en la oficina Sierra Blanca.

El temió al interrogatorio y habló de despedirse. Se declaró satisfecho de haber cumplido el encargo de su amigo Orellana. Ella lo hostigaba inquiriéndole detalles: cómo estaba su hermano, qué oficio tenía, en qué aventuras había andado... Discretamente, **Papelucho** se puso de pié.

—Pero usted se va, y yo ni siquiera sé cómo se llama. ¿A quién voy a agradecerle esta atención?

Él comprendió que era inútil seguir simulando. Quiso, sin embargo, prolongar la prueba y extrajo de su cartera una tarjeta personal que, sin poder evitar el temblor de la mano, pasó a la regalona.

—Somos tocayos—dijo—Tal vez por eso nos queremos tanto...

Elena recibió la cartulina, la miró apenas, y des-

pués, yéndose hacia el forastero, lo tomó por los hombros y le clavó los ojos en los ojos.

—¡José Luis! ¡José Luis! Tú eres mi hermano...  
Tú eres **Papelucho**!

No su nombre, su sobrenombre pronunciado por aquella voz que le era tan querida, desarmó al muchacho. Tendió a su vez los brazos a la nena, a la regalona de su primera infancia, y ambos se estrecharon confundiendo sus lágrimas.

—¿De modo que estás contenta, nena?

—Sí, **Papelucho**. Mi marido es muy bueno, lo quiero yo, él me quiere... ¿qué más puedo pedir?

—Toma entonces este modesto recuerdo de tu hermano ingrato... para el que viene en viaje!

Elena, para disimular el rubor, se sonrió y **Papelucho** pudo observar que, lo mismo que a su madre cuando joven, se le formaban hoyuelos en las mejillas. De su cinturón de viajero sacó a lucir unas libras esterlinas que produjeron un deslumbramiento y que resonaron al pasar de mano a mano, como la cristalina canción de la esperanza.

## EL PASADO HA MUERTO

El domingo siguiente, Elena y su marido bajaron a Valparaíso y se unieron a José Luis para realizar juntos dos diligencias importantes: ir a Playa Ancha, al cementerio, a dejar una corona en la sepultura de Rosa del Carmen y pasar a visitar a la “puchusca” al Buen Pastor. Pascual y **Papelucho** habían simpatizado desde el primer momento, aún cuando para los gustos lugareños del primero, su cuñado le resultase demasiado futre y hasta un poco agringado. Era un lindo día de fines de Octubre, el tiempo de gala para el gran puerto chileno, porque ya están lejos los temporales de norte y aún no se desatan los terribles ventarrones veraniegos.

En medio del espacio destinado a los muertos humildes, entre un ejército inmóvil de rejas y de cruces, se destacaba el epitafio de Rosa del Carmen, igual a todos los epitafios de los pobres, que no saben expresar sino en una forma su dolor:

“AQUI YACEN LOS RESTOS MORTALES...”

Una plancha de vidrio evitaba la acción de la intemperie sobre las letras. Los manzanillones y las malva-rosas habían cuajado con extraordinario vigor

y se desbordaban, alcanzando hasta las sepulturas vecinas. Cabizbajos, tristes, sin hablarse, los deudos colocaron la corona e hicieron oración. **Papelucño** vió lágrimas en los ojos de su hermana y habría deseado llorar también; pero así al sol, al aire, a la vista de la gente que recorría con aspecto indiferente el interior del camposanto, prefirió contenerse. Su piedad filial le hizo encontrar demasiado modesta aquella tumba y habló de adquirir la propiedad de un nicho; pero Elena se opuso tenazmente, arguyendo que la muerte estaba mejor así, bajo la tierra, como lo ordena Dios, y cubierta de enredaderas y de flores. **Papelucño** no insistió. Arrancó distraído una flor de manzanillón y en silencio, con el pensamiento muy lejos, comenzó a deshojarla:

—Me quiere... mucho... poquito... nada...

Era una pena dulce, un dolor suave que se disolvía en la atmósfera radiante, allí junto a los despojos de su madre, ante la plenitud del sueño de amor de sus hermanos y evocando la sombra luminosa de su propio idilio. Si había gloria, si la promesa de la religión no era un falaz consuelo para los atormentados de la vida, seguramente el alma de la mártir gozaba ahora de la visión de Dios, mientras sus huesos, conforme al mandato bíblico, se convertían en polvo... Por contraste recordó a su padre; pero nada dijo, a sabiendas de que su cadáver, como el de todos los que mueren en el banquillo, había sido arrojado a la fosa común. Luego pensó en su viejo amigo el maestro Torres y propuso a Elena y a Pascual buscar el mausoleo de la Sociedad de Zapateros y Ramos Similares. Allí, sobre el mármol del frontis, aparecía en sitio de honor el nombre del respetable artesano, prez y orgullo de su gremio. Elena tenía algunas noticias de las hijas del difunto maestro y se las dió a **Papelucño**. Apenas muerto su padre, "las ni-

ñas”, tan unidas siempre, dieron en reñir y disputar; se repartieron malamente todo lo que había en casa y los fondos percibidos de la caja social, y cada cual cortó por su lado. Ahora, ninguna de las dos vivía sola...

—¿Se han casado?

—O algo por el estilo...

Desde la altura del cementerio, **Papelucho** contemplaba el mar, el mar azul, el mar sin límites, por donde sus ojos de niño aventurero habían vagado tantas veces, y viendo a la distancia el punto negro de un vapor que se alejaba rumbo al norte, se quedó pensativo, ensimismado.

Hacia ya rato que golpeaba en sus oídos, entristeciéndolo, el alarido profundo de la Boya del Buey, desgarrador como un grito de naufrago, y le parecía que era la primera vez que lo escuchaba.

—¿En qué piensas?—le preguntó Elena.

—No me atrevo a decírtelo.

—Dilo no más.

—Bueno: pensaba en mi novia.

—Ah! ¿Con que tenías novia? ¡Pícaro!

—¿Y tú? El amigo Pascual, para casarse contigo, ¿no fué novio tuyo?

—No embromes. ¿Está en el norte?

—Sí, y es la chiquilla más encantadora del mundo.

—¿Tienes el retrato de mi cuñadita?

—Sí, aquí lo tengo. Míralo. ¿Has visto preciosura igual? Yo la llamo mi Cuculí, que quiere decir “mi palomita”.

Les mostró el retrato que guardaba desde su primer viaje a Pica y les dijo que su novia se llamaba Leonorcita.

Pascual y Elena la encontraron “de lo más dije”.

—¿Y se casarán pronto?

—En cuanto se pueda. Hay que juntar primero algunos pesos... Y ella es una chiquilla todavía.

—Pero ¿no tiene nada?—inquirió Pascual, práctico como buen comerciante haciendo, con los dedos índice y pulgar, un gesto significativo.

—Por el contrario, tiene. Y por lo mismo...

Después de medio día fueron los tres a visitar el Buen Pastor. La novicia quedó encantada de saber que su hermano José Luis vivía; pero más encantada aún de que él se comprometiese a sufragar los gastos necesarios para la toma de hábitos. **Papelucho** no se conformaba con haberse limitado a oír su voz, tímida y suave, tras las rejas del locutorio: habría deseado verla, abrazarla... Aquella creatura, que era su hermana, había venido al mundo y se alejaba de él como una de esas corrientes de agua subterráneas que sólo se pueden advertir por el sonido...

Casi feliz a medida que iba poniendo en claro la situación de sus hermanas, **Papelucho** no sentía ya tan gravemente en torno suyo el peso de la soledad. Otro origen tenía su inquietud de ahora, y este no era sino el silencio que como una sombra mala iban descargando los días entre su novia y él. No estaba entre sus lecturas la de Don Quijote de la Mancha, pero, de haber leído el libro inmortal seguramente se habría confesado como el heroico lunático de Cervantes, “ferido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón.” En vano acudía, tarde y mañana, a la lista de correos. En vano averiguaba la llegada de los vapores del norte. ¿Qué habría ocurrido? Se hacía las más absurdas y extrañas conjeturas; presentimientos de muerte, de crimen, de tragedia, le perseguían hasta en sueños. A veces se le imaginaba que su Cuculí, arrepentida de la locura que los echara al uno en brazos del otro, había cometido una locura mayor... Pálido y trémulo, buscaba en los diarios la sección telegráfica de Tarapacá. Ah! pero no: ella lo quería y no podría intentar nada que redundase en daño suyo... Otras veces, representándose exageradamente

el genio impositivo de la señora Edovina, veía a su novia, como a su hermanita menor, sepultada para siempre en la celda de un convento...

—¡Oh, mi Cuculí! ¡Mi Cuculí querida!...

Se día entreteníase recorriendo el comercio, haciendo excursiones a los cerros, a Playa Ancha, al Barón, a Viña del Mar, merodeando al acaso por las caletas pescadoras, pasando horas enteras cerca de los muelles y entre los "sitios" del malecón, oyendo con disimulo los dicharachos de los rotos y la quejumbre eterna de las mujeres, reviviendo, como quien vuelve a leer un viejo libro abandonado ya mucho tiempo, su infancia miserable y azarosa. Complacíale reconocer en este o aquel fletero, en tal otro cortero o cargador, alguna fisonomía que le fuera familiar en sus años de palomilla. A más de uno de sus compinches y secueces encontró en la persona de esos vagos, todo alcohol y pringue, que se calientan al sol en los escaños de las plazoletas o encucillados en las soleras. **Papelucho**, como todos los "self-made-men", como todos los hombres que se sienten hijos de su sólo esfuerzo, estaba satisfecho, casi admirado de sí mismo. Fácilmente se le puede perdonar este rasgo de orgullo a quien, como él, hubo de desplegar una voluntad heroica para vencer tanta dificultad y, entre todas, la que con mayor frecuencia aplasta y aniquila: la de la presión horrible del ambiente. El mayorazgo de Orellana tenía razón para considerarse un ser excepcional, pensando que sus hermanos, sí,—el uno sucumbiendo casi niño en una batalla sin gloria y el otro perdido para la vida honrada y para el trabajo—habían realizado su destino natural y hecho todo lo que era dable esperar de ellos. Estaba seguro de que si se hubiese dado a conocer, de que si hubiese detenido al paso a

alguno de aquellos hombres del pueblo para decirle:—  
“¡Cómo le va, amigo! Yo soy **Papelucho**, el hijo de Saturnino el fusilado,”—se habría reído a carcajadas celebrando el buen humor del patroncito y habría concluído por pedirle un par de chauchas para ir a echar un taco a su salud...

En la pensión había hecho algunas amistades, cosa tanto más fácil cuanto más alta era la posición que se le atribuía. De una honradez intachable de procedimientos, **Papelucho** se había hecho hábil, sin embargo, en la táctica de la simulación. Se le tenía allí por un potentado del salitre, y él “se dejaba querer”. Pasaba a menudo por las librerías—pensando siempre en ella!—y antes y después de comida salía con sus nuevos amigos al aperitivo, al bajativo y a los teatros. Se le creía un buen “panizo”, lo cual hacía sonreír a **Papelucho**, encontrando encantador que trataran de “pilotearlo.” Pero nada era capaz de apartar de su pensamiento la imagen adorada ni de mitigar en algo su impaciencia. Volvió a La Placilla a despedirse y anunció su viaje, irrevocablemente, para el día en que zarpase el primer vapor con rumbo a Iquique!

Llegó por fin la suspirada carta, y ella lo explicaba todo. “Sus padres habían sido informados de la cita en el huerto a altas horas de la noche, y pretendían obligarla a cortar relaciones con él, a quien calificaban de mal hombre y de traidor, digno de su sangre y de su raza...” Pero ella se negaba rotundamente, porque lo amaba y lo amaría hasta el fin de su vida, y estaba dispuesta en un caso extremo, a hacer confesión plena. “Pero vente, por favor, mi José Luis,—agregaba.—Ponte en mi situación... Todo Pica está en mi contra, dándole la razón a mamá. Cada día que tardas en volver, se hace mayor mi sufrimiento y más difícil la resistencia. Vente, amor mío, si no quieres encontrarme muerta.—Y no, tu Cuculí quiere vivir para seguir amándote...”

Besó la carta una y mil veces, emocionado, casi fuera de sí, repitiendo y bendiciendo el nombre amado, y se dispuso a regresar. El destino, el destino que él se había forjado luchando a brazo partido con la caprichosa adversidad, empezaba a realizarse. El amor era su varillita de virtud. Escribió a Elena, despidiéndose de ella y de Pascual, y una tarde, a los quince días de haber vuelto a poner el pie en el suelo de Valparaíso, tomó el vapor que lo llevaría de nuevo a la tierra en que había conseguido hacerse un hombre.

Pero estaba escrito que no había de irse sin recibir una última impresión sentimental. En el muelle, a tiempo de embarcarse, vió venir en dirección opuesta a la suya, a una dama todavía joven, vestida de negro y acompañada de un niño, al que llevaba de la mano. Desde sus días de Santa Claus, habían pasado ya cerca de diez años; pero él, en presencia de la dama, no tuvo un segundo de vacilación.

—Alicia!—fué la palabra que acudió como un relámpago a su mente.

Ella lo miró distraída y pasó sin reconocerlo. Él no se atrevió a saludarla; pero se quedó pensando en que el ídolo estaba siempre bello: aquellos eran los mismos ojos azules, tan claros y expresivos, aquel su pelo rubio, aquella su misma leve palidez...

—Ya está, patrón! Listo!—le decía el botero.

Pero él, afirmado en el pasamanos, no se decidía a embarcarse. La seguía con la vista, encontrándola interesante y delicada como siempre, el porte señorial, la silueta elegante y distinguida, a pesar de la tristeza austera de su traje de luto. Aguardó en vano que ella volviese la cara, y cuando al fin la vió desaparecer se encogió de hombros y bajó a saltos las gradas del embarcadero.

A aquella hora, al despedirse quizás definitivamente de su ciudad natal, de la que se sentía tan desarrai-

gado, una fuerza nueva, nacida sin duda de la conciencia de haber cumplido sus deberes de hombre, le llenaba el corazón. Ya no vacilaría más, porque su destino estaba totalmente decidido. El apellido de su progenitor desaparecía, y con él se sepultaba para siempre el pasado infausto y dolorido: Elena ya no se pertenecía, y sus hijos llevarían el nombre del jefe de la familia; su hermana menor, consagrada al servicio de Dios, ya no existiría para el mundo; Daniel... ¿qué importaba? se revolcaría en el cieno en que había nacido y pronto volvería a él, anónimo, oscuro, insignificante. El, Llanquilef, se iba, de cara al porvenir, dueño de su nombre como de su voluntad. Su compañera, el alma de su vida, su dulce Cuculí, llevaría su apellido,—Llanquilef,—y Llanquilef serían sus hijos y sus nietos. Pensó con ternura, pero sin sensiblería, en la novia que esperaba su regreso, resuelta hasta a contrariar la voluntad paterna por unirse a él, por pertenecerle hasta la muerte, con la misma abnegación con que había sido suya en un instante de pasión y de gloria.—¡Ah, mi Cuculí! dulce como una paloma y fuerte como una pantera... Ya podía seguir resistiendo, amurallada en sus prejuicios, la señora Edovina: él había venido a Valparaíso, no a desenterrar sino a enterrar el pasado ignominioso y se sentía también dispuesto a todo, hasta a la violencia, por la satisfacción de su amor y de sus ambiciones. Ya podían sus amigos lanzarle las indirectas que quisieran a propósito de la nacionalidad de la que hoy era su novia y sería mañana su mujer: fuerte hasta allí por su voluntad, él, alentado por el amor, llegaría muy lejos y muy alto. Triunfaría, se impondría, ya no sería la creatura errante y desvalida, lo que bota la ola, el pelucho que se lleva el viento...

Un pitazo estridente del vapor—el último,—le trajo a la realidad inmediata. Estaba apoyado en la borda, del lado de popa, y tenía a su frente la ciudad que ya empezaba a sumergirse en la sombra y a encender, bajo las tintas del crepúsculo, sus millares de luces. El mismo **Papelucho**, hijo del Puerto, criado en las laderas de sus cerros y entre las breñas de sus playas, se extrañaba de no sentir pena ninguna por aquella ausencia que veía decisiva. Miró las lanchas que, ya descargadas, se desabraban del costado y se alejaban con toda la prisa que les era posible; vió a los wincheros,—de los que fué colega,—izar definitivamente las plumas y arrollar las cadenas; observó en fin el trabajo de desamarrar el barco de su boya y de elevar el ancla de fondeo.

Oyó voces de mando, algunos marineros subieron y bajaron escalas, y pronto percibió el vaivén característico del barco que se pone en movimiento. Las hélices comenzaron a girar, hubo una trepidación sorda, y él vió formarse, tras el casco de la nave, un borbollón de espumas blanquísimas sobre el verde sombrío del agua marina. Sonaron golpes de gongo: llamaban a comer. Pero **Papelucho** no se movió. Al resplandor de una ampolleta eléctrica, leyó por última vez la carta de la novia lejana; la besó con devoción, murmurando una vez más aquel sobrenombre cariñoso que tenía para él el sabor de una caricia y continuó mirando, mirando las luces de la ciudad que aumentaban en número y disminuían en tamaño, las luces fijas que constelaban la mole sombría de los cerros, y las otras como estrellas flantes que se entrecruzaban sobre el haz de la bahía... De aquellas luces fijas, semejantes a las que alumbraron sus primeros pasos, ni una sola brillaba ahora para él.

—Es la vida, la vida...—pensó.

Y dando un aletazo formidable, su imaginación se adelantó al vapor, que ya tomaba hacia las mares altas; desembarcó en un puerto salitrero; se internó por los calichales; atravesó al galope una pampa solitaria, y allá, en un agreste rincón, bajo la luz de la lámpara familiar, vió una linda cabecita morena que, inclinada sobre una carta, contaba, como él, por los latidos del corazón, los minutos que faltaban para el beso triunfal de bienvenida.

**Fin de PAPELUCHO.**

## APÉNDICE

### Vocabulario de Regionalismos usados en el texto

A fin de evitar la molestia que ocasiona al lector de obras de entretenimiento estar interrumpiéndose a cada instante para ver la nota o notas estampadas al pie de cada página, el autor ha creído preferible agregar al texto este pequeño registro de voces regionales, que ojalá no parezca impertinente. Se advierte que no se explica sino la acepción en que la palabra o el giro ha sido empleado.

#### A

- Acholar* (de *cholo*).—Ruborizar, amostazar.—Acholarse: confundirse, amostazarse, «achuncharse».
- Agencia*.—Casa de préstamos, montepío. El pueblo dice: «la peña».
- Aguatero* o *aguador*.—Vendedor de agua a domicilio. El servicio de agua potable los ha hecho desaparecer. En buena hora.
- Ala* (*Bornear el*).—Cortejar, galantear, asediar.
- Ala* (*Andar herido en el*).—Estar enamorado, sentir afección por determinada persona.
- Amargos* (*Ser de los... para algo*).—Sobresalir en una especialidad, ser muy apto.
- Aporreador* o *tonto*.—Herramienta que, entre otras, usa el trabajador en las calicheras. Sirve para desmeruzar los trozos de material demasiado grandes.
- Apuntarse*.—Familiarmente: beber hasta quedarse en el primer período de la borrachera. Achisparse. Picarse.
- Arrancarse*.—Huir, fugarse.

- Argolla*.—El anillo, generalmente de oro y sin piedra que el novio da a la novia en prenda de compromiso nupcial.  
*Arrenquín*.—Muchacho aprendiz. Pinche. Mancebo.

## B

- Bajativo*.—El licor que se acostumbra beber después de las comidas.  
*Balcones volados*.—Balcones salientes o corridos. Detalle arquitectónico muy del gusto de nuestros abuelos de la Colonia.  
*Barreta*.—En la Pampa, cura, fraile, sacerdote.  
*Barreno*.—Especie de barreta corta o de cincel largo que usa el operario llamado barretero.  
*Barretero*.—En minas y salitreras, el obrero que horada el subsuelo y prepara los tiros. Trabaja con dinamita y pólvora y sus herramientas son el aporreador, la cuchara de concha, el barreno, la yaucana, el macho o combo, el cachorro, etc.  
*Boletero*.—En las salitreras, empleado que lleva la cuenta de las carretas y del personal encargado de las operaciones de extracción y acarreo.  
*Bola de fuego*.—Malestar que se siente al día siguiente de una borrachera y después de haberla dormido. Sobre-mona.  
*Bolo (o bolada)*.—Cosa robada o encontrada. Botín. También trabajo fácil y remunerativo. Así se dice: «está bueno el bolo» o «la bolada». Ahora se acostumbra más: «está buena la nombrada».  
*Bichicuma (o michicuma)*.—Del inglés beach-cumber: vago y miserable de las playas, generalmente vencido por el alcoholismo.  
*Bota (dar la)*.—Expulsar o separar de un empleo o faena.  
*Bototos*.—Zapatos gruesos. Calamorros.  
*Broceo (de broza)*.—Llegar, en las labores de una mina, a una región de piedra bruta, sin valor, o de metal pobrísimo.  
*Bueyes (saber los... con que se ara)*.—Conocer las uvas de su majuelo, tener experiencia de la gente con que se vive o trabaja.  
*Buitres*.—Despectivamente: empleados del resguardo de las Aduanas.

## C

- Cabro, cabrito*.—Niño, chiquillo, en general. En la jerga de los delincuentes significa efebo.  
*Cabe*.—Acomodo, en el sentido de ocupación o empleo. Pega.  
*Cacharpas*.—Prendas de vestir, «Pilchas».  
*Cachimba*.—Pipa de fumar.  
*Cachivaches*.—Objetos de escaso valor. Baratijas.  
*Cachureo*.—Rebusca de objetos de algún valor entre los basurales, etc.  
*Cachurear*.—Dedicarse al cachureo.  
*Cachuchos*.—En la Pampa, disolvedor calentado por serpentines para la circulación del vapor. Su capacidad es de 1,000 a 1,800

quintales. Los accidentes ocasionados por los cachuchos sin rejas o destapados han sido innumerables en la Pampa durante largos años y dieron motivo a muchísimas huelgas y nombramientos de comisiones oficiales de estudio. Ríos de tinta y de sangre corrieron antes que los industriales se decidiesen a quedar convencidos de que las rejas pedidas para los cachuchos no perjudican en nada al capital y favorecen, en cambio, al trabajador, evitando accidentes casi siempre fatales.

*Calamina*.—Plancha de fierro galvanizado, acanalado, para construcciones. Vulgarmente, «planchas de zingue» (de zinc).

*Caleuche*.—Mito chilote. Queda explicado en el texto.

*Caliche*.—La materia prima que contiene el salitre. Usase también en plural, especialmente cuando se trata de determinar sus cualidades. Así se dice: caliches borrosos (que producen borras), ahuesados (poco solubles), ripiosos, macizos, blandos, duros, porrosos, sulfatosos, llorones, azufrados, etc.

*Calichera o Calichal*.—Yacimiento de salitre en explotación. Equivale a «pampa» cuando se trata de la distribución de las faenas en una oficina.

*Camal*.—En la Pampa, matadero.

*Campamento*.—Parte de la oficina donde viven los obreros. Otro de los grandes problemas de la vida pampina. Quedan todavía campamentos cuyas habitaciones son simples carpas de sacos viejos y gangochos, y otros en que los obreros y sus familias viven bajo tierra.

*Cana (En)*.—En la cárcel, preso.

*Canario*.—Reloj de oro.

*Cantina*.—En la Pampa, castizamente, casa de pensión o restaurante.

*Camanchaca*.—Voz de origen quechua. Niebla o bruma que produce a menudo el efecto de una llovizna. Dícese que su significado castellano es «cara fea» o «diablos feos», debido a que, en épocas pre-coloniales, cuando guerreaban ciertas tribus costeñas, de carácter belicoso, con los indígenas agricultores del valle de Pica, aquellos se pintaban la cara con figuras extrañas a fin de producir el miedo en sus adversarios y aprovechaban las noches de niebla espesa para realizar sus expediciones y sorprenderlos. A nueve leguas de Pica, separado por la Pampa del Tamarugal, existe el pueblo de Pintados, nombre que se deriva de los «cerros pintados», a cuyo pie se estableció. Estas pinturas o dibujos trazados sobre el terreno mismo y respetados por la acción del tiempo, serían, según los especialistas, el único documento que nos habla de aquellas remotas guerras entre los pacíficos piqueños y los temibles «camanchacas».

*Cancha*.—Espacio libre y plano que se utiliza para carreras, juegos, depósito de carga, etc. «Hacer cancha», es hacer corro dejando un sitio amplio a los peleadores.

*Cantón*.—En Tarapacá, división geográfica extra-oficial. Un cantón

- salitrero viene siendo un núcleo de oficinas al rededor o en las cercanías de un pueblo. Así antes existió el cantón de La Noria y ahora se dice: cantón de Huara, de Negreiros, de San Antonio, de Lagunas, etc. Tenemos entendido que esta denominación viene de antes de la guerra del 79, aunque no nos interesa poco ni mucho la geografía del Perú.
- Carrerino*.—Partidario de don José Miguel Carrera, en oposición a «O'Higginista» o partidario de don Bernardo O'Higgins. Hoy no hay ya «carrerinos» sino «carreristas», lo que es muy distinto.
- Carrusel*.—Tío-vivo. En Argentina; calesitas.
- Cara o sello (jugar al)*.—Tirar a la suerte arrojando monedas al aire. Cara o cruz. Jugar a las chapitas.
- Casaca*.—Familiarmente: matrimonio, casamiento.
- Casero*.—En el comercio, parroquiano, cliente, comprador habitual. También se aplica al vendedor.
- Casería*.—Parroquia, clientela. Voz usada especialmente por los vendedores ambulantes que dejan sus artículos a domicilio.
- Cinga (a la)*.—Acción y efecto de cingar.
- Cingar*.—Empujar la lancha apostándose en la popa y dando a los remos un movimiento transversal como el de la aleta caudal de los peces.
- Cingadores*.—Los lancheros que efectúan la anterior operación.
- Cobres*.—Plata, en el sentido de dinero, debido a que antes hubo numerario de aquel metal, monedas de 2½, 2, 1, y ½ centavos, con las que algo se podía comprar. ¡Dichosos tiempos!
- Colorín*.—Adjetivo con que se designa el pelo de color rojizo, tostado o alazán. Dáse el mismo nombre a la persona que tiene barba o cabellos colorines.
- Contimás*.—Cuanto y más.
- Corrector*.—Mayordomo en las faenas de las salitreras. Señala a los operarios el sitio en que ha de trabajar y les recibe, por carretadas, el caliche extraído.
- Corte (ganar un)*.—Hacer un trabajo de cortero... o de cortera.
- Cortero*.—Mandadero, cargador de equipajes. En Argentina: changuard.
- Cortera*.—Buscona nocturna. En Valparaíso, «maraca».
- «*Crocán*».—El Cochrane, buque de guerra.
- Costra*.—Segunda estrata «de tapa» del caliche. Se la ha utilizado durante los primeros años de la industria salitrera, en construcciones como rampas, plataformas, paredes de habitaciones en los campamentos, etc., y más tarde se ha llegado a explotarla como material de elaboración.
- Copucha*.—Vejiga de vacuno, destinada a diversos usos domésticos.
- Cuadrillazo*.—(De cuadrilla). Acto de acometer o golpear entre varios a uno sólo. También se dice «dar un capote» aunque esta última frase tiene una aplicación de índole sexual que hace su empleo algo escabroso.

- Cuadrillero.**—El que gusta de atacar y pegar en cuadrilla, dar cuadrillazos.
- Cuco.**—Coco, fantasma.
- Cuico.**—Apodo nacional de los bolivianos. Muy popular durante la guerra del 79.
- Cancho.**—Trabajo suelto y a menudo inesperado. Hacer un cancho es «ganarse un corte», realizar una tarea eventual. También se dice «pololo» y «pololito».
- Cumbrera.**—Sombrero.
- Cuculí.**—Nombre que se da a la tórtola en el Perú y en las provincias del extremo Norte de Chile. A pesar de su estado silvestre, la cuculí es particularmente dulce y sociable, lo que la distingue de sus congéneres de otras regiones. *Turtura aurita*.

## Ch

- Chacras (hacerse el de las).**—Simular inocencia e ingenuidad. «Hacerse el de las Monjas».
- Chanfaina.**—Un guiso hecho de hígados y otras vísceras desmenuzadas.
- Chalilones.**—En Tarapacá, fiestas de Carnaval. Carnestolendas.
- Chancharo.**—En la Pampa, operario de las chancadoras o trituradoras de material.
- Chanqueta.**—Familiarmente, el recién nacido del sexo femenino.
- Chapas (afirmarse en las).**—Ponerse firme, porfiar, resistir con denuedo.
- Chapitas (Jugar a las).**—Jugar al cara o selio.
- Chata.**—Pontón. Barco jubilado que se destina a bodega o maestranza.
- Chaucha.**—Moneda de veinte centavos. En Coquimbo y Atacama: chirola.
- Chaurrinas.**—En Valparaíso, excusados públicos. (De Echaurren, por el apellido del Intendente que los hizo construir).
- Chaya.**—Deporte de Carnaval, demasiado conocido para que haya necesidad de describirlo.
- Chicharra.**—(El que nació para... tiene que morir cantando). Genio y figura hasta la sepultura.
- Chinchorrazo.**—Golpe, en general. Andanada. Tiro de cañón que se acierta. Probablemente, corrupción de «chincharrazo».
- Chingana.**—Casa de placer no prostibularia. Se usa cada vez menos.
- Chinonga (o Chinoca).**—Diminutivo de «china», nombre que se dió y aún se da a la mujer del pueblo, y que hoy se refiere, despectivamente, a las «empleadas» del servicio doméstico y a las sacerdotizas de Venus. En el sur se llama «chinas» a las indias puras.
- Cholo.**—En el Perú, indio. Entre nosotros, apodo nacional de los peruanos.
- Choleta.**—Diminutivo de cholo.

- Chompa*.—Blusa marinera, amplia, de mangas cortas y sin abotonadura.
- Chuca o chusca*.—Primera estrata «de tapa» del caliche. Polvillo que cubre grandes extensiones de pampa y hace muy penoso el tránsito por ellas.
- Chirimacha*.—Insecto parásito, especie de vinchuca o chinche gigantesca que habita en las grietas de los techos y paredes, en los campamentos. Es muy voraz y su picadura suele producir infecciones. *Triatoma Infestans*.
- Chuncho*.—El más pequeño de los buhos chilenos. Ave de mal agüero. *Noctua pumila*.
- Chupe*.—Un guiso especial muy sabroso, que se hace con carne, pescado o marisco. De ahí la frase: «asegurar el chupe», es decir asegurar la comida, el alimento.
- Chupe*.—El último en una competencia. «Salir chupe», es quedar el último, derrotado por todos. El menor en una familia, y el inferior entre un personal de empleados. En Valparaíso se usa la voz inglesa «junior».

## D

- Desabracar*.—Desatar y separar una embarcación de otra o de un muelle o malecón.
- Destazador*.—Queda explicado en el texto.
- Defectivo*.—Efectivo.
- Dejarse querer*.—Seguir la farsa, no desengañar a los demás.
- Donckey*.—Grúa a vapor.

## E

- Ende*.—Desde.
- Endey*.—En seguida, desde ahí.
- Encanar*.—Aprehender, encarcelar.
- Encanado*.—Preso. «En cana».
- Echar un taco*.—Tomar un trago, beber una copa.
- Enganche*.—En Chile se aplica esta voz no sólo al sistema de contratar soldados y marineros, sino al de llevar trabajadores para las faenas industriales.
- Enganchador*.—Individuo que se ocupa en la tarea de enganchar. Generalmente se le paga «tanto por cabeza...»

## F

- Ficha*.—En la Pampa, moneda de caucho con que se paga provisionalmente a los trabajadores. El usurario descuento que hacían las propias oficinas por cambiar las fichas en moneda corriente, dió motivo a muchas tragedias que más vale no recordar.
- Fonda*.—Hotel establecido en las oficinas por cuenta de la Adminis-

tración o entregado a un contratista o «fondero». En el resto de Chile, fonda es sinónimo de «chingana».

*Frionera*.—Corrupción de friolera, cosa de poco valor.

*Futre*.—Persona perteneciente a la clase alta. Persona bien vestida.

*Futrerío*.—Conjunto de los futres o clase social formada por ellos.

## G

*Gallada*.—Hazaña, proeza, acto de audacia. También, conjunto de «gallos».

*Gallos*.—Familiarmente: sujetos, hombres, especialmente si se trata de quienes pertenecen a un mismo gremio o bando. Así se dice: «allí están los gallos» o «allí está la gallada». En el trabajo de la Pampa, reemplazante del obrero que falla.

*Granujear*.—Hacer cosas de granuja. Gandulear.

*Gangocho*.—Pedazo de harpillera.

*Guacho (o huacho)*.—Desp. huérfano. Hijo natural o ilegítimo. Cualquier animal que se cría sin madre.

*Guasca (o huasca)*.—Fusta, látigo.

*Grimillón*.—Multitud. Aglomeración.

*Guillave*.—Fruto del quisco, jugoso y agridulce como la tuna, su hermana de huerto. También se llama «copao». *Cereus coquimbensis*.

## H

*Hechizo*.—Lo que no es producto de fábrica sino de la industria casera.

*¡Huifa!*—Interjección con que se anima la zamacueca.

*Huiros*.—Alga. Sargazo.

*Humitas*.—Maíz tierno que, molido y condimentado, se echa a cocer en su propia hoja (o chala).

## L

*Lampa*.—Herramienta (especie de pala), que se usa en las salitreras.

*Leso*.—Simple, tonto.

*Lesear*.—Hacer o decir tonterías o «leseras».

*Levantar*.—Robar, especialmente si se hace con habilidad y sin violencia.

*Ley (morir en su)*.—Morir con las armas en la mano.

*Libertoso*.—Indisciplinado, callejero.

*Lila (andar hecho una)*.—Andar andrajoso, astroso, «hecho un pililo».

*Liviano de sangre*.—Simpático, agraciado.

*Loro*.—Ladrón a quien, en el acto del robo o salteo, le corresponde el papel de vigilar. Generalmente es un muchacho. En Argentina «campana».

*Luche*.—Juego de niños. Coxcojilla.

*Lunch*.—Palabra inglesa; merienda. Lo que en el resto de Chile es «hacer las once» en la Pampa es «tomar el lunch» o «lunchar».

### LI

*Lleгарle (a uno)*.—Frase clíptica en que se subentiende castigo, adversidad, catástrofe. «Lleгар el pan del campo».

### M

*Macurca*.—Dolor muscular producido por el rendimiento de los viajes o de algún trabajo a que no se está acostumbrado.

*Managuá*.—Del inglés: man of war. Marinero de buque de guerra.

*Mandinga*.—Uno de los infinitos apodos que el pueblo da a Satanás.

*Mala (la)*.—I.a mala suerte, la adversidad.

*Mala (a la)*.—A traición, a mansalva.

*Malero*.—Ventajero, traidor, alevé; que ataca «a la mala».

*Mancarrón*.—Caballo poco apreciable por viejo y gastado.

*Manteca (Chancho que no da)*.—Persona de la que no se puede sacar nada de provecho. Egoísta. Poltrón.

*Mataperrear*.—Callejear, hacer diabluras. «Granujear». «Palomilear».

*Maraca*.—Un juego de dados sobre un tablero dividido en cuadros. En Valparaíso, buscona nocturna, «tapada», «cortera».

*Ministro*.—En la Pampa, familiar e irónicamente, el Administrador de la oficina, así como se llama «municipal» al encargado del aseo público.

*Monrero*.—Ladrón especialista en el procedimiento de ganzúas.

*Monos*.—Familiarmente los muebles y enseres de uso personal.

### N

*Niños*.—Tratamiento cariñoso que se dan entre sí los trabajadores, especialmente los de un mismo personal. En singular significa pillo, ladrón, profesional del delito.

*Nunquilita*.—Diminutivo de nunca. Refuerza el significado. Renunca.

### O

*Oficina*.—Establecimiento destinado a la extracción y elaboración del salitre. Usina.

### P

*Paco*.—Despectivo, guardián del orden poicial.

*Panizo*.—Cerro rico en sustancia mineral. Por extensión, irónicamente, persona fácilmente explotable.

- Patero*.—Que «hace la pata», es decir, que adula al superior. Servil, soplón, rastrero.
- Patraquero*.—Ladrón nocturno que asalta y golpea. Proviene posiblemente de la frase «echar p'atras», que significa saltar.
- Pampino*.—El habitante del interior de las provincias salitreras. El trabajador de las calicheras, en oposición al de las máquinas, maestranza, etc. También es adjetivo: la noche pampina, las costumbres pampinas, etc.
- Pavo*.—El que viaja «de gorra» en los trenes o a bordo, bien escondido, bien con la complicidad de alguno del personal. Se dice «viajar de pavo».
- Paliquero*. (*De palique*).—Aplicase a las personas parlanchinas y algo zalameras. Palangana. Fantasioso.
- Palomilla*.—Colectivamente, la palomilla. Hampa infantil de las ciudades. Individualmente, granuja, pilluelo. Usase también como adjetivo invariable. Parece provenir del nombre que da el pueblo a ciertas mariposas nocturnas que pululan al rededor de la luz. Palomilla brava.
- Patrona*.—Familiarmente, la consorte o la manceba.
- Peneca*.—Niño de cortos años. Del p n c, ejercicio de deletreo del antiguo silabario de Sarmiento.
- Pequén*.—Empanada callejera.
- Piloto*.—Panizo, en su acepción irónica.
- Pilotear*.—Explotar al piloto.
- Pilotaje*.—La acción de pilotear.
- Pije*.—Lechuguino, petimetre.
- Pino*.—Carne picada que, condimentada con cebolla, pasas, aceitunas, etc., y envuelta por la hoja de masa constituye la parte más sabrosa y suculenta de la empanada. Picadillo.
- Piquete*.—Herida a cuchillo o puñal. Puntazo.
- Pin-pin-sarabín*.—Juego de niños.
- Pica de sal*.—Operación que consiste en extraer la sal que se pega a las calderas de los vapores a causa de usarse agua del mar. Es ocupación favorita de la palomilla de Valparaíso.
- Pega*.—Cabe. Acomodo en alguna faena, establecimiento, barco, etc.
- Pica (sacar)*.—Molestar a alguien con pullas mal intencionadas. Azorar.
- Pico de buitre*.—Puñal de hoja corva que se usó mucho hasta hace unos treinta años. «Corvo». Ahora en la Pampa se acostumbra el cuchillo recto al que se denomina por su forma «pata de cabra».
- Pinta*.—El juego de azar favorito del pampino. Para jugarlo basta con un cubilete y dos dados, pero es muy violento.
- Pilchas*.—Prendas de ropa, andrajos, «chilpes», «cacharpas».
- Pique*.—En las minas y salitreras pozo vertical, generalmente muy hondo. Pique-chiflón es el abierto en dirección oblicua.
- Porotera*.—Sobrenombre cariñoso que da la gente de mar a la bandera nacional. De poroto, la legumbre que da el plato chileno por excelencia.

- Porteño*.—Oriundo de Valparaíso. En la Argentina, nacido en Buenos Aires.
- Pucha (o a pucha)*.—Interjección más fácil de entender que de explicar.
- Puchusco*.—El Benjamín, el último hijo de una familia, sobre todo cuando hay motivos para suponer que no habrá más.
- Pololo*.—Cortejante.
- Polola*.—Niña a quien se corteja o que coquetea con alguien.
- Pololear*.—Cortejar, bornear el ala el hombre a la mujer. Refiriéndose a ambos significa coquetear «flirtear», jugar con fuego. Pololo y sus derivados son voces de uso moderno. Vulgarmente es el nombre de un coleóptero nocturno de la familia de los abejorros que ronda en torno de la luz y muy a menudo se quema las alas. *Sulcipalpus elegans*.
- Puchero (soltar el...)*.—Llorar, sollozar. Ahora se dice chorear o soltar los choros.

## Q

- Queltehue*.—Ave zancuda (*Belonopterus chilensis*) fácilmente domesticable y muy útil en los jardines.
- Quiltro*.—Perrillo, gozquejo. A los de pelambre crespa se les llama «chocos».

## R

- Rampa o rampla*.—Terraplén destinado a la carga de las carretas en la pampa y a la descarga del tren calichero en la sección máquinas.
- Rancho*.—Pensión.
- Rajo*.—Zanja continua abierta en las calicheras para la explotación. Corte.
- Remolienda*.—Juerga, farra, parranda.
- Rochar*.—Pillar, sorprender. Descubrir algún manejo o complot.
- Roto*.—Hombre del pueblo. Fuera de Chile, apodo nacional del chileno. «Roto aniñado», hombre malo capaz de todo, algo como el compadrito de Buenos Aires. También se dice en el mismo sentido «roto amalditado».

## S

- Salitrón*.—Composición a base de salitre que se enciende en noches de festejos y da una luz característica muy viva.
- Seco*.—Firme, fuerte (para beber, comer o pelear).
- Salón*.—En los puertos del Norte y en la Pampa, prostíbulo, burdel.
- Secreta (la)*.—La sección de pesquisa o investigaciones policiales. Los «tiras».
- Sitio*.—Lote de terreno en los malecones.
- Suche*.—Empleado de poca monta, especialmente de escritorio.

*Suplementero*.—Vendedor de diarios y revistas en la calle. Nació este comercio en el curso de la guerra del 79 con la venta del «suplemento» a los mismos diarios, los que hasta entonces se expendían sólo en el local de la imprenta o en agencias fijas.

## T

*Tamarugo*.—Arbol, especie de algarrobo, que da nombre a la Pampa del Tamarugal en Tarapacá. En algunas regiones forma verdaderos bosques, a pesar de la cruda guerra que se le hace por industriales y funcionarios inescrupulosos. *Prosopis Tamarugo*.

*Tacho*.—Vaso o tiesto de metal, por lo común de cobre, muy usado hasta hace poco. «Fundirse el tacho» se dice por los niños que se ponen demasiado mimosos y sensibleros.

*Tanda*.—Cada una de las secciones de una función de teatro, cuando no se trata de espectáculos completos. El auge del sistema de tandas en Chile fué contemporáneo del de la zarzuela española.

*Tacos* (no llevar ni en los...).—No hacer caso, mostrarse indiferente con respecto a alguien.

*Taita* (o *Tata*).—Del quechua. Padre, papá, Antes se usó mucho, pero su empleo va decayendo día a día.

*Tarro* (levantarse el...).—Adjudicarse indebidamente triunfos amorosos.

*Tarrero*.—El que sufre de la chifladura de levantarse el tarro.

*Tapar*.—Proteger y amparar amoríos.

*Tapadera*.—Alcahuete, consentidor.

*Tastabillón* (o *trastabillón*).—Tropezones o torpezas al andar, a consecuencia de la edad, enfermedades, embriaguez, etc.

*Terno*.—Las tres prendas de ropa exterior. Familiarmente «terna-da».

*Tigres*.—Los barriles con que se hacía antes en Valparaíso el servicio que hoy realiza la Compañía de Desagües. En Iquique «mecánicos»; en Antofagasta «abrómicos».

*Tonta* (la... no se cansa de parir).—Frase con que se denota la abundancia de tontos que gravita sobre el género humano.

*Tiznado*.—Mecánico. En general, obrero de maestranza o que, por su especialidad, tiene que enhollinarse y aceitarse.

*Tinca*.—Queda explicado en el texto. En Argentina, pálpito.

*Tirar al indio*.—Robar, rapiñar.

*Topes* (hasta los mismos).—Hasta la coronilla, hartó.

*Traro*.—Una ave de rapiña. *Poliburus* o *caracara vulgaris*.

*Trenzarse*.—Trabarse en pelea.

## U

*Uropas* (las).—Europa. Región de donde se dice, a los niños, que llegan los recién nacidos.

## V

- Vaca (hacer una).*—Contribuir todos los de un grupo para un fondo común destinado a costear una fiesta. Pagar a escote.
- Vaporino.*—Empleado u obrero del personal de barcos de vapor, especialmente de los que hacen la carrera del Pacífico.
- Versos a lo humano.*—En la poesía popular, cuartetas o décimas en que se cantan asuntos profanos: amor, política, crímenes, etc., en oposición a los «versos a lo divino» que tratan pasajes de la biblia o cuestiones de teología.
- Veterano.*—Familiarmente viejo, anciano.
- Vicuña.*—Irónicamente, el saco de harpillera que suele servir al pampino tanto de colchón y de ropero como de caja-fuerte, de biblioteca, de botiquín, etc.
- Violín (tocar el...).*—Hacer buen tercio en amoríos, ayudar al cortejante o a la cortejada...
- Vida (hacerle a la...).*—Buscarse la vida, aguzar el ingenio para no morirse de hambre.
- Virgen (hallarse a la... amarrada en un trapito).*—Frase que denota el colmo de la buena fortuna en negocios, amoríos, etc.
- Vueltas (andar a las...).*—Voltejar, rodear, pretender.

## W

- Winche.*—Vocablo inglés, grúa o cabria a vapor que se usa a bordo.
- Winchero.*—Obrero que maneja el winche.

## Z

- Zaino.*—Guapo, matón, buen peleador.
- Zorro (correr el).*—En la Pampa, simular que se trabaja. Empatar.

## REFERENCIAS HISTÓRICAS Y LOCALES

- Pacífico Alvarez.*—Industrial de Valparaíso. Empresario de lanchas que hizo gratuitamente el embarco de tropas y bagajes para el Norte en la época de la guerra del 79. Popularidad local y transitoria.
- Monsieur Duprat.*—Industrial francés. Fundador de los astilleros que llevaron su nombre. Actualmente existe la punta Duprat entre el Puerto mismo y Playa Ancha.
- Francisco Echaurren Huidobro.*—Antiguo Intendente de Valparaíso, famoso por su espíritu de progreso y por su excesivo concepto del principio de autoridad.
- Tristán Stephan.*—Militar de la guerra del 79 y de la revolución del

91. Famoso en esta última ocasión por la saña con que persiguió a los adversarios del gobierno.
- El Capitán San Bruno*.—Militar español, cuya crueldad ejercida contra los patriotas de la guerra de emancipación, hizo particularmente odiados su nombre y su memoria.
- «*Condorito*».—Sobrenombre cariñoso aplicado a don Isidoro Errázuriz.
- «*La Mancarrona*».—Familiarmente se llamaba así a la corbeta *Esmeralda*. A su compañera la *Covadonga*, se le decía «la Palomita».
- Los Pimientos*.—La cárcel de Valparaíso, por los ejemplares de aquellos árboles que existen a su frente.
- La Planchada*.—La esplanada del antiguo puerto de Valparaíso. Durante muchos años fué la única calle pavimentada de la ciudad. Hoy lleva el nombre de Serrano.
- La Poza*.—La ensenada o primitivo fondeadero del puerto de Valparaíso. La han hecho desaparecer los muelles, malecones y rompeolas construídos en los últimos cincuenta años.
- Odeón*.—Antiguo teatro, muy querido de los porteños. Estaba situado en la calle de Salvador Donoso. Hace unos quince años fué destruído por un incendio.
- Cuartos del diablo*.—Viviendas situadas en una de las laderas del cerro de la Cordillera, ocupadas por gente maleante que llegó a darles fama con sus escándalos y delitos. Ya no existen.



## LIBRO PRIMERO

### SEMILLA DE AVENTURA:

	Págs.
I.—El mayorazgo de Orellana.....	11
II.—Un hombre de buen fondo.....	20
III.—Palomilla brava.....	32
IV.—El primer par de zapatos.....	42
V.—¡A la guerra!.....	53
VI.—Al pie del winche.....	65
VII.—La plumilla del cardo vuela al viento.....	76
VIII.—Plan! Plan! Rataplan! Plan!.....	87

## LIBRO SEGUNDO

### LA TIERRA TRÁGICA:

I.—Haciéndole a la vida.....	101
II.—Las primeras letras.....	113
III.—Aprendiendo a vivir.....	125
IV.—Noticias de la familia.....	139
V.—De nuevo periodista.....	151
VI.—For he is a jolly good fellow.....	163
VII.—Un rincón del Paraíso.....	175
VIII.—El canto de las cuculíes.....	188
IX.—La sombra del pasado.....	201
X.—El pasado ha muerto.....	215
APÉNDICE.....	225

# EL CACHORRO

(La heroica vida de José Luis Llanquilef)



Con el último capítulo de **PAPELUCHO**, o sea con el relato de su viaje a Valparaíso y su resolución de contraer matrimonio con la elegida de su corazón, termina la Primera Parte de **PALOMILLA BRAVA**.

La Segunda Parte, de cuya edición se ha hecho también cargo la Casa Nascimento, saldrá a luz próximamente con el título de

## EL CACHORRO

que expone las nuevas etapas de la heroica vida de **José Luis Llanquilef** y deja satisfecha la natural curiosidad de los lectores con respecto a la suerte de muchos de los personajes que aparecen en las páginas de

**PAPELUCHO**